


Apartamentos
Fifi



VACANCY

Lux Aeris



**Apartamentos Fifi
Vacancy**

Lux Aeris



SINOPSIS:

¿Qué pasaría si lo que ella creía que iba a ser la oportunidad de su vida se volviera una pesadilla? ¿Conseguirá lo que tanto necesita para evolucionar? ¿Qué precio tienen los sueños?

¿Qué pasaría si él estuviera contento con su vida y apareciera alguien y lo jodiera todo? ¿La tranquilidad es eterna? ¿El amor puede arrasarlo todo?

Un acontecimiento fortuito cambiará la vida de nuestros protagonistas y desencadenará una serie de acontecimientos que de una forma fluida y ágil nos irán guiando a través su historia.

Unas líneas vitales que chocan porque el destino es así de caprichoso, pero...¿seguro que es el destino?

© Lux Aeris

Título del libro: Apartamentos Fifi. Vacancy

Ilustración de la portada: Lux Aeris

Licencia: Todos los derechos reservados

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la titular del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Primera edición: marzo 2019

Registro Territorial Propiedad Intelectual Andalucía: N° Exp.:
SE/182/19/Nº.REG.201999901089651

Sígueme en las redes:



Luz FS



@luxaeris



lux.aeriss@gmail.com

Para ti, sí, para ti.

INDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

HELENA

Llego tarde, con la rabia que me da. El puñetero tren no tenía otro día para estropearse, encima en una sola consigna no cabía todo mi equipaje y he tenido que alquilar tres. Tendría que haberlo cogido ayer, podría haber dormido en un hotel, amanecido hoy en la ciudad y seguro que tendría otro ánimo. Al final ni hotel, ni descanso, ni sitio donde alojarme, ni puntualidad... Voy mejorando.

Todo esto ha sido un visto y no visto. Mis jefes me hicieron una encerrona ayer. Me propusieron un traslado con un ascenso, la consiguiente subida de sueldo y lo mejor de todo, trabajar con el hombre más guapo, interesante, atractivo, culto, inaccesible y mi amor platónico desde la universidad. Debía decidirme en tres horas, obviamente dije que sí. Solo por trabajar con Santiago me iría a Siberia en biquini.

Profesionalmente me viene de perlas. Hay que comenzar un proyecto desde cero, una nueva sucursal, será mucho trabajo pero merece la pena. Era casi imposible rechazarlo y más para una persona que está empezando como yo. Las oportunidades son escasas.

Nada me ata a mi ciudad de origen. Sí es cierto, que allí está mi familia, pero cuanto más lejos mejor. No tengo ningún problema con ellos simplemente me he cansado de ser la niña de papá. Son cariñosos y los adoro, pero quiero convertirme en la ejecutiva agresiva que sé que puedo ser. Me queda aún mucho por aprender, aunque ahora siento que voy en la buena dirección.

Estoy preparada para tener mi propia casa, comenzar esta nueva andadura y enfrentarme a los retos cotidianos, que aunque sean pequeños para mí serán un mundo. También espero tener algún rato libre para vivir alguna aventura, una de esas con las que soñaba mientras trabajaba duro para sacar

las mejores notas.

Quedan unos minutos para las ocho de la mañana. He elegido un traje sobrio compuesto de falda y chaqueta color gris marengo, lo he combinado con una blusa blanca impoluta, todo ello rematado por mis fantásticos tacones de aguja, esos que nunca he soportado aunque me hagan unas piernas maravillosas. Las que tenemos curvas y poca altura nos las tenemos que ingeniar para estirarnos como sea. Hoy es uno de esos días en los que hay que usarlos.

Por fin llego a mí edificio. He ido al baño, el tiempo justo para adecentarme un poco. El conserje, muy amable, me ha entregado una acreditación con mi nombre ¡Con mi nombre! Qué nivel. He subido a mi planta y me ha recibido una chica muy guapa con una sonrisa de oreja a oreja bastante falsa, debe ser la secretaria de Santiago. Me reprendo mentalmente por llamarlo Santiago, tengo que empezar a llamarlo señor, no debería tomarme esas confianzas. La chica no para de evaluar mi físico, me pregunto si estará liada con él, se me tuerce el gesto.

Cuando a Eva le sale de las narices, finalmente se ha presentado, me indica dónde está mi despacho. Mientras caminamos por los pasillos me aclara que los viernes se trabaja solo hasta medio día. ¡Bien!, mi felicidad se ve empañada por la actitud de Eva. He ganado una enemiga y casi sin abrir la boca. Me instalo en el pequeño despacho respirando hondo y disfrutando de las impresionantes vistas.

Al mirar por la ventana no puedo evitar recordar que lo primero que hice cuando me propusieron este ascenso fue buscar imágenes de la ciudad. Estuve mucho tiempo curioseando y todo lo que vi me pareció fantástico, no me importaría establecerme aquí definitivamente. Esta ciudad tiene el tamaño justo, lo suficientemente grande como para tener todos los servicios pero a la vez asequible y manejable. Encima ¡tiene playa! Cuando llegue el verano

disfrutaré muchísimo de los largos paseos y de los refrescantes chapuzones.

Abro el portátil y busco una inmobiliaria. Después de darle dos vueltas a las ofertas determino que o son muy caras o son muy feas. No me motivan en absoluto. Decido ampliar el radio de búsqueda y acercarme más a la playa, aunque deba comprar un pequeño coche o usar el transporte público quizá encuentre algo interesante.

El primer apartamento que aparece en el buscador es precioso, pequeñito pero bien distribuido. Un espacio abierto que engloba el salón y la cocina con una mesa para cuatro que hace las veces de comedor, una habitación de matrimonio y un baño completo. Sigo pasando las fotos y veo que algunos de los apartamentos tienen un balcón que da al mar. Forman parte de una especie de comunidad o patio de vecinos de una sola planta con un amplio patio central lleno de plantas y muy bien cuidado. Lo mejor la playa está cerquísima.

Estudio los transportes públicos y hay una línea de metro que me deja muy cerca del trabajo y el tiempo en coche es de unos escasos veinte minutos. Estoy ilusionada. Leo el nombre del establecimiento: *Apartamentos Fifi*, por un momento dudo. Tiene un nombre bastante inusual, parece más una casa de citas, ¡pero son tan bonitos! Cuando me quiero dar cuenta estoy marcando el número de manera inconsciente.

—Buenos días le atiende Alicia, ¿en qué puedo ayudarle? —contesta una voz femenina muy amable.

—Buenos días, estaría interesada en alquilar uno de sus apartamentos — le replico algo insegura. Esperaba a alguien mayor y debe tener mi edad.

—Sí, claro. ¿Lo ha visto por la página web? ¿Quiere que le hable de las condiciones o ir a visitarlos? —me responde solicita y sin dejarme hablar o pensar.

—Bueno, he visto la distribución por la página, pero no sé si son

adecuados para mí. —Me entra miedo y titubeo.

—Tenemos ahora una oferta muy buena. Es temporada baja y preferimos que los apartamentos estén todos ocupados. A la dueña le gusta tener vida por allí, es una señora ya mayor. Usted sabe como son las personas mayores con la compañía. ¿Quedamos para comer y discutimos los detalles?

—Ehh... Sí, está bien —respondo finalmente. No creo que esté mintiendo y aunque lo hiciera no pierdo gran cosa por quedar en un lugar público.

Concretamos la hora y el sitio. Me ha enviado la ubicación de un restaurante que está cerca del trabajo. Tengo muchas esperanzas puestas en los apartamentos, pero si esto no sale bien dispondré de toda la tarde para buscar un lugar alternativo.

Llaman a la puerta de mi despacho y aparece la cara sonriente de Santiago. Es guapísimo: madurito pero con buen cuerpo, se intuye un torso delgado y fibroso debajo de esos impolutos y caros trajes que usa. El que lleva puesto casualmente hace juego con el mío. Desde hoy va a ser mi mejor y más preferido traje. Lo ha combinado con una camisa azul cielo y una corbata de un azul un poco más oscuro. Todo el conjunto es espectacular, esos colores resaltan más aún, si cabe, sus ojos gris tormenta y su pelo negro regado de canas. Está para comérselo y lo sabe. Y yo me estoy poniendo en evidencia por hacerle un repaso completo.

—Buenos días, Helena —me dice mientras camina hacia mí.

Me pongo de pie de forma instintiva y camino también hacia él sin decir ni esta boca es mía. Me ha comido la lengua el gato. Él recorre mi cuerpo con la mirada y sus ojos se oscurecen. Titubeo.

—Siento no haber podido venir antes a saludar y darte la bienvenida como mereces. Los viernes intentamos dejarlo todo listo antes de salir y a veces se complican un poco. —Se acerca a mí y me planta dos besos en la

mejilla, quizá parándose demasiado. Una de sus manos se acopla a la curva de mi cadera.

Siento un escalofrío. ¿Me ha gustado? Como una boba y cegada por tanto despliegue sonrió y le agradezco sus palabras. Me invita a comer continuando con ese tono meloso, pero me disculpo alegando que ya tengo una cita previa. Espero poder comer con él en breve pero hoy no es el día. Noto algo de decepción en su voz pero reafirma mis palabras diciéndome que ya tendremos muchas más oportunidades de conocernos mejor, recalca esto último. Estoy anonadada, creo que está flirteando conmigo, no me lo puedo creer, ¿será posible que pueda tenerlo todo?

Entre unas cosas y otras se ha hecho la hora de comer. Se me ha pasado la mañana volando. No he parado de darle vueltas a la escenita con mi jefe y a qué habrá querido decir con lo de conocernos mejor. Ya se verá cómo evoluciona la cosa.

Mientras camino hacia el restaurante me doy cuenta de que estoy bastante cansada. El viaje, los cambios y tantas emociones juntas me están pasando factura. Me paro unos segundos a comprarme un café para llevar. Sé que no son horas pero mi cuerpo necesita cafeína. Estoy haciendo malabares para andar rápido y sorber de este maravilloso líquido que está que arde.

Otra vez voy tarde, odio ser impuntual, creo que el aire de la costa está haciendo estragos en mis buenos modales.

Camino un poco más. Ya veo de lejos el restaurante. Justo me suena el móvil e intento cogerlo sin dejar de caminar, sin derramar el café y sin quemarme; cuando impacta contra mí algo enorme que parece de hormigón.

Esto es un desastre, las cosas del interior de mi bolso han salido despedidas. El café se ha estampado contra mi impoluta blusa blanca y creo apreciar que mi móvil se ha desmontado en la caída. Miro a mí alrededor espantada e indignada, a partes iguales, intentando localizar el objeto que ha

chocado contra mí haciendo tal estropicio. Cuál es mi sorpresa cuando me veo a un tipo trajeado con cara de mala leche. No me va a amargar el día, es mi nuevo mantra. No me paro a mirarlo dos veces. Empieza a mover la boca enfadado, solo oigo: blablablá, mis oídos están saturados por la rabia. Me agacho para recoger las cosas de mi bolso a toda pastilla. La blusa no tiene arreglo y el móvil está por piezas, pero no puedo retrasarme más.

—¿Se puede saber de qué vas? —me grita.

—¿De qué voy yo? Me acabas de tirar el café y todas las cosas —le replico enfurecida.

Sigo sin mirarlo a la cara, la indiferencia es siempre una buena arma. ¿Será posible que los *yuppies* estos se crean los dueños del mundo? Miro mi reloj, me quedan exactamente dos minutos para terminar de recolectar mis cosas, llegar al restaurante e intentar hacer algo con mi blusa y evitar así causar una muy mala impresión; aunque creo que ha quedado directamente para el tinte. Odio a este tipo. No me va a amargar el día.

—¡No se puede ir por ahí como las locas sin mirar por donde se camina! —vuelve a gritarme aún más indignado.

Me levanto, restituyo el móvil a su forma original, en el más estricto silencio y sin mirar al energúmeno, bastante tengo con el show que está montando. Repito mi nuevo mantra otra vez. Me voy pitando de allí mientras le hago el gesto internacional que muestra mi disconformidad con sus palabras y actitud.

A lo lejos oigo como sigue despotricando, pero me importa muy poco. Sonrío por la victoria aunque sea pírrica y repito una vez más mi mantra.

Capítulo 2

CARLOS

¡Vaya, vaya!, parece que las ejecutivas están mejorando.

Después de la mañana de mierda que llevo esa morena me ha levantado el ánimo y otras cosas. La observo caminar con esos tacones imposibles y la falda a media pierna. Tiene unas caderas poderosas y bien trabajadas que ejecutan a la perfección un vaivén hipnótico; gracias al café que se ha estampado contra su blusa he podido vislumbrar unas tetas bastante considerables y apetecibles.

Se mueve por la vida como una loca. No querría para mí una tía tan estirada y tan poco empática. Por su culpa he perdido el taxi que me ha costado más de diez minutos conseguir, aunque las vistas han merecido la pena.

Aparto la mirada de la morena insinuante y comienzo mi periplo hacia la captura de otro taxi. ¡Odio venir al centro!, siempre abarrotado, sin espacio, sin aire, todo el mundo corriendo de aquí para allá sin mirar realmente a nada ni a nadie.

No he podido evitar venir, había quedado con una amiga que tenía una reunión por la zona y de camino he aprovechado para hacer algunas gestiones bancarias que he estado postergando. Mi amiga se ha reído bastante cuando me ha visto con el traje de chaqueta. Lo cierto es que no es muy frecuente verme de esta guisa, normalmente voy con vaqueros o con ropa deportiva, es una suerte tener un trabajo que te permita flexibilidad en el atuendo.

Mientras espero que llegue otro taxi valoro de forma apreciativa mi vida; es sencilla, tranquila y llena de actividad física. Siempre he huido de las aglomeraciones y del *postineo*, por lo que estar rodeado de gente *snob* que solo va a su avío me causa un malestar bastante evidente, quizá en esto tenga

algo que ver mi madre.

Definitivamente odio mucho el centro, me reafirmo cada vez que vengo. Estoy deseando llegar a casa e ir a correr un rato por la playa. He alterado mi rutina y es algo que me fastidia sobre manera. Por fin diviso un taxi y antes de cruzar para abrir la puerta miro hacia los lados. ¡Será posible que al final la morena haga que el que tenga que tener cuidado sea yo! Finalmente me subo esbozando una sonrisa.

El tráfico es bastante fluido y en un cuarto de hora estoy en casa, hogar dulce hogar. La casa es muy acogedora, pequeña pero suficiente. Mi trabajo me permite tiempo libre suficiente como para llevar la vida que quiero sin agobio o estrés y el sueldo no está nada mal. En invierno siempre se resiente, pero espero que eso cambie pronto, al menos así me lo ha asegurado mi amiga.

Entro en casa y me pongo la ropa deportiva, menos mal que la morena no me ha estropeado el traje. Otra vez pensando en la morena. Me voy a la playa a hacer mis buenos diez kilómetros y a darme un chapuzón. Hace algo de aire y frío, aunque espero entrar en calor rápidamente.

Mientras estoy corriendo no paro de darle vueltas a mi choque con la morena no soy de los que suele mirar a una mujer dos veces. Las encuentro atractivas pero no llaman mi atención, son un medio para un fin. No soy un cabrón sin escrúpulos, simplemente no busco una relación, nunca la he buscado. Tengo suficiente con mis polvos ocasionales.

Mi círculo es más bien recudido, cuento con mí mejor amiga, a la que fui a ver hoy. Estamos juntos desde el colegio, es como una hermana pequeña para mí. Nunca mantendría una relación sentimental con ella, bastante tengo con aguantarla, además, no soy su tipo. Una madre encantadora aunque un poco méteme en todo y un amigo/vecino al que últimamente veo poco porque está demasiado ocupado con sus estudios y su trabajo. No puedo contar con mejores personas a mi lado.

Salir a correr siempre ordena mis ideas y me hace pensar en las cosas importantes.

Casi cuando voy a meter la llave en la cerradura de mi casa escucho una voz sensual a mi espalda.

—Carlos, cariño, se me ha estropeado el grifo del baño. ¿Tendrías un momento para echarle un vistazo? —me dice insinuante la señora del apartamento Cuatro B.

Lo cierto es que no sé ni su nombre, no es algo que me preocupe. Para mí es Cuatro B, tampoco sé porque ella se sabe el mío. La miro apreciativo, es una mujer madura con buen cuerpo, unas buenas tetas operadas y unos labios un tanto de lo mismo. Resulta atractiva y lo hubiera sido más si no se hubiera hecho esos retoques innecesarios. Está en exceso delgada para mi gusto, pero tiene un buen polvo. Me deja hacer y no replica.

Lleva en los apartamentos dos meses, casi desde el principio me echó la caña y yo la acepté de buen grado. Cuando nos conviene nos apañamos mutuamente y ambos tan contentos.

Miro mi aspecto: despeinado, mojado, lleno de arena, con olor a sudor y sal; la ropa pegada al cuerpo y el cerebro lleno de imágenes de la morena. Desvío la mirada hacia ella, se está relamiendo. Para qué voy a ir a ducharme y estar presentable cuando es obvio que le pongo así. Cambio de dirección metiéndome en su casa.

No hay preliminares, no hay más palabras o saludos, solo jadeos. Ella me agarra por la camisa y me la quita sin dilación. Le bajo las tirantas del vestido hasta sacar sus tetas y lo subo hasta su cintura restregando mis palmas por sus costados. El vestido queda de cualquier manera enrollado en su cintura. Recorro la piel expuesta con mis grandes manos acariciando y excitando cada milímetro.

Apenas la he tocado y ya está muy mojada. Cuatro B se agarra a mi culo

presionando mi pelvis contra su pubis. Se restriega contra mí aumentando mis expectativas. Sin demora baja mis pantalones cortos y lo deja a medio muslo, liberando mi potente erección. La naturaleza me ha dotado bien y, por suerte, yo he aprendido a usarlo con una cierta pericia.

Tiene una caja de preservativos en la encimera, cojo uno sin pensármelo dos veces y me lo coloco con habilidad, ella me observa mordiéndose el labio.

—Hoy no me la vas a chupar monada, quizá la próxima vez —le digo excitado por su mirada y por la imagen mental de su boca sobre mi polla. Sé que le ponen las palabras soeces y a mí me encanta decírselas.

Meto mi mano entre sus muslos y noto lo empapada que está. Ejercicio un poco de fricción sobre su clítoris y se agarra a mis hombros para sostenerse. ¡Horror! Nunca he evocado imágenes de otras mujeres que no participaran en el juego, pero una imagen del culo de la morena viene a mi mente. Me recompongo como puedo, la giro bruscamente, la inclino sobre el sofá y mi mente que va por libre imagina que voy a follarme a la morena. Cierro los ojos porque el culo que veo no es ni por asomo tan apetecible como el que deseo. Mi erección termina de hacerse imposible con el recuerdo. Se la meto de una sola vez. Ambos jadeamos. Estoy en un punto de no retorno.

Comienzo a menear mis caderas, me propongo hacerlo despacio pero dura poco. Me muevo sin control, la estabilizo agarrando con fuerza su cintura y disfrutando de cada una de las estocadas. Ella jadea como una loca incentivándome aún más. Siento que no voy a poder aguantar, parezco un adolescente echado su primer polvo. Una de mis manos masajea su clítoris en un vano intento de recuperar el control y relajar este movimiento salvaje que he impuesto.

Cuatro B jadea aún más fuerte. No puedo contenerme, embisto dos veces más y me vació por completo en el condón con la misma puta imagen en mi

cabeza, el culo de la morena.

Mi madre me ha enseñado que a las mujeres se las complace y se las deja satisfechas siempre, pero en este caso creo que he fallado estrepitosamente: ¡No sé si mi compañera ha llegado al orgasmo!

Salgo de su interior, voy al baño, me quito el condón y me limpio. Me recompongo como puedo y salgo al salón. Miro a Cuatro B y me sonrío. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos vidriosos y turbios: Se ha corrido.

—No ha estado nada mal cariño. Nunca te he visto tan... Entregado — me mira con picardía y con la promesa de que si los próximos son así habrá muchos más. Como si no me fuera a llamar de todas formas.

Yo solo asiento. La charla postcoital no es lo mío. Acaricio ligeramente su cintura al pasar y me voy sin más.

Necesito una ducha urgentemente. No voy a tener tanta suerte. Por el rabillo del ojo veo descorrerse unas cortinas. ¡Ya me ha vuelto a pillar!

—Mi niño, te enseñé a tratar bien a las mujeres, no a servirte de ellas — me dice mi madre con los ojitos tristes y de forma suave.

Siempre me ha tratado con mucho amor, mis padres murieron siendo yo muy pequeño y Fifi me adoptó. Me lo ha dado todo, se ha desvivido por darme lo mejor. Para mí no ha existido ni existirá una madre mejor, pero ya no soy un crío y debo vivir mi vida bajo mis normas.

—Madre, sabes que es un arreglo entre ambos. No engaño a nadie, ella juega a mí mismo juego. No creo que a estas alturas te sorprendas de mis polvos rápidos —le contesto descarado y con la media sonrisa que tanto le gusta.

—No seas pícaro que sabes que me desarmas, por favor, no te metas en líos y compórtate como un buen chico. —Se da la vuelta y se mete en su casa.

Yo continúo hacia mi apartamento. Nada más cerrar la puerta me voy quitando la ropa por el pasillo dejándola tal cual cae por el suelo. Abro el

agua caliente y me meto bajo el chorro esperando que este me reconforte. Mis pensamientos van por libre, a pesar del polvo que acabo de echar la morena sigue martilleando en mi cabeza. ¿Qué he hecho yo para merecer esta tortura?

Capítulo 3

HELENA

La reunión con Alicia ha sido amena y divertida. Durante la comida me ha contado que trabaja en una agencia de modelos casi a tiempo completo, pero se saca un dinero extra ayudando a alquilar los apartamentos. La comisión es elevada y hace un favor a la dueña y a su hijo, amigos de toda la vida.

No hemos parado de hablar en toda la tarde. Ha sido amistad a la primera palabra. Intuyo que voy a encontrar en ella a una buena amiga.

Me ha contado por encima la vida de los inquilinos. La tal Fifi, es la dueña, estoy deseando conocerla. Ella y su hijo viven permanentemente allí. Parece ser que el hijo es el mejor amigo de Alicia, esto último lo ha dicho con un cierto retintín, no sé bien porqué, pero ya lo averiguaré.

Después de comer y ya con un buen café, ha seguido relatándome más cotilleos, por supuesto la he instado. En el apartamento Dos B vive un chico llamado José, está poco por allí. Estudia en la universidad y trabaja como relaciones públicas de una cadena de discotecas, así que la mitad del tiempo está viajando. Al parecer, es muy amigo del hijo de la dueña y por extensión de Alicia. Me advierte, entre risas, que es un cara dura pero de los que se les ve venir, que me cuide de él porque seguro que intentará seducirme, ¡lo tiene claro!

En el apartamento Tres A, viven los señores Fernández, un matrimonio joven. El marido viaja mucho por su trabajo. Es transportista internacional y la mujer se lleva solas largas temporadas. Parece que ella se queda lloriqueando cada vez que su marido tiene un porte de largo recorrido. Palabras textuales de Alicia: «...pero bien que se gasta su dinero y se folla a quien le apetece». Ha puesto mala cara con esto último. Cuando tenga más confianza debería

preguntarle con quien mantiene relaciones.

En el Tres B vive la señora Eva Gómez, una mujer muy mayor que necesita el clima de la costa por sus problemas de asma. La ha descrito como una abuelita cariñosa que no suele salir de casa.

Y por último en el Cuatro B vive Claudia, apellido impronunciable, una solterona madura muy guapa, venida a menos, que conserva un cierto glamour de sus buenos tiempos. Como quien no quiere la cosa le ha añadido el apelativo de «zorra».

Curiosa visión tiene Alicia de los que serán mis nuevos vecinos. Con estas perspectivas me da reparo vivir con ellos.

Me ha enseñado un plano de la distribución. Es una especie de casa de vecinos. La puerta de acceso está al norte. Es una gran cancela de hierro forjado flanqueada a la izquierda por el apartamento de Carlos, el Uno B y a la derecha por dos habitaciones de servicio. En el centro del patio, presidiendo está el apartamento de Fifi, rodeado de macetas. En torno a este patio se disponen los demás apartamentos.

Al este, los apartamentos Dos A y Dos B; al sur, el Tres A y Tres B y por último el Cuatro A y Cuatro B, al oeste. Una distribución muy sencilla y que me recuerda las casas comunitarias del pueblo de mis padres.

Me ha cautivado el apartamento Dos A, con unas maravillosas vistas al mar, encima es uno de los que está vacío, ¡qué suerte!

Estoy saturada por toda la información que me ha dado, pero ha obviado casi cualquier alusión al hijo de Fifi. La curiosidad me estaba carcomiendo y no he podido evitar preguntarle por él.

Habla de él con ternura, se me ha puesto sentimental y todo. Según ella, Carlos, al fin conozco su nombre, es una persona muy especial, bastante reservado pero con un interior lleno de matices. Relaja un poco el tono solemne indicando que como soy una mujer puede que lo conozca más

íntimamente de lo que a ella le gustaría, pero que no me haga ilusiones porque el solo se limita a satisfacer a las féminas y poco más: «nada de...y comieron perdices». Me lo ha descrito por encima y tiene que ser muy atractivo: altísimo, atlético, moreno y con rasgos muy masculinos. Se muestra bastante protectora con él. Incluso ha llegado a advertirme que me mantenga alejada, que yo no soy como las demás y que puede hacerme daño. Tomo nota.

Después de ponernos al día sobre todos los vecinos y de dejarme algo desconcertada respecto a Carlos, no puedo esperar más y le doy la buena nueva. ¡Voy a pasar a formar parte de la comunidad está de locos que parecen formar! Nos ponemos a dar saltos de alegría y nos abrazamos. ¡Vaya espectáculo! Entre risas me asegura que no me voy a arrepentir.

Sin dilación ponemos rumbo a mi nueva casa, pero antes tiene la amabilidad de llevarme a la estación para recoger mis escasas pertenencias. Alicia sigue con su imparable charla durante todo el trayecto. Creo que esta vez está hablando de los establecimientos de la zona. Debería prestar atención por mi propia supervivencia, pero solo puedo observar anonadada desde la ventanilla todo lo que me rodea. No es muy tarde, aunque ya ha oscurecido y las luces ejecutan un baile hipnótico que me tienen encandilada.

Por fin llegamos a los apartamentos y tienen mejor pinta que en las fotos. ¡Parecen hasta más grandes! La entrada está presidida por un cartel enorme con luces de neón, sonrío, parece fruto de otros tiempos. Puedo escuchar el batir de las olas e inhalo instintivamente para llenar mis pulmones del maravilloso olor a mar. Me estremezco a causa del frío y salgo de mi momento Zen. Me arrebujó en la chaqueta y veo como Alicia me sonrío, le devuelvo la sonrisa.

Atravesamos la cancela y me maravilla que el patio es aún más grande de lo que imaginaba. Los colores llamativos de las plantas se esparcen de manera cuidada por toda la zona proporcionando un ambiente acogedor.

Nos dirigimos al apartamento Dos A. Alicia me lo enseña paciente. Consta de una estancia diáfana con una cocina pequeñita y con el fregadero más grande que he visto en mi vida; justo encima de él hay una amplia ventana con vistas al patio central. No puedo evitar caminar hacia el balcón, lo abro y me asomo para contemplar las vistas. Estoy deseando que salga el sol para apreciarlo en todo su esplendor.

Alicia llama mi atención y con reticencia vuelvo a la sala para terminar de ver el resto: un baño completo y una habitación espaciosa.

Me encanta la casa, es bonita y acogedora con los elementos justos que necesito. Me siento muy feliz. Creo que se nota por la sonrisa permanente. No he parado de dar vueltas de aquí para allá y de abrir puertas, descubrir cosas nuevas, tocarlas, olerlas, sentirlas...

—Siento sacarte de tu *cuquimundo*, pero es tarde y Fifi querrá conocerte —me dice Alicia estallando definitivamente la burbuja de mi mundo de color.

Nos sonreímos de manera cómplice y vamos al conocer a Fifi al apartamento Uno A. Estoy algo nerviosa, reconozco que quiero vivir aquí y para ello necesito la aprobación de esta mujer. Espero ser de su agrado, por lo que conozco de ella a mí ya me cae bien.

Llamamos a la puerta y nos recibe una señora con un vestido muy elegante pero que parece fruto de otros tiempos, como el cartel de la entrada. Su pelo colocado al milímetro, las uñas arregladísimas y el porte y la postura correctísimas. En los brazos sostiene un pequeño perro con un lazo rojo, parece un yorkshire que se cree un pastor alemán. Está totalmente tieso, como si estuviera en una competición canina.

Alicia le planta dos besos a la señora y gruñe al perro que replica con indignación.

—¡Vamos Vodka, es Alicia! —le dice Fifi al pobre perro que la mira

perdonándole la vida y volviendo a su porte regio.

Alicia me sonrío con malicia, sé que ha incitado al perrito queriendo. Fifi se da la vuelta y nos invita a pasar. Nos acomodamos en el sillón, Alicia como si estuviera en su casa y yo lo más derecha que puedo. Su salón es más grande que el mío, está lleno de cuadros y pequeños detalles. Una fotografía de una hermosa mujer con un traje de noche, elegante y glamurosa llama mi atención, por el porte sé que se trata de Fifi. Era una mujer preciosa, sigue siéndolo, pero ya hace tiempo que perdió la juventud.

La habitación es muy acogedora hay tantos detalles que no me centro en ninguno y decido no mirar más para no causar mala impresión.

—Bueno muchacha, me ha comentado Alicia que te vas a quedar con el apartamento Dos A. —Sin medias tintas y sin suavizar el ambiente. Miro a Alicia y vuelve a sonreír con ese aire malicioso. No me ha comentado que fuera tan directa.

—Sí. Le voy a ser sincera, es el único sitio que he mirado, me enamoré instantáneamente —le digo sin pensármelo mucho, creo que valorará mi sinceridad.

—¿Crees que estás preparada para vivir en esta casa de locos? —pregunta mirándome a los ojos con intensidad.

—Para saberlo tengo que intentarlo. Alicia me ha puesto al día sobre los vecinos y no me ha parecido para tanto, además con mi trabajo estaré bastante ocupada, no interactuaré mucho. Soy una persona responsable, no me meto en líos y no creo que tenga oportunidad de traer hombres a casa si eso pudiera preocuparle. —Mi boca sin consultar con mi cerebro ha soltado todo lo que le ha parecido, quizá esté un poco nerviosa.

—Muy bien...

—Helena.

—Bonito nombre, creo que serás una buena inquilina. Ya estaba decido,

Alicia me ha contado maravillas de vuestra comida y vuestra tarde. —Mira de forma cómplice a Alicia y yo debería matarla por haberme tenido en esta incertidumbre.

—Muchísimas gracias por la confianza, no la defraudaré.

—Alicia te acompañará a coger algunas sabanas y toallas. —Me sonrío de manera tierna y me agarra la mano, en un gesto tan cariñoso como el que me haría mi madre—. Creo que llegaremos a ser buenas amigas. —Pienso que también lo seremos, pero no se lo digo.

Salimos al patio y sigo en silencio a Alicia. Nos dirigimos a las habitaciones laterales que vi en el plano: recepción y mantenimiento. Enfrente hay otro apartamento, tiene las luces encendidas, si no recuerdo mal es el de Carlos.

—¿Carlos vive ahí? —pregunto mientras extendiendo los brazos para recoger las sábanas que me tiende Alicia.

—Sí, ahí vive —dice casi sin darle importancia—. Se encarga del mantenimiento y de que todo esté siempre a punto, hasta de las necesidades de desatascos de las lugareñas —continúa con retintín. Con esa frase acaba de confirmarme lo que pesaba, es un don Juan y ella parece estar enamorada de él.

—¿No me lo presentas?

—No, ya tendrás tiempo de conocerlo. Es tarde y debes estar cansada. Vete a casa, acomódate y mañana será otro día. —Ha sido francamente cortante como si no quisiera que lo conociera.

—Está bien, gracias por la tarde y por ayudarme con todo esto. Espero que nos veamos pronto.

Alicia me sonrío y me besa en la mejilla. Yo me voy a casa analizando su reacción. Cuando entro en el apartamento vuelvo a sonreír como una tonta. Hago una lista de las compras de primera necesidad. Deshago la maleta y me

siento en el sofá a apreciar mi nueva casa con cara de boba.

Capítulo 4

FIFI

Hay personas que creen en los cuentos, otras son más pragmáticas y consideran que la vida real ya tiene bastantes sobresaltos y sorpresas como para encima añadir un supuesto mundo sobrenatural o fantástico. Yo creo en los cuentos de hadas, en la amistad eterna y sin barreras, en la sinceridad y en el amor ese con mayúsculas que ocurre pocas veces pero que cuando sucede lo arrasa todo.

Mi lema siempre ha sido: vivir el presente, dormir poco, disfrutar al máximo y experimentar todo lo que pueda, legal o ilegal.

Mi nombre real es Josephine era o es en exceso serio y formal, no quería utilizarlo para el mundo del espectáculo. ¿Imagináis a una estríper a la que los caballeros llamasen Josephine? El apodo de Fifi es una de las pequeñas concesiones que mantengo de mi antigua vida.

Respecto a mi infancia fue bastante dura, una familia desestructurada de clase baja. Unos padres con pocas o ningunas ganas de tener hijos y menos de cuidar de ellos. Fui más una carga que una bendición, así que tuve que buscarme las habichuelas desde muy joven, primero rebuscando en la basura para sacar algunas monedas y poder comer, luego robando a los señores ricos y posteriormente vendiendo mi cuerpo o al menos el exterior del mismo.

Siempre he sido una chica bonita, alta, delgada, con una piel inmaculada y un cuerpo bien proporcionado, eso unido al ejercicio físico que tenía que hacer debido a mi profesión de ladrona, me permitió entrar en un club de señoritas. Aún era joven, mi primer puesto fue el de camarera. Allí conocí a una de mis tablas de salvación, la que se convirtió en una madre para mí, no una segunda madre porque nunca tuve primera, sino la primera y única figura materna que he conocido. Mar me cuidó y me educó en el arte de la seducción.

Me enseñó también a bailar en la barra y a valerme de mi cuerpo para seducir, engatusar y que los hombres, e incluso algunas mujeres, se sometieran a mi voluntad.

Después de unos años dulces ejerciendo de camarera me subí al escenario a bailar en la barra, no se me daba nada mal y los tenía a todos embobados, así conocí a mi primer marido. Un tipo muy mayor, muy machista y muy rico, sobre todo rico. Creo que solo se casó conmigo para meterla en caliente todas las noches, no me importaba, metérmela dos veces seguidas y verlo correrse era un pequeño precio por llevar una vida llena de excesos y lujos. En esos tiempos, lo único importante para mí era la estabilidad económica, algo de lo que siempre había carecido.

Murió a los tres años de casados. El muy cabrón me dejó una pequeña asignación, que no me daba para llevar una vida digna y todo lo demás se lo dejó a los hijos fruto de su anterior matrimonio. Si hubiera sabido que no me iba a dejar nada hubiera tenido dolor de cabeza todos los días que duró nuestro matrimonio.

Como me había acostumbrado a esta vida disoluta tuve que buscar otro marido pudiente, por suerte, seguía siendo joven y resultaba atractiva. Refiné mis modales, trabajé en mi elegancia y sofisticación. Mi nuevo objetivo era conseguir todo el dinero que me fuera posible para no volver a depender de otro matrimonio de conveniencia.

Conocí a Anselmo a los seis meses de enviudar, con él todo eran arrumacos, carantoñas, sexo complaciente, regalos y deseos cumplidos, unido a que tenía una muy buena planta, terminaron por conquistarme, ¿he olvidado mencionar que también era muy rico? ¡Ah! y sin hijos. Me aseguré.

Al poco de estar casados él cambió, se volvió duro conmigo, exigente y celoso. Cualquier cosa era motivo de un enfrentamiento: un escote demasiado grande, un traje muy entallado, unas uñas demasiado rojas, un supuesto saludo

insinuante a un viejecito del parque... El sexo con él se volvió violento, era rudo y me dejaba marcas difíciles de disimular. Todo se complicó aún más cuando me quedé embarazada. Insinuaba que el hijo no era suyo y la violencia llegó incluso sin sexo. Pensé muchas veces en marcharme pero no quería volver a mi antigua vida.

Un día la paliza fue tan grande que perdí al bebé. Fue uno de los días más tristes de mi vida. Estuve en el hospital un mes por las lesiones. Ellos informaron a la policía de todo lo ocurrido y yo entré en un programa de protección a la mujer maltratada. Gracias a ellos conseguí el divorcio, recibí una cantidad de dinero suficiente como para establecerme por mi cuenta y así lo hice. Me asenté en una pequeña ciudad costera alejada de todos los lujos y todos los hombres.

Contraté a un asesor para que invirtiera mi dinero con cabeza y conocí así a los padres de Carlos. Eran un matrimonio cariñoso y cercano, ganaban suficiente dinero como para llevar una vida desahogada, sin excesos pero cómoda. Carlos era un niño precioso, de pelo negro y ojos oscuros llenos de intensidad y determinación, siempre haciendo travesuras, era imposible no adorarlo. Para mí representaba ese niño que perdí.

David, el padre de Carlos me aconsejó que invirtiera mi dinero en propiedades, era un negocio seguro y siempre daría beneficios. Lo hice, compré un terreno y construí una comunidad de apartamentos. Me inspiré en *Melrose Place*, una serie que había visto hacía unos años y me había marcado. La distribución de la casa de la serie giraba en torno a una piscina que yo cambié por mi casa, así podría vigilar a todos mis inquilinos y disfrutar del entorno de primera mano. Los apartamentos los hice de una sola planta y el patio central mucho más amplio.

Mi negocio funcionó y funciona muy bien, da unos beneficios considerables. Mi amistad con David, su esposa y el pequeño Carlos, siguió

aumentando, los años pasaron y siempre estábamos juntos. Ellos tampoco tenían más familia y me adoptaron como si fuera una hermana, a mí me cambió la vida. Fue esa familia que nunca tuve, me ayudaron y me acogieron sin preguntas y yo les estaré eternamente agradecida allá donde estén.

Todo se precipitó un lluvioso día de invierno, había aviso de temporal y en esta zona las cosas se ponen muy complicadas, no sucede muy a menudo, pero al estar tan pegados al mar siempre nos han recomendado desalojar los apartamentos de forma preventiva. Solemos quedarnos en un hostel del centro ya que las tormentas no duran más de un día o dos. Recuerdo, que Carlos se había quedado conmigo porque sus padres tenían que ir a ver a un cliente a unos kilómetros de casa. Nos llamaron a las dos de la mañana. Los padres de Carlos habían tenido un accidente debido a las carreteras y habían fallecido en el acto.

Adopté a Carlos y desde entonces lo he criado como un hijo, no podía haber tenido uno mejor. Es algo cascarrabias y seco, pero sigue teniendo esa mirada intensa llena de determinación, ahora lo remata con una sonrisa canalla. Siempre le digo que es demasiado guapo para su propio bien, él sonrío de medio lado y me besa en la frente, nos adoramos.

Pero basta de hablar de mí, yo no soy importante en esta historia aunque no podía resistirme a contaros algo de mi vida o las circunstancias que nos han llevado hasta este momento.

Alicia me llamó hace un rato para decirme que tenía una inquilina para uno de los apartamentos. Ella es más o menos la que lidia con los clientes la primera vez y se encarga de hacernos el marketing, algo que no nos gusta ni a Carlos ni a mí. Me ha hablado maravillas de Helena por teléfono, estaba deseando conocerla.

Me ha causado una magnífica impresión, nada que ver con las demás frívolas arpías que tengo viviendo en los otros apartamentos, las cuales no

dejan las manos quietas y solo quieren acostarse con mi hijo.

Con el pensamiento de mi hijo y de que esta joven va a resultar la horma de su zapato me voy a dormir muy contenta y un poco más cerca de estar feliz.

Capítulo 5

CARLOS

Acabo de coger una cerveza y he puesto una pizza en el horno y llaman a la puerta. ¡Quién coño será a estas horas! Espero que no sea ninguna *vecinita*, no estoy de humor ahora mismo para nada. Me he llevado toda la tarde intentando comprender como instalar unos paneles solares en los tejados. Harán los apartamentos más eficientes y ahorraremos bastante. Mañana me pondré en contacto con el proveedor porque no soy capaz de ordenar los puñeteros cables. Me dijeron que las instrucciones eran para torpes, se ve que mi cabeza no está hoy muy centrada.

Abro la puerta y me encuentro con una sonriente Alicia. Me da un pico y un súper abrazo, es encantadora. La invito a pasar, le ofrezco una cerveza y ella se deja caer en el sofá con gesto cansado pero triunfal.

—¿Cómo vamos macho *man*?, ¿A cuántas damiselas en apuros has conseguido rescatar del altar del aburrimiento y de la soledad más absoluta? —me arroja con un tonito cínico muy característico en ella.

—A ti que te importa metomentodo. El número no es relevante sino la calidad —replico airado y un poco molesto por sus reproches.

—Venga no te pongas así, sabes que eres mi héroe. A la nueva no te la vas a camelar así como así, creo que es una buena chica y que no va a necesitar de tus servicios de buen samaritano —contesta sacándome la lengua.

—¿Qué nueva? —pregunto asombrado—. ¿Has conseguido alquilar un apartamento?

—Sí, chaval, ha llegado como caída del cielo. Una morena impresionante me ha llamado esta mañana. Llevo todo el día con ella. Se ha quedado con el Dos A. —Me sonrío pagada de sí misma—. Es una monada y encima con buena conversación y divertida.

Me acerco a ella, le revuelvo los cabellos y le doy un sonoro beso en la mejilla. ¡Voy a tener vecina nueva!

—Así me gusta, que hagas bien tu trabajo. Espero que se note a fin de mes. El invierno unido a las rebajas que les hacéis mi madre y tú a los inquilinos hará de los apartamentos un albergue.

Alicia sonríe, constantemente está sonriendo. La conozco desde que íbamos al colegio. Cuando ocurrió lo de mis padres, ella se ocupó de colocar a los chicos que se empeñaban en chincharme en su lugar. Mi defensora. Siempre nos hemos llevado bien aunque a veces tengamos algún que otro conflicto de intereses. La quiero con locura y ella a mí creo que más. La he ayudado con su vida sentimental, es un desastre, suele buscar mis consejos y le ofrezco mi hombro cuando lo necesita.

Que decir tiene que es una magnífica relaciones públicas. Me ahorra el trabajo de tener que lidiar con los futuros inquilinos, cosa que no se me da nada bien. Ella lo disfruta y aprovecha para hacer nuevos contactos y ganar un buen dinero.

Suena el horno, dejo de cavilar y saco la pizza, abro dos cervezas más y nos ponemos a comer en silencio mientras vemos un partido en la tele. No me gusta mucho el fútbol, prefiero otros deportes, pero es como un ritual propio. Ella disfruta viéndolo y yo le sigo el rollo.

—Bueno, cuéntame más sobre la chica nueva. ¿Cuánto crees que tardará en llamar a mi puerta? —le digo de broma e intentando picarla.

—Con esta lo vas a tener difícil, además, ya te he dicho que es una buena chica, no creo que tengas esa suerte. Por como habla de su jefe está enamoradita hasta las trancas de él, tienes un duro competidor.

—Sabes que no me preocupa, lo de las otras inquilinas es por puro vicio, no tengo ningún interés en tirarme a toda mujer que ocupe un apartamento. Que esté enamorada de su jefe tampoco es impedimento, ¿desde

cuándo el sexo conmigo implica sentimientos? De todas formas nuestra nueva inquilina está a salvo.

—Venga ya, macho *man*, que yo recuerde solo se han salvado unas pocas y porque sus maridos no estaban fuera el tiempo suficiente.

—Solo es sexo, no me arrepiento de mis actos. Nos apañamos mutuamente no me cansaré de decirlo. Ellas están contentas obtienen un buen polvo y sin sentimientos de por medio, el sueño de cualquiera. —Sonrío de medio lado—. No hago ningún mal —puntuálizo para auto convencerme.

Sé que lo que hago no está bien del todo, pero que más da, ellas se irán y yo seguiré viéndolas pasar. No tiene sentido tener más implicaciones, ya he dicho que las personas no se me dan muy bien.

—Lo que tú quieras, pero torres más altas han caído amigo. —Se pone de pie, me da un pico y se marcha sin más.

Odio estas conversaciones con Alicia, intenta imponerme su realidad. Para ella es muy fácil ha tenido una familia. Yo solo he visto una interminable lista de mujeres y hombres pasar por mi vida. Unas como amantes ocasionales con las que no podía soñar plantearme una relación larga y otros como ligues de mi madre, padres postizos que no duraban más que unas pocas semanas. Cuando volví de la universidad Fifi dejó de quedar con hombres. No sé qué pasó, pero la larga lista se frenó, aun así ya me había marcado.

Salgo al balcón con mi cerveza para despejarme un poco. Entre unas cosas y otras ha sido un día raro e intenso. Observo el inmenso cielo regado de estrellas. Escucho el leve murmullo de la mar y el fuerte olor a sal. Adoro este sitio, su tranquilidad y la paz que me ofrece cuando mi cerebro entra en ebullición. Hace un poco de frío pero se soporta.

La luz del salón de la casa de al lado se enciende. No creo que mi vecina salga al balcón a estas horas, para una mujer debe hacer bastante más frío. Fantaseo con su aspecto, imagino que la morena de curvas rotundas es mi

nueva vecina. Un olor característico que he olido antes me abruma y automáticamente siento una erección. Un escalofrío recorre mi cuerpo y rápidamente vuelvo a casa. Abro otra cerveza a ver si así se me pasa esta tontería.

Capítulo 6

HELENA

Con tanta actividad no logro conciliar el sueño. Al menos he terminado todas las listas de las cosas básicas que necesito, espero tachar la mayoría mañana y personalizar mi pequeño hogar.

Hace algo de frío, cojo una manta que está en el sofá y salgo al balcón. Me permito relajarme y que la mente solo sueñe. La luz del apartamento de al lado está encendida, debe ser el hijo de Fifi. Ya lo conoceré. Siento un escalofrío y vuelvo a mi acogedor salón, me preparo un cacao calentito que me atempere y relaje. Cinco minutos más tarde y tras lavarme los dientes estoy metida en la cama y creo que soñando.

Miro el reloj un poco desorientada, el ruido de un taladro me despierta. Son las ocho de la mañana. ¿Quién anda por ahí haciendo ruido a estas horas? Un día que tengo para descansar y me lo estropean. Me levanto algo molesta, me ducho, me arreglo y me propongo ir a desayunar fuera y así explorar la zona. Lo cierto, es que los gerentes de los apartamentos son muy considerados, la casa está aprovisionada con lo básico para sobrevivir durante un par de días.

Me abrigo bien y con una buena actitud salgo al patio para dirigirme a la calle. Todo está muy tranquilo a excepción de los ruidos del maldito taladro que parece que viene de los tejados, me pongo de puntillas pero no logro ver a nadie. Deseo que esto sea un hecho puntual.

Casi cuando voy a salir a la calle una mujer bastante guapa me sostiene la puerta. Parece dudar pero al final entabla conversación.

—Buenos días, ¿vives aquí? —me pregunta un poco arrogante.

—Sí, me instalé ayer, seremos vecinas —le digo con mi mayor sonrisa, no es plan de empezar con mal pie.

Ella me hace un repaso de arriba abajo, hace un gesto de asentimiento unido a un mohín de asco y me extiende la mano.

—Soy Claudia, la vecina del Cuatro B, encantada de conocerte. ¿Conoces ya a todos? —Su frase sigue teniendo un cierto aire de superioridad que no me gusta nada. Su pregunta no es casual.

—Lo cierto es que salvo a Fifi no conozco a nadie más, usted es la primera. —Recalco el usted para que aprecie la diferencia de edad.

—Puedes llamarme Claudia, no nos llevamos tantos años. —Sonríe. Le devuelvo una sonrisa igual de falsa que la suya sin perder la compostura.

—Yo soy Helena, imagino que nos veremos por aquí. —Me dispongo a dar por concluida la extraña presentación y continúo caminando.

—Encantada, Helena. Que tengas suerte —dice sin convicción y murmura algo después que no logó entender, he conseguido intuir algo como: «...eres poco para él».

Tras este encontronazo tan extraño me dedico a explorar un poco la zona. Admiro las maravillosas vistas de la playa. El cielo está despejado, el sol ilumina el mar en calma y los colores refulgen vivos e intensos. Sigo paseando tranquilamente hasta un pequeño bar costero que está abierto. Pido un café y leo el periódico local. ¡Esto es vida!

La brisa marina, el café y el periódico me introducen en una pequeña burbuja. Hacía mucho tiempo que no desconectaba tanto. Mi teléfono, que por suerte sigue funcionando a pesar del golpe de ayer, suena: es mi madre, se me pasó llamarla para informarla. No tengo ganas de que me amargue con sus preocupaciones y sus miedos, decido no descolgar. Ya le enviaré un mensaje.

Después del vigorizante café recorro las diversas tiendas y compro a diestro y siniestro. A veces me vuelvo obsesiva y tengo que terminarlo todo ¡ya!, ¡ahora! Lo cierto es que me he emocionado: un cuadro por aquí, un jarrón por allá, un par de cojines monos, algo de chocolate para el aburrimiento y el

desánimo. La compra del súper me la llevarán esta tarde o eso me han dicho. ¡Qué mañana más productiva!

Voy toda cargada tambaleándome y deseando soltar todas estas cosas en la casa cuando vuelve a sonar el móvil. ¡Mierda!, mi jefe. Me pongo nerviosa, dejo todas las bolsas tiradas por la acera y descuelgo.

—Buenos días, Santiago —respondo casi ahogada.

—Buenos días, Helena, siento molestarte en tu día libre pero necesito que vengas —responde con su voz más autoritaria, me derrito.

—Está bien, dame media hora, voy lo antes posible —le digo torciendo el gesto. No llego en media hora ni queriendo. Comienzo a recoger las bolsas y a correr como una loca.

Cinco minutos escasos después, estoy entrando por la puerta de los apartamentos. Una bola de pelo sale corriendo de casa de Fifi y se sienta a mis pies moviendo la cola con la lengua fuera. No tengo tiempo para esto. Como un cohete abro mi puerta, suelto las bolsas como caen en el sofá, me voy desnudando y sacando ropa del armario todo a la vez. Miro al suelo y ahí está el desconcertante perro quieto y mirándome fijo.

Elijo un traje pantalón sencillo azul marino y una blusa blanca lisa, me hago un moño rápido, dos toques estratégicos de maquillaje y en otros cinco minutos estoy llamando a un taxi. Para que luego digan que las mujeres tardamos mucho en arreglarnos. Cierro la puerta de mi apartamento asegurándome de que el perro de las narices no se haya quedado dentro. Está sentado plácidamente al lado de mis pies, le hago dos carantoñas en la cabeza y el sinvergüenza se va a su casa moviendo el rabo. Eso es lo que quería, un poco de cariño, haberlo dicho, de eso necesitamos todos de vez en cuando.

Entre unas cosas y otras han pasado quince minutos desde la llamada de mi jefe, pero ya estoy esperando el taxi, que no cunda el pánico. Me siento algo nerviosa porque no sé qué ha podido ocurrir para que Santiago me

necesite tan aceleradamente. Veo venir el taxi y me pongo más nerviosa aún. Le indico la dirección y en poco más de quince minutos atravieso las puertas del gran edificio.

Mi jefe me mira con cara de: ¡Has llegado tarde! No me lo puedo creer, ¿va a resultar ser un tirano? Sonrió tímidamente, su físico me sigue dejando sin palabras, tantos estudios para estar delante de un hombre atractivo y achantarme.

Hoy está tremendamente atractivo, cuando no... Lleva un traje azul oscuro con una camisa lila y una corbata de unos tonos más oscuros. ¿Quién elegirá su ropa? Noto que me sonrío de medio lado, he debido quedarme embobada mirándolo de nuevo y estoy alimentando su ego.

Me indica con un gesto que vaya a su despacho y lo sigo apreciando sus anchas espaldas. Su culo no es nada del otro mundo, al menos lo que se intuye bajo la chaqueta, pero quien sabe, igual gana desnudo. Me riño por ese pensamiento, debo ser más profesional.

—Siento haberte llamado tan precipitadamente, imagino que estarás ajetreada instalándote. —Me da conversación indicándome con un gesto de la mano que tome asiento. Contraria a lo que creo, él se apoya en su escritorio, cruza los tobillos y se abre el botón de la chaqueta. No puedo evitar mirarle el paquete, subo la mirada lo más rápido que puedo y se me ponen coloradas hasta las orejas.

—No se preocupe, el trabajo es lo primero —contesto en un susurro intentando rebajar la tensión.

Desde su posición dominante me estudia, me recorre con la mirada sin cortarse un pelo. Debería haberme puesto una falda o un vestido que me hiciera parecer más sexy. Descarto la idea, lo haría por él no por mí. Ya habrá ocasiones de ligar.

—Uno de nuestros mayores clientes nos ha pedido que lo asesoremos en

un proyecto importante y urgente. Tenemos que ponernos manos a la obra de inmediato. —Retoma el tono autoritario y mandón propio de su posición. Lo cierto es que me intimida un poco, es una eminencia en su campo.

Me va indicando lo que tengo que hacer y poco a poco nos vamos relajando. Hago fotocopias, busco dosieres en los archivos, trabajos más acordes con una secretaria, pero estoy empezando ya se dará cuenta de lo mucho que valgo.

La calefacción de su despacho está al máximo, me invita a quitarme la chaqueta para que esté más cómoda, justifica el calor diciendo que está centralizada y no puede bajarla. Al poco rato él hace lo propio, se afloja la corbata y se desabrocha los primeros botones, lo miro embobada como siempre. A pesar de la distracción que supone para mí Santiago hemos avanzado bastante, pero aún nos quedan muchas cosas por concretar. Encargamos comida a un restaurante cercano.

Santiago se acomoda a mi lado para comer. Aprovecha cualquier oportunidad para picotear de mi ensalada y bromear, incluso me ha limpiado las comisuras, supuestamente tenía algo de salsa. Yo me siento incomoda, este acercamiento no es productivo. Es lo que he deseado siempre pero hay algo que no me gusta. No lo rechazo, pero me mantengo con un perfil bajo.

Retomamos el trabajo y cada poco tiempo se levanta de su asiento para apoyarse en el respaldo de mi silla e indicarme cosas concretas en las que debo fijarme. Ocasionalmente una de sus manos roza levemente mi hombro o me retira mechones de cabello descolocados. Empiezo a incomodarme aún más, pero me convengo de que son imaginaciones, con la de mujeres que hay en la oficina no creo que vaya a intentar un acercamiento con la única con la que tiene que lidiar cara a cara todos los días.

Esta última hora está siendo un suplicio, totalmente en tensión y con ganas de irme. Terminamos el trabajo bastante tarde y se ofrece a llevarme a

casa. Lo esquivo como puedo, le miento alegando que he quedado con una amiga, aunque se lo agradezco. Pone mala cara pero lo acepta.

Muy frustrada camino alejándome del edificio y término llamando a un taxi dos calles más allá. Quizá debería haber aceptado su ofrecimiento, tardaré al menos media hora en llegar y estoy bastante derrotada. Aunque no creo que sea apropiado seguirle el juego, estoy tentando mi suerte. En estos momentos necesitaría una amiga para poder tener otro punto de vista sobre todo este asunto.

Finalmente llego a casa con un dolor de pies y de cabeza monumentales. Abro mi apartamento que huele a hogar y suspiro aliviada. Me encanta la sensación de tener un sitio al que llamar hogar. Veo todas las bolsas medio tiradas en el sofá, los platos sin fregar, la ropa tirada por el suelo...y casi me echo a llorar. Mi deseo era ponerme el pijama de franela y tumbarme en el sofá, calentita con los pies en alto, pero va a ser que no.

Intento ordenar un poco todo el desorden, al menos despejar el sofá. Llaman a la puerta. Es el repartidor del supermercado. Se me había olvidado por completo, más cosas para recoger. Apila todas las compras en la encimera y le doy una generosa propina. Miro los cacharros del fregadero y decido limpiarlos. Necesito algo de orden, al menos quitarme el fregado.

Abro el grifo y salen borbotones de agua marrón chocolate que comienza a salpicar sin control, lo cierro rápidamente echando sapos y culebras por mi boca. Dos lagrimones involuntarios surcan mis mejillas.

Más serena le mando un mensaje a Fifi para informarle de que se ha averiado el grifo. Sé que es tarde así que imagino que vendrán mañana a arreglarlo.

Resignada voy al cuarto a cambiarme. Ya no puedo más, ni siquiera me planteo ducharme. Hoy ya no doy más de mí. Me pongo finalmente el pijama y las zapatillas de osito panda, me lavo la cara y vuelvo al salón dispuesta a

disfrutar del merecido descanso, pero en su lugar me encuentro una imagen que nunca pensé ver...

Capítulo 7

CARLOS

¡Qué día llevo! Me levanté temprano para instalar los puñeteros paneles solares que no sé ni por dónde coger. Llevo varias llamadas e insisten en que es muy fácil, creo que sigo sin centrarme porque no logro que funcione nada y eso que me considero habilidoso. Ya no pienso tanto en la morena – autoengaño–, esta mañana me he levantado con una erección monumental y mi primer pensamiento ha sido para ella, jamás me había pasado. Me estoy planteando incluso ir de nuevo al centro a ver si por casualidad la localizo así seducirla y echarle un polvo épico a ver si se me pasa el calentón. Y eso que solo me fijé en que tenía unas curvas y un culo de infarto, ¿el color de sus ojos? cricrí.

Volviendo a los paneles solares, por fin ha venido el instalador y ha estado mostrándome como hacerlo correctamente. Me he llevado lo que quedaba de mañana con eso. Ahora voy a ir a comer con mi madre y esta tarde espero tener tiempo para nadar y correr, necesito un ratito para mí y centrar mis ideas.

Mi madre ha hecho un cocido que está para morirse, es sorprendente como se recicla la gente. A ella nunca le interesó la cocina, de hecho hacía lo justo. Realizó hace un par de años un curso sobre cocina tradicional y ahora me deleita cada día con una comida más rica cada vez. Me gusta bromear con ella y decirle que realmente la encarga en un catering y que me está tomando el pelo. Siempre se ríe de mis estúpidos chistes.

Hoy me ha vuelto a dar la brasa con lo de liarme con las inquilinas: que si no debo, que me corte un poco, que si debería asentar la cabeza, que al menos a la casada debería dejarla en paz...nada, he sorteado la bala como he podido. Dos carantoñas y se ha olvidado del tema. Si supiera que parte de mi

desapego emocional es culpa del sinfín de personas que han deambulado por mi vida sin quedarse...

Cuando salgo de casa de mi madre veo a Tercero A en la puerta de su casa. A ver que se le ha «roto» ahora. No hace falta ni que me llame ya voy yo a verla. La cortina del Cuatro B se agita viéndome caminar hacia la casa de Tercero A. Voy a tener pelea de gatas, esto me divierte.

Tercero A, es una chica joven de apenas veinte años, recién casada con muy poca experiencia sexual y muy mal atendida por su joven marido. En su caso solo hago una labor de caridad muy, muy necesaria. Sin pensarlo y sin remordimientos hago ademán de entrar en su casa. Ella se aparta a medias, en un vano intento de seducirme, al pasar rozo mi cuerpo contra ella. Para que vamos a decirle que la seducción está de más en estos casos. Ella quiere un polvo yo también pues ¡follemos!

Tercero A es impaciente y nada más que entro cierra la puerta apresuradamente y se va directa a desabrocharme los pantalones. Ni siquiera la tengo dura, me gustan los aquí te pillo aquí te mato, pero esto es ya demasiado. Espero que se esmere mucho porque ahora mismo lo tiene difícil.

Me quita la correa y manosea mi paquete mientras me va empujando hacia la habitación. Siempre me lleva a la habitación, debe darle morbo mancillar el lecho conyugal, a mí me da un poco de grima pero lo soportaré. Cuando llegamos al dormitorio mis pantalones van casi por las rodillas y está bajándome los calzoncillos, al final me tirará al suelo. No ha parado de devorar mi boca en todo el camino, para no quedarme atrás y no parecerle soso le he quitado la camiseta y he magreado un poco las tetas, lo justo, no estoy muy animado.

Nota mi poca implicación, se ve que mi *amiguito* no está tan duro como ella esperaba. Me da un leve empujón y termino sentado en el colchón con mi pobre erección. Tercero A se quita el sujetador y pega sus pechos a mi cara.

Tiene unos pechos muy bonitos, algo pequeños para mí gusto pero no están nada mal. Los agarro con fuerza y me llevo uno a la boca succionando el pezón, lo recorro con mi lengua y lo saboreo, ella gime y arquea su cuerpo hacia atrás, se lo muerdo apretando un poco y tira de mi cabello embravecida. Mi triste polla sigue sin reaccionar, mira que la chica le pone interés, pero esto está muerto.

Decido ir a la desesperada, así que presiono los hombros de Tercero A para desplazarla por mi cuerpo. Entiende a la primera mis intenciones, ¡chica lista! Agarra mi polla sin titubear, juega con ella, la manosea, la recorre por entero y mi *amiguito* empieza a engrosarse. Se la mete en la boca y succiona; dibuja el glande con la punta de su lengua y busca mi mirada. Yo que soy más cuco cierro los ojos y pongo cara de estar pasándolo muy mal —sin implicaciones, nada de complicidad, no miraditas, no palabras ñoñas—. Sigue a su rollo tocando, succionando y metiéndosela en la boca solo hasta la mitad, la pobre no quiere atragantarse, quizá debería agarrarle ligeramente la cabeza a ver si follándome su boca se me pone dura del todo. No lo hago, no soy tan cabrón.

Cuando noto que está lo bastante dura la retiro y voy a por un condón de la mesilla. Ella está en la misma posición con las tetas rojas de mis bocados y mis manos, abierta y con el coño brillante, parece que se ha estado tocando mientras me la chupaba. Me coloco el condón y ella sumisa perdida se tumba en la cama boca arriba, le abro las piernas y la penetro despacio, suspira deseosa. Se la meto como un loco intentado recuperar mi vigor y mis antiguas ganas. Aunque esto esté duro el orgasmo parece no querer acompañarme. Sigo entrando y saliendo sin piedad buscando una liberación que no llega. Noto como ella se va tensando y mi erección baja por completo.

Salgo de ella y me olvido de mi triste polla, me deslizo hacia abajo, agarrando sus muslos y elevando su pubis hacia mi boca. La devoro con

maestría intentando camuflar mi impotencia. La penetro con dos dedos y establezco un ritmo demoledor ayudado por mi boca y mi hábil lengua. Mesa mi pelo entusiasmada. Yo sigo a lo mío hasta que se tensa y se corre en mi boca. No dejo ni que se recupere. Voy al baño me quito el condón, me limpio y me visto. Sin palabras, la dejo desmadejada sobre la cama y me voy por donde he venido bastante frustrado.

Con el cabreo que tengo llego a casa me pongo la ropa deportiva y me voy a correr un rato, espero despejarme porque esto está siendo un poco desquiciante.

Mientras corro voy analizando los posibles problemas que me han llevado a esto. No creo que sea estrés por el trabajo, los paneles solares me traen por el camino de la amargura pero ya está encarrilado gracias al operario que vino esta mañana. Mi madre está bien, no tiene problemas de dinero ni de salud y Alicia que yo sepa está estupendamente. ¿Puede que esté adquiriendo conciencia? ¿Tendré una crisis de los cuarenta prematura?

Me cruzo con un par de rubias por la playa con las que me lié hace unas semanas. No las había vuelto a ver, fue algo memorable, las dos sincronizadas. Las saludo sin más. Me miran sorprendidas y yo sigo mi camino sin hacerles aprecio, no estoy para más fracasos con mi *amiguito*. Se me ocurre hacer un experimento. Recuerdo el culo de la morena y automáticamente mi polla cobra vida y me empalmo. Será traicionero el bicho. Me quito las zapatillas de deporte, la camiseta y me meto en el mar.

Vuelvo a casa abatido, empapado y muerto de frío. El baño de agua fría ha bajado mi caprichosa erección, pero ahora tengo un frío del carajo. Llego a casa, me doy una buena ducha caliente a ver si me templo. Me siento relajado en el sofá, son las ocho de la tarde y estoy para acostarme, quien me ha visto y quién me ve. Miro el móvil y veo un aviso de avería en el apartamento Dos A, las puñeteras ganas que tengo de conocer hoy a la vecina nueva.

De mala gana, cojo la caja de herramientas, y aunque la hora y el día no acompañan, diligente, voy a cumplir con mi obligación.

Capítulo 8

FIFI

Escucho unos gritos, estoy convencida de que provienen del apartamento Dos A. Creo que Helena por fin ha conocido a mi hijo. Sonrío con malicia. A veces creo que el gobierno se ha perdido un gran activo. Para justificar mis acciones presentes tengo que hacer una breve introspectiva.

La pérdida de mi hijo biológico y casi la mía propia hicieron que la visión que tenía de los hombres nunca volviera a ser la misma. Marcó un punto de inflexión. Comprendí que debía valorar otras cosas, no solo el dinero. Comencé a servirme de los hombres para pasar ratos agradables, pero sin dejar que ninguno estropeará mi equilibrio o me dirigiera en algún sentido.

Tras adoptar a Carlos seguí con este modus vivendi. En ese momento no supe ver como afectaría a mi hijo. Él no tenía la culpa ni debía pagar mis frustraciones o mi falta de pericia a la hora de educarlo. Casi repetí los modelos que había vivido.

Durante su adolescencia pasaban por mi casa y por mi cama todo tipo de hombres, unos mejor intencionados que otros. Me mantenían calentita y entretenida pero para Carlos resultó una tortura. Sin figura paterna definida veía en cada uno de ellos un futuro padre, anhelando que alguno se quedara. Todos lo mangonearon. En cierta forma y de manera inconsciente siempre se ha considerado el hombre de la casa y ver que yo no le daba ese lugar lo frustró.

Uno de los días más duro de mi vida fue cuando Carlos me dijo que se iba a estudiar fuera. Siempre había supuesto que estudiaría aquí. Las universidades son bastante buenas y reconocidas. Me explicó, muy serio, que debía irse para vivir su vida y alejarse de las faldas de mamá. Obviamente ese día me di cuenta del daño que le estaba causando. Mi voluble vida influía

negativamente en la forma de relacionarse de mi hijo. Corté radicalmente con todos los hombres, el alcohol y los excesos. Carlos no es mi hijo biológico, pero es lo más importante que tengo y por él sería capaz de hacerlo todo.

Como ya no me entretenía con los vicios y tampoco contaba con la compañía de mi hijo empecé a ejercer de cupido o casamentera. Soy una mujer con una misión: hacer de la vida de mis inquilinos un lugar mejor. Por ejemplo ayudé a Pedro y a Amparo a reconocer que estaban enamorados. Eran los ocupantes de los apartamentos Cuatro A y Cuatro B. Todas las mañanas se saludaban cortésmente y se comían con los ojos, pero el día que repartieron la confianza en uno mismo ellos estaban de vacaciones, así que tuve que intervenir. Un arreglito por aquí, una confusión por allá y hecho, ahora están felizmente casados y con dos hijos en el mundo. Espero que les salgan más espabilados.

Tuve que apartar momentáneamente mi pequeña afición por los emparejamientos porque Carlos terminó la universidad y le ofrecieron un trabajo en una gran compañía de la ciudad. Duró poco. Nunca se le han dado bien las relaciones personales, siempre ha tenido un carácter más bien hosco y en ocasiones introvertido; lo suple, a veces, con arrogancia y con hostilidad, pero si rascas la superficie encuentras a una persona encantadora a la que le han tocado unas malas cartas.

Desde que volvió a casa se ha ocupado de todo lo referente al mantenimiento de los apartamentos, liberándome de una enorme carga. Digamos que también se ha dedicado al I+D+I, como esta nueva ocurrencia de los paneles solares. Sé que está feliz trabajando aquí, esto le gusta y adora la playa y la libertad, pero no es sano para él las relaciones que mantiene con las inquilinas.

Se ha acostado con casi todas las mujeres que han pasado por los apartamentos, unas por iniciativa propia y otras gracias a mis pequeñas

ayudas. Me gustaría que sentara la cabeza de una vez por todas, pero él sigue sin implicarse emocionalmente. Me he visto obligada a desempolvar mis artes de celestina y darle algún que otro empujoncito.

Esta tarde fui al apartamento de Helena y le di unos «ligeros» toquecitos al grifo de la cocina. Lo sé, está mal y soy una persona perversa, pero era necesario ayudarlos a conocerse y acercarse. Helena me ha dado una muy buena sensación, es una chica preciosa que parece tenerlos muy bien puestos y espero que sepa meterlo en vereda. Vodka ya ha dado su aprobación. Esta mañana le hizo una visita y me ha comentado que es de su agrado. Tengo su más absoluta bendición. Confío en el criterio de mi pequeño amigo. Es un pequeño tirano que gruñe a todo el mundo, ni con mi hijo se lleva bien, así que si ha aceptado a Helena es porque debe ser una persona especial, como yo.

Estoy agazapada detrás de la ventana observando lo que ocurre en el Dos A, ¡comienza el espectáculo!

Capítulo 9

HELENA/CARLOS

Me quedo paralizada al volver al salón, la puerta de mi casa está abierta y hay un tipo enredando en mi cocina. Está reclinado sobre el fregadero. Mi boca forma una O perfecta y contemplo estupefacta ese pedazo de culo y esas espaldas bien formadas. ¿Quién coño es?

—¿Se puede saber qué hace usted en mi cocina y cómo ha entrado? —le grito indignada y cansada de que el día no termine nunca.

El hombre se vuelve y lo que veo me deja anonadada. La delantera no desmerece a la retaguardia. Es alto, bastante alto, diría que ronda el metro noventa; de espalda ancha y fuerte, fibroso por lo que puedo intuir bajo la ropa, aunque debería tocar y verlo completamente desnudo para asegurarlo. Me desvío: piel morena, pelo oscuro con un leve flequillo que le cae despreocupado sobre los ojos, rasgos marcados y varoniles una nariz ligeramente aguileña y unos ojos negros como una noche sin luna que parecen vivaces y pillos. Creo que acabo de relamerme. Me regaño mentalmente y ato mis instintos.

El intruso me hace el mismo repaso que le acabo de hacer yo, parece concentrado, incluso frunce levemente el ceño evaluando lo que ve. Que suerte la mía, me cruzo con el hombre más atractivo que he visto en mi vida y llevo puesto el pijama de franela, las zapatillas de ositos, los pelos sin lavar y la medio coleta desmoronada.

—¿Podría usted darse la vuelta? —me pregunta relajado. Miro embobada cómo se mueven sus gruesos y apetecibles labios.

En el estado de trance en el que me encuentro comienzo a darme la vuelta hipnotizada por su voz. Me recuerda un poco a la de un locutor de radio, grave y profunda, con una ligera vibración que casi me hace ronronear.

¡Pero que estoy haciendo!, debería dejar de sucumbir tan fácilmente ante los hombres guapos. Me vuelvo indignada y me lo encuentro con las manos apoyadas en los costados y una sonrisa arrogante de medio lado. Eso me enfurece aún más.

—¿Me explica que hace en mi casa, capullo? —Lo de capullo sobraba pero es que me está enervando con tanta miradita y tanta sonrisita. Podrá ser muy guapo pero eso no quiere decir que tenga que babear por él ¿o sí?

—Soy Carlos, el hijo de Fifi, tú debes ser...

—Helena —le digo mostrando más confianza de la que siento en realidad. Él se aproxima a mí para darme dos besos, antes de que llegue y que invada mi espacio, le tiendo la mano.

Él vuelve a sonreír mirándome a los ojos y aprieta mi mano. La siento cálida, un poco ásperas, imagino que del trabajo manual, y grandes, bastante sensuales. Envuelve la mía por completo y con facilidad. Su proximidad también me trae su olor a mar y a frescura, con unos toques sugerentes de madera. Cierro los ojos e inhalo con fuerza. Carraspea y me separo de su apretón un poco cohibida. Se ha quedado tieso mirándome a los ojos como un pasmarote.

—¿No tienes trabajo que hacer? Llevo un mal día y me gustaría poder sentarme tranquila en mi sofá —le espeto molesta conmigo misma por cómo me afecta.

—Sus deseos son órdenes para mí. —Hace una ligera genuflexión y se gira para seguir con su trabajo.

Yo debería estar ordenando las bolsas que aún siguen tiradas por el sofá, pero me encuentro apoyada en el respaldo del sofá observando como se mueven los músculos de su espalda y como se marca ese magnífico culo debajo del pantalón. Se da la vuelta de pronto, e intento disimular mirando al infinito. Esta vez no sonrío, parece que su actitud ha cambiado totalmente y eso

me desconcierta. Si sonriendo es guapo, serio y concentrado es devastador. Se recoloca el flequillo hacia atrás y su camiseta se levanta por encima de su cintura. No puedo evitar mirar ese trozo de piel que se deja entrever. Una piel bronceada y tersa que deseo tocar.

¡Vamos Helena!, Alicia te dijo que se liaba con todo bicho viviente de los apartamentos, no seas una más.

El nota mi mirada y parece alargar más el movimiento, como dejándome ver lo que me estoy perdiendo.

—Esto está arreglado —me dice finalmente con una voz aún más profunda y sacándome de mí sueño particular—. Si necesitas cualquier cosa vivo justo en el apartamento de al lado, me avisas cuando quiera y para lo que quieras. —Esto último lo dice con un aire bastante sugerente.

Asiento de nuevo y murmuro un tímido gracias. Carlos se va sin decir nada más, pero antes de cerrar la puerta vuelve su cabeza y me mira.

Resoplo expulsando todo el aire y me tiro en el sofá un tanto desconcertada. Nadie me había dicho que este hombre fuera tan guapo. Si no estuviera tremendamente enamorada de mi jefe y él no fuera un caradura que se aprovecha de mujeres solas, desvalidas y necesitadas, me lo tiraría sin pensar.

Decido que por hoy ya vale de emociones fuertes. Meto lo imprescindible de la compra en la nevera y me voy a dormir. Mañana será otro día y espero que mejor. Al menos es domingo y seguro que no me llaman para trabajar.



Salgo de casa de Helena, bonito nombre, bastante hecho polvo. ¿Por qué tienen que pasarme a mí estas cosas? Mi vida era tranquila tal y como estaba. ¿Cómo un encontronazo en medio de la calle puede hacer que todo se ponga

patas arribas?

Desde que entré en la casa y olí su aroma me puse nervioso. Cuando la vi aparecer con ese horrible pijama de franela que marcaba sus caderas y hacía que se le vieran unos pechos enormes he alucinado. He deseado deshacerle el recogido ese raro que llevaba y hundir mis manos en su melena. Le he dicho que se diera la vuelta en un intento desesperado de convencerme de que no era ella, pero cuando se ha girado un poco y he visto su memorable culo...encima se ha enfurruñado como una cría pequeña, eso ha terminado por confirmarme que era mi morena. Mí morena, ¡vaya!, ahora con posesivos.

Llego a casa y para no variar abro una cerveza, me siento en la silla de la cocina y rememoro nuestro encuentro. Esa cara de deseo cuando me ha visto, al menos no le soy indiferente. La sensación de su tacto en mi mano, una mano pequeña y delicada. Su olor. Esos bonitos ojos gatunos color miel. El leve rubor que ha cubierto sus mejillas. Esa sensual y rosaba boca enfurruñada. He estado arreglando el grifo con una erección de caballo. Conteniéndome para no saltar sobre ella y para colmo, sabía que me estaba observando.

Mi ofrecimiento final ha sido de lo más torpe. La he desconcertado. Me ha dado la sensación de que estaba al día de mis escarceos sexuales con las demás inquilinas. ¡Qué coño le habrá contado Alicia!

Recapacito un poco poniendo un punto de cordura a los hechos. Realmente me ha tratado fatal. He ido a arreglar su grifo a estas horas de la noche, con la mierda de día que llevo, y me ha gritado, a pesar de comerme con los ojos. La misma actitud que tuvo cuando chocó conmigo, la culpa fue suya pero me lo hizo pagar a mí.

Me digo a mi mismo que esto no va a quedarse así. Voy a hacer que me mire con otros ojos, sea como sea, se va a comer su mala leche y su arrogancia. Va a tener a Carlos hasta en la sopa. Soy consciente de que mi

pequeño acto de *vendetta* no es más que una rabieta por su actitud hacia mí. Por otra parte, ¿realmente quiero acercarme a ella? Sí, definitivamente necesito que se me quite este encaprichamiento, recuperar mi vida y volver a mis sanas costumbres.

Me voy a la cama esperando soñar con angelitos y no con una morena sugerente de curvas generosas y ojos de gata.

Capítulo 10

HELENA

Han pasado ya varias semanas, parece increíble. Tengo la sensación de que llevo toda la vida aquí. Fifi está siendo una vecina excepcional, cuando vuelvo cansada de trabajar suelo pasarme por su casa a tomar un café o un refresco. En ese ratito la pongo al día sobre mi trabajo y ella me cotillea un poco sobre la vida de los vecinos, me relaja enormemente. Solo le cuento cosas superficiales, para no preocuparla. Últimamente tengo muchos problemas en el trabajo, pero me lo quedo para mí, siempre he sido algo reservada con respecto a mi vida privada.

Es un ritual bastante curioso el que hemos establecido. Fifi ha resultado ser encantadora además de bastante cotilla. Me ha comentado que su hijo ya no va a visitar a la inquilina del Cuatro B y que el marido de la del Tres A ha venido de un viaje. Ahora se llevará una larga temporada en casa con lo que se le acabó el chollo a su mujer. La señora Gómez tiene problemillas de salud, parece que se ha resfriado y han tenido que hospitalizarla, pero que está recuperándose muy bien, pronto volverá con nosotros. Definitivamente Fifi es una cotilla de tomo y lomo. Ella se excusa diciendo que se preocupa de su pequeña comunidad y tiene que estar al día para asegurar una buena convivencia. Espero que lo que le cuente de mí a los demás sea bueno.

Me ha dicho, que para el mes que viene quiere hacer una fiesta con motivo del aniversario de los apartamentos. No todos los negocios duran veinte años, hay que celebrarlo por todo lo alto. Incluso José, el chico del Dos B, al que aún no conozco, va a venir a celebrarlo. Estoy encantada con la idea.

Mi relación con Vodka es inmejorable. Tenemos una comunicación no verbal propia. Él me saluda todas las mañanas, incluso ladra en mi puerta avisándome de que voy tarde. Como recompensa le doy un trozo de salchicha

y unas caricias, agradecido me da dos lametazos. Yo me voy a trabajar y él se va, moviendo rápidamente sus patitas, a sus quehaceres diarios que deben ser olisquear esquinas y mangonear a los demás vecinos. Creo que es un extorsionador, con esa carita tan graciosa y esos ojillos lastimeros hace con nosotros lo que quiere.

Muchas tardes cuando salgo a pasear lo recojo de casa de Fifi y ambos nos damos un largo paseo. Me ayuda mucho a aclarar las ideas y despejarme del duro día de trabajo y a él lo ayuda a hacer el cafre revolcándose por la arena, *croquetearse*, lo llamo. Intento que haga un poco de ejercicio lanzándole palos, creo que esa parte no le hace mucha gracia porque la que recoge los palos soy yo. En ocasiones, pocas, nos ha acompañado Fifi, últimamente dice que se cansa demasiado.

Con Alicia he quedado para comer por el centro. Se ha convertido en mi mejor amiga después de Fifi. Me encanta su forma de ser, tan cínica y despreocupada. A ella sí me atrevo a preguntarle cosas sobre Carlos, la poca información que obtengo la atesoro para utilizarla contra él en nuestras próximas disputas. El tema Carlos es un capítulo aparte.

Me he apuntado a un gimnasio que está cerca del trabajo. Tenemos dos horas para comer, con media voy servida, el resto lo aprovecho para hacer algo de deporte. Lo echaba de menos. La gente cree que porque tenga unos kilos de más no me cuido o no me gusta el deporte, ya les gustaría a muchas de esas chicas delgaditas tener mis músculos, mis glúteos duros y mis piernas torneadas. Adoro mi cuerpo. Soy de la opinión de que el envoltorio no debería determinar la relación entre las personas.

Hablando de relaciones, la que tengo con mi jefe se complica por días. Al principio, salvo pequeños detallitos, se comportaba de manera profesional. Sigue provocando acercamientos que yo considero poco profesionales y algo sexuales y comportamientos machistas que no me gustan un pelo. Ese

enamoramiento que tenía cuando llegué se está viniendo abajo a pasos agigantados. Reconozco que es tremendamente atractivo y un profesional reconocido, pero como persona me estoy dando cuenta de que deja mucho que desear.

Espero que sus tonteos y sus flirteos no vayan a más, porque esto es ya bastante incómodo. A ratos pienso que son paranoias mías, que quizá con el bombardeo que tenemos en todos sitios sobre la violencia machista esté demasiado sensibilizada y veo o busco señales donde no las hay. Me recuerdo que hasta hace dos días yo hubiera estado encantada de sentir sus atenciones. No quiero darle más vuelta, con sacar adelante todo el trabajo que tengo acumulado ya es suficiente, aunque siento que estoy infravalorada. Me dan trabajos menores para los que estoy sobre cualificada ¿qué sentido tiene que esté haciendo fotocopias cuando ya tiene una secretaria para ello?

Esa es otra, su secretaria, cada vez me mira con peor cara. A veces, después de que Santiago y yo hayamos tenido alguna reunión larga, la llama a su despacho y se llevan horas con la puerta cerrada, echan incluso el pestillo. No quiero pensar mal pero tiene toda la pinta de que estos dos se traen una relación extraprofesional. ¡Qué les aproveche!

Y Carlos, lo de Carlos es para echarle comida a parte, él sí que parece un acosador. No paro de verlo en todas partes. Me levanto por la mañana salgo al balcón y allí está él tomándose un café. Me echa una miradita socarrona, un buenos días y nada más. Cuando voy a salir por la puerta para el trabajo, me lo encuentro arreglado el jardín justo en mi trayectoria; otro buenos días, me hace un repaso aprobando mi atuendo o no, depende, y me deja totalmente desconcertada. Eso me basta para irme cabreada el trabajo. Sí que me he dado cuenta de que algunos días, cada vez más, elijo la ropa para ir a la oficina pensando en él. Me evalúo en el espejo bajando un poco más el escote o retocándome un poco el maquillaje, por aquí o por allá, deseando que

me encuentre atractiva. No sé a qué está jugando pero va a tener en mí una dura competidora.

El sábado pasado iba a ir a dar un paseo matutino y vi que se metía en casa de Claudia, la mujer del Cuatro B. Me fastidió un poco tener que presenciar esa escena, pero lo peor fue que cuando volvía de mi paseo él justo, salía del apartamento recolocándose la ropa. Me echó una mirada de lo más intensa y se fue a su casa sin cruzar siquiera palabra conmigo.

Confieso que esporádicamente soy yo la que lo observa. Cuando llego pronto de trabajar y después de hablar un rato con Fifi, me asomo al balcón para relajarme con las magníficas vistas de la playa, una de las cosas que me enamoró de la casa. Suelo ver a Carlos en la playa, parece que sale a hacer ejercicio todos los días, cosa que agradezco. Corre al menos una hora, luego se quita la camiseta y se mete en el mar. Desde la distancia ya es un espectáculo digno de ver, si tuviera unos prismáticos disfrutaría muchísimo más. Además parece que le da igual que llueva o que haga frío, pensaba que no salía todos los días pero Fifi me confirmó que sí, que es una rutina que mantiene desde muy jovencito. Eso me ha hecho pensar que lo hace para tener puntos fijos en su día a día, una estructura. Será posible que esté empatizando con el capullo este.

Con Fifi y Alicia no puedo hablar de este tema porque se pondría de parte de él indiscutiblemente, así que solo puedo darle vueltas y sentirme totalmente desconcertada por como me afecta.

Ayer se hizo una reunión de la comunidad de vecinos para informarnos de que mañana por la tarde/noche llega una tormenta bastante fuerte que puede convertirse en huracán. Por nuestra seguridad nos han reservado unas habitaciones en un hostel del centro. Según nos contó Fifi hace unos años tuvieron el mismo problema y causó importantes daños en los apartamentos, casi los destroza. Al estar tan cerca del mar y en un acantilado el riesgo se

multiplica.

Me recuerdo mentalmente que cuando termine de trabajar y llegue a casa tengo que hacer una pequeña maleta para pasar la noche fuera. ¿Por qué tienen que pasar estas cosas un viernes noche? Podría pasar en un día laborable y me ahorraría un madrugón. Para colmo, empieza a dolerme la garganta y me noto mal cuerpo. Ayer las temperaturas descendieron bruscamente mientras caminaba por la playa, y hoy creo que han bajado más aún. Como soy muy lista, he bajado a comer sin el abrigo. Terminaré con una pulmonía.

He llegado a casa, me he duchado con agua calentita y me he acostado con unas décimas de fiebre. Si no tuviera mañana una reunión importante no iría a trabajar porque me encuentro fatal.

Cuando me despierto por la mañana estoy aún peor, apenas puedo tragar y estoy medio ronca. La noche ha sido toledana, sudando y casi sin dormir. Me tomo una pastilla para que baje la fiebre, me arreglo como puedo usando un montón de maquillaje, incluso corrector, y me voy al trabajo. Al final ayer se me olvidó hacer la maleta.

Paso el día pidiendo la hora. Mi jefe no quiere acercarse a mí para que no lo contagie. Me ha recomendado que vaya al médico. Le hago caso y voy a la consulta. Me ha dicho que tengo faringitis leve, así que: gárgaras con no sé qué, líquidos calentitos, que repose y paciencia hasta que se pase. En caso de fiebre un antipirético y mucha agua. Encima el huracán. ¿Por qué todo me pasa a mí?

Santiago me ha mandado a casa, incluso ha llamado a un taxi para que me quite del medio pronto, que aprensivo. Llego a casa me arrebujó en las mantas y entro en un duerme vela lleno de sueños extraños y pesadillas horribles. Me despiertan unos golpes continuos y siento mucho mucho frío.

Capítulo 11

CARLOS

Estoy a punto de volverme loco, estas semanas han sido una tortura. Tener a la morena a unos pasos, fantasear con ella cada dos por tres y no poder tirármela es la peor de las torturas.

Me he propuesto putearla aunque a mí me cueste la vida. Quiero bajarle esos humos que se gasta. La muchacha está muy crecida lo ha estado demostrando desde nuestro encontronazo en la ciudad. Cada vez que me ha visto se ha mostrado impasible. Me gustaría que eso cambiara y sintiera el mismo deseo por mí que yo siento por ella. Me doy cuenta de que estoy rallando la obsesión.

En estos días le he ido cogiendo la medida. He planificado mis horarios meticulosamente. La mayoría del tiempo que está en casa me sorprende aguzando el oído para prever cualquier movimiento y actuar en consecuencia. Mi actitud también es importante: la indiferencia o la cordialidad neutral son unas buenas armas, ella las usó conmigo y me jodió bastante.

Todas las mañanas sale al balcón con el café. Por mi parte pongo mi despertador unos minutos antes, me visto de forma casual, me preparo un café y me voy al balcón a esperar que aparezca. Normalmente hace mucho frío y para no quedarme medio tieso en el balcón, salgo con una manta que arrojo y escondo bajo mis pies cuando la escucho abrir el cierre. Me yergo aparentando normalidad y adopto una postura desenfadada. Con solo mirarla entro en calor.

La primera vez fue un espectáculo verla despeinada con los labios hinchados aún por el sueño y esos pijamas de franela imposibles. Mereció la pena el sueño y el frío, realmente todos los días lo merecen. También me encantó ver la cara de fastidio que puso al encontrarme, casi le da un patatús.

La saludé alzando mi café y ella se metió en su casa a la velocidad de la luz. Al siguiente día apareció con el pelo recogido y algo más arreglada. Lo primero que hizo fue buscar mi presencia. Hacemos progresos.

Poco a poco se ha establecido una rutina. Ya no parece recién levantada, ahora es ella la que alza su taza en señal de saludo, yo solo sonríe socarronamente y disfruto de su silenciosa compañía, lo peor es que me encanta.

Me he vuelto un maestro en lo que a las costumbres de Helena se refiere, soy capaz de calcular el tiempo que tardará en arreglarse. El primer día me sorprendió, estaba lista antes de lo que esperaba. Escuché sus tacones repiquetear y salí al patio simulando arreglar las plantas. Allí estaba ella de nuevo, turbada por encontrarme. Ese día eligió un vestido de lo más formal entallado en los sitios correctos. Desde mi lugar privilegiado, en cuclillas, al lado de los parterres más próximos a mi casa, se le veía un culo y unas piernas de infarto. Cuando pasó por mi lado solo pude evaluarla positivamente y devorarla con los ojos. Ella me dedicó su mejor gesto arrogante y se marchó con paso decidido.

Solo salí de mi aturdimiento cuando escapó de mi campo visual. Acto seguido me metí en casa y me masturbé como un adolescente. Mi *amiguito* y yo hemos mantenido una conversación seria, llegando finalmente a un entendimiento. Él se comporta como es debido en presencia de Helena y yo en privado satisfago sus necesidades.

Cuando sale a pasear con Vodka o va a casa de mi madre procuro dejarme ver para que no se relaje y sepa que sigo ahí, que este asalto aún no ha terminado. Una visita casual a mi madre cuando ellas están tomando café, un encontronazo fortuito cuando sale o entra en su casa. Creo que no hemos cruzado más de cinco palabras seguidas, pero no me importa, las palabras a veces solo estorban, las miradas son más elocuentes y entre las nuestras es

innegable que hay fuego.

Sé que cuando salgo a correr ella me mira desde su balcón, puedo distinguir su preciosa figura a lo lejos. Casi siempre después de correr me doy un chapuzón vigorizante, antes lo hacía más alejado, ahora le dedico el espectáculo recreándome en mis movimientos para que aprecie lo que se está perdiendo.

Se ha convertido en un ritual, sé que ella espera encontrarme y yo estoy deseando verla. Sin querer, realizamos un juego de seducción de lo más estimulante. Soy competitivo y confío en mis posibilidades, pero si aun así no lograré mis objetivos estoy satisfecho. Me estoy divirtiendo mucho con el proceso.

Hace unos días lo llevé un poco más lejos, quizá me esté pasando pero necesito tenerla ya. Comienzo a impacientarme. Cuatro A está visitando a unos parientes y se ausentará durante unos días, así que ideé el golpe definitivo. Usé el as en la manga: los celos.

Cuando Helena iba a salir a pasear me encontró abriendo la puerta del Cuatro B, no me giré, su cabecita se encargaría de hacerme el trabajo. Cuando termine, porque realmente tenía que arreglar unos azulejos, me quedé esperando dentro. Tras media hora larguísima, finalmente escuché la cancela y activé mi plan. Salí del apartamento de Cuatro B recolocándome bien la ropa. Mi acción no le pasó desapercibida. Vi en sus ojos primero decepción y luego celos. Me crucé con ella tranquilamente haciéndole un gesto con el mentón a modo de saludo. Escuche un portazo. Objetivo conseguido.

Sé que he sido un poco cruel. Por una vez necesito que una mujer me desee como la deseo yo, con un polvo no voy a estar saciado. Se está volviendo peligrosa para mí, ¡Joder, si hasta recuerdo su nombre! Estoy quebrantando todas mis reglas. Ella se irá como todas las demás. ¡Qué coño estoy haciendo!

Y para colmo de males estoy solo en esto, no he querido comentarle nada a Alicia. Se han hecho muy buenas amigas y sé que a la mínima va a advertirle y eso no me interesa. Siempre me echa la misma charla sobre que es una buena chica, demasiado buena para mis tonteos, que debería dejarla en paz... Alicia ha dado por supuesto que sigo manteniendo mis antiguas relaciones, no se lo he desmentido. No le he contado que desde que Helena se mudó a vivir con nosotros no he vuelto a tocar a ninguna otra mujer. No es porque no lo hayan intentado, de hecho han sido bastante insistentes, es simplemente que no llaman mi atención. Solo tengo un objetivo y no quiero que nada me distraiga.

Mi madre es harina de otro costal, quiere que asiente la cabeza a toda costa, ¿no sé qué coño le preocupa! No todo el mundo necesita una pareja en su vida. Debería respetar mis decisiones y dejarme vivir mi vida. Más, cuando ella ha sido la reina de la alta rotación en su cama. Si le contara lo que estoy haciendo con Helena podría el grito en el cielo e intentaría que dejara mi juegucito, la lleva clara, es demasiado excitante para detenerme ahora.

Hace unos días que cambié mi táctica, deben precipitarse las cosas ya o yo voy a explotar y haré una locura. Estoy intentando evitarla, quiero que sea ella la que me busque. Lo estoy pasando fatal porque la echo de menos, pero debe ser ella la que venga a mí. Por ahora mi puerta no ha sonado.

Hoy es el día del huracán, no hay mucho tiempo para tonterías. Protección civil nos ha dado una serie de recomendaciones. Hace unos días me encargué de darles la charla a los inquilinos y espero que lo hagan bien. Alicia nos ha buscado las habitaciones en el hostel de siempre, no es la primera vez que tenemos que enfrentarnos a esto, por desgracia. Me es imposible no recordar el accidente de mis padres. Siempre que hay una tormenta acude a mi cabeza.

He acompañado a mi madre y a la señora Gómez al hostel. Yo debo

volver a los apartamentos. Me ha pillado el toro porque esto se está poniendo un poco feo. Tengo que comprobar que todas las ventanas estén aseguradas y todo recogido, los apartamentos son importantes. Ahora recuerdo que no he visto a Helena por el hostel imagino que irá directamente desde el trabajo, sería lo más sensato.

Ha empezado a llover con fuerza y cada vez sopla más aire. En el trayecto del coche a la cancela me he puesto empapado y he tenido que luchar con el fuerte viento. Tengo poco tiempo porque esto está empeorando por momentos. Mi casa y la de mi madre sé que están bien cerradas, así que decido empezar por el Cuatro B. Compruebo las demás y también parece que han hecho los deberes. Me detengo en la puerta de Helena, es la única que me queda por mirar. La ventana de la cocina está abierta completamente y las cortinas salen por ella con fuerza. Ha debido dejar el balcón de par en par, se va a ganar una buena bronca.

Abro rápidamente la puerta, cierro la ventana de la cocina y atranco la contraventana, hace un frío tremendo aquí dentro. Me froto los brazos intentando entrar en calor mientras avanzo hacia el balcón que está, efectivamente, abierto completamente. Mi cabreo tiene ya proporciones bíblicas. Por el raballo del ojo y en medio del esfuerzo de intentar cerrar las contraventanas siento una figura aparecer por el pasillo.

Capítulo 12

CARLOS

—Helena, ¡qué coño haces aquí! Deberías estar ya en el hostel y tener todo esto cerrado ¡Joder eres una inconsciente! —le espeto cabread. Me hace un puchero pero no me replica. Me da igual, hay que cerrar esto.

Con todas mis fuerzas intento cerrar las contraventanas. El aire es bastante fuerte, más de lo que esperaba y me resulta casi imposible tirar de los batientes. Helena se pone a mi lado y tira conmigo, con mucho esfuerzo conseguimos cerrar las dos partes. El suelo del salón está empapado y nosotros aún más.

—¿Se puede saber que te ha pasado? —le pregunto mientras la zarandeo para que reaccione.

—No me siento muy bien, creo que me voy a ir otro ratito a la cama. — Comienza a temblar y la agarro antes de que se desmaye. Le toco la frente y a pesar del frío que hace en la habitación está ardiendo.

La cojo en brazos y la llevo al baño, abro el agua caliente y dejo que corra hasta que coge temperatura, la meto dentro y me meto con ella. Protesta pero le hablo bajito al oído y parece relajarse suspirando. Poco a poco va entrando en calor. El agua corre durante un rato y atempera nuestros cuerpos. Intento quitarle la parte de arriba del pijama pero me gruñe. Le pregunto que si lo hará ella si la dejo sola, vuelve a gruñirme e interpreto que es un sí.

Salgo de la ducha sonriendo a pesar de la situación y corro la mampara para dejarle intimidad. Me gustaría mucho mirar pero debo ser un caballero. A los pocos segundos cierra el grifo y después de un par de improperios a los que yo sonrío como un bobo le tiendo el albornoz, casi me lo arranca de las manos.

Aprovecho que ella está cambiándose, para quitarme la ropa empapada.

No tengo nada que ponerme, tendrá que valer con una toalla. Voy dejando la ropa en el lavabo: camiseta, vaqueros, calcetines y calzoncillo. Me enrolló la toalla en la cintura y me giro para ver si Helena ya ha terminado. La veo observándome con curiosidad, creo que ha obtenido un primer plano fabuloso de mi culo, y por su cara no está muy disgustada.

—Vamos pequeña hay que secarte el pelo.

La ayudo a salir de la ducha, la siento en mis rodillas y con calma peino su largo cabello y se lo seco. Ella se deja hacer sin mucha resistencia, debe estar hecha polvo del resfriado o lo que sea que tiene. Cuando compruebo que está totalmente seco, que por cierto, que lata esto de secar tanta cantidad de pelo, la llevo a su cuarto y la dejo sentada en la cama apoyándola contra el cabecero.

—Voy a hacer un par de sopas calentitas y a buscarte algo de medicina para que baje esa fiebre. Luego tendremos una conversación —la reprendo. Ella asiente intentando mirarme a los ojos pero su mirada se decanta por mi pecho. Está preciosa con su magnífico pelo enmarcando su bonita cara, los cachetes arrebolados del calor del aseo y ese esplendido albornoz que deja que se vea el comienzo de sus perfectos pechos. No te distraigas Carlos, hoy estamos en misión de rescate.

Agarro una sudadera que tiene en una silla. ¡Hace un frío de cojones en esta casa! Me está algo pequeña pero va a valer, no tengo otra. Parezco un *highlander* moderno con la sudadera universitaria y la falda/toalla. ¡Para lo que hemos quedado!

En la entrada subo el termostato de la calefacción que estaba apagada y mientras caliente dos vasos de agua en el microondas enciendo la televisión. Mi móvil está parpadeando en la encimera, por suerte lo dejé allí, si no hubiera terminado empapado. Tengo varias llamadas perdidas de mi madre. El de Helena que está en la mesita del salón también parpadea, imagino que por

la misma causa. Marco sin dilación. Debe estar preocupadísima.

—Madre, estamos bien. Nos ha pillado la tormenta en casa de Helena y es más seguro quedarnos aquí que salir ahí fuera —le comento en el tono más calmado que puedo. La línea tiene algo de estática pero por ahora se mantiene.

—Cariño, pensaba que te había pasado algo por la carretera, al no saber tampoco nada de Helena me he preocupado aún más. Tengo que llamar a la policía y a los bomberos que os deben estar buscando —contesta preocupada.

—Madre sé cuidarme, vas a hacer que salga en las noticias con tanta movilización —sonrío. Es capaz de todo por la gente que quiere.

—¿Entonces estáis bien? ¿No tengo que preocuparme por ninguno?

—No, Helena está en la cama, me la he encontrado casi delirando de la fiebre. Así que voy a hacer un par de sopas y pasaré la noche con ella. —Mi tono ha sido de lo más neutral, no quiero que haga conjeturas erróneas.

—Vale hijo, pórtate bien y cuídala mucho. No hagas ninguna tontería.

Suena el timbre del microondas y haciendo malabarismos con el teléfono saco los vasos.

—Sabes que me portaré bien, me has educado tú. Besos y ten cuidado por ahí también.

Cuelgo más tranquilo sabiendo que ellas también están bien. Echo los dos sobrecitos y mientras los remuevo hago una búsqueda por Internet, en la tele no dicen nada, a ver si por la red me entero de algo. La última información es de hace media hora, parece ser que al final el supuesto huracán se ha quedado en tormenta tropical y aunque llega con fuerza nada que ver con lo que podría haber sido. Posiblemente mañana a medio día o pasado, a más tardar, esté todo controlado. Menos mal, la perspectiva de quedarme encerrado con la morena durante mucho tiempo me está haciendo enfermar a mí, porque si al menos pudiera seducirla, pero no...me toca portarme bien y cuidarla. ¡Será posible!

Cojo una botella de agua y un vaso y vuelvo a la habitación. Ella me sigue con la mirada pero no dice nada. Dejo en la mesilla el vaso y el agua, veo que están también las medicinas. Vuelvo a por el caldo y me preparo para enfrentarme a ella.

Le paso uno de los vasos en silencio, mirándola a los ojos. Ya empieza a hacer calor en la habitación, así que me quito la sudadera y le doy un buche al caldo que para ser de sobre se deja beber.

—Antes de que digas nada tomate el caldo y las medicinas, a ver si conseguimos bajar un poco la fiebre.

Obediente mete un buche grande, protesta porque quema y yo no puedo evitar sonreír. Se echa un vaso de agua y se toma una pastilla para bajar la fiebre. Luego sigue acunando el caldo entre sus manos.

—Carlos, no era consciente de la hora ni de lo que estaba pasando. He llegado del trabajo hecha polvo, me he tomado una pastilla y no recuerdo nada más hasta que me han despertado unos golpes. Ahora sé que eran los batientes de las ventanas. —Casi no me mira a los ojos, está avergonzada.

—Deberías haber llamado a alguien si no te sentías bien, te podría haber pasado algo —replico disgustado—. Cuando he entrado el agua estaba entrando en la casa y hacía un frío horroroso. ¿Eres consciente de que podrías haber pasado la noche en esas condiciones? —Mi tono es bastante agresivo, quiero que comprenda la gravedad de sus actos.

—En serio, lo siento, no pensé estar tan abatida y no quería preocupar a Fifi. —Juguetea nerviosa con su vaso y agacha la cabeza. No puedo verla triste y encima es verdad que está enferma.

—Venga, vamos a descansar un poco que nos hace falta —le susurro levantado su mentón con mis manos. Nos miramos a los ojos con un cierto deseo. Bebo lo que queda de caldo para romper el momento y me bajo de la cama.

—¿Dónde vas?

—Al sofá.

—Puedes dormir aquí, así si necesito algo no tendré que levantarme. La cama es grande. —Me mira con esos enorme ojos de gata con la súplica reflejada en ellos y a pesar de que sé que lo voy a pasar fatal asiento.

Ella se acomoda dentro de la cama, se cubre con el edredón y se desprende del albornoz sin dejar de mirar mis gestos.

—¿Te importa que me quite la toalla? Me va a ser muy incómodo dormir con ella.

Ahora la que asiente es ella mordiéndose el labio, madre mía, Carlos contrólate porque así no se puede.

Me meto en la cama como puedo intentando no enseñar más de lo necesario, me tapo hasta la cintura y apago la luz. Ella debe de estar cansada y el caldo le ha sentado bien porque a los tres minutos su respiración se ha acompasado y sé que está durmiendo.

Helena no para de moverse, está sudando a causa de la fiebre y encima cada roce es una tortura para mí. Ha estado hablando en sueños, incluso me ha llamado en un par de ocasiones. Necesito relajarme y dormirme para que la noche pase rápido. ¡Qué noche más larga!

Capítulo 13

HELENA

¡Qué noche he pasado!, recuerdo haber tenido varias pesadillas, incluso recuerdo haber hablado con Carlos. La luz que inunda la habitación proviene de la ventana del baño, debí dejar la puerta abierta anoche, sin embargo, la ventana de la habitación está cerrada a cal y canto. No sé qué hora puede ser.

Tengo mucho calor, ¿estoy desnuda? Estoy tumbada boca arriba y una mano grande agarra mi cadera. No puede estar pasándome esto, no recuerdo nada de nada. Levanto el edredón y veo un magnifico ejemplar masculino. Está bocabajo y mira hacia el lado contrario. Tiene un culo de infarto, espera, espera, este culo lo conozco yo. Me muevo inquieta, la mano se desliza por mi piel y yo me envaró. Se queda quieta en mi cintura dándome un pequeño apretón.

—Buenos días bella durmiente. —Carlos gira la cabeza y me dedica la sonrisa más bonita que he visto nunca— ¿Cómo te encuentras? —pregunta somnoliento.

Analizo la pregunta, ¿tiene trampa? Intento averiguar si me duelen partes que no deberían dolerme, parece que no, por aquí abajo está todo bien. La garganta me molesta pero mucho menos que ayer y por ahora parece que no tengo fiebre.

—Bien, me encuentro bastante bien —contesto con honestidad. Espero que esto le valga porque estoy algo perdida.

—Me alegro porque has dado una noche bastante curiosa. No has parado de moverte, incluso me has llamado en sueños.

Pongo cara de espanto sin saber cómo replicarle, parece que mi cerebro se va de paseo cuando me rodeo de hombres atractivos.

Carlos se pone de pie sin darle importancia a su desnudez, que por

cierto me ha encantado ver, se mete en el baño y cierra la puerta.

—Me doy una ducha si no te importa —me grita desde dentro.

Suspiro aliviada por librarme de su asfixiante presencia durante unos minutos y poder así hacer memoria. Llegué a casa con fiebre me metí en la cama, ¡oh dios!, de pronto empiezan a llegarme imágenes de lo sucedido. ¡No puede ser! Carlos vino a rescatarme de la tormenta, si no llega a ser por él hubiera muerto congelada. No te pongas dramática, estarías ahora con una pulmonía pero nada más. Recuerdo que cerramos los contrafuertes y nos empapamos, nos dimos una ducha caliente. ¡Caramba!, me ducho con un hombre que está para comérselo y es justo cuando estoy enferma.

Fue muy gentil y amable a pesar de la bronca que me echó. Se preocupa por mí, me pareció muy tierno.

Me ha gustado sentir su calor y su enorme mano en mi cintura. No vayas por ese camino. Carlos es de una noche y poco más, nada de implicarse, ya lo has visto con las demás vecinas. No está hecho para ser fiel. No pretendas cambiar a nadie a estas alturas porque la gente es como es, o los aceptas o no. ¿Tanto lo conoces como para afirmar eso? Analizo si podría admitir una relación abierta o tener solo sexo ocasionalmente, quizá al principio si pudiera, pero a la larga no me conformaría con estar con él unas horas y no poder disfrutar de su compañía el resto del tiempo. Necesitaría más de él. No hemos mantenido conversaciones largas pero a veces no son necesarias para saber que esa persona que tienes delante se complementa contigo. Ya estamos otra vez, te estás pillando por él y te va a hacer daño.

Salgo de la cama antes de que estos pensamientos se descontroren. Cuando me estoy poniendo de pie para buscar algo con lo que cubrirme se abre la puerta del baño. Carlos se queda mirando mi trasero embobado, tiro de la sabana y me tapo muerta de vergüenza. Lo veo titubear cosa que me agrada, me gusta apreciar que afecto a un hombre tan seguro como él.

—Creo que yo también debería ducharme —le digo yendo hacia el armario para coger alguna ropa cómoda y algo que pueda servirle a él. Como tenga que ver su torso desnudo por más tiempo no podré soportarlo.

—Podrías haber entrado conmigo y hubiéramos ahorrado agua —suelta socarrón mientras se seca el pelo con la toalla.

Mis ojos van a todos esos músculos que se le marcan en el torso, desde lejos parecía que estaba marcadito pero ahora de cerca... No tiene ni un pelo en el cuerpo, al menos que se vea. En una situación normal le preguntaría si se depila, pero no creo que sea una pregunta que deba hacerle después de su ofrecimiento.

Le lanzo la sudadera más grande que tengo y unos pantalones que me están enormes, de esos que siempre te propones cambiar y al final nunca lo haces, menos mal que van a tener su utilidad.

Me meto en el baño lo más digna y altiva que puedo. Al pasar por su lado me llega su olor a limpio, mar, madera y a mi champú. Cierro los ojos empapándome de él. Me sonrío dándose cuenta de lo que me afecta y me desarma haciéndome perder toda la seguridad. A veces lo odio.

Me doy una ducha reparadora riéndome sola por los líos en los que me meto. Caigo en que estoy tan metida en no sucumbir a él que no me he preocupado de la tormenta.

¡Mierda! El muy capullo me ha dejado sin toalla. Le doy un grito esperando que me oiga, abre la puerta levemente y le pido que me traiga una toalla. Al segundo lo escucho entrar en el baño pero no dice nada, me asomo por el borde de la mampara y él me extiende la toalla con cara de bobo.

Bajo la vista y parece ser que uno de mis pechos ha sido rebelde y es la causa de la cara de Carlos. Me envuelvo en la toalla como puedo toda roja.

—No te preocupes por taparte tan rápido, me ha gustado lo que he visto —murmura con la voz algo ronca.

Cuando cierra la puerta me encuentro sonriendo. ¡Qué canalla es!

Me he secado el pelo, me he puesto mi pijama calentito y estoy lista para volver a por otro asalto. Casi no he salido por la puerta del aseo y Carlos me tiende un vaso de agua y una pastilla. Imagino que él llevará la cuenta de las horas porque yo no.

Vamos al salón y ha preparado un magnifico desayuno con las pocas cosas que tengo: dos cafés con leche, un par de tostadas y un zumo. Ha abierto el balcón y se ven las gruesas gotas de agua rebotar contra los cristales. El cielo está totalmente cubierto.

—¿Sabes algo de cómo están las cosas ahí fuera?

—He estado escuchando las noticias y parece que hay varias carreteras cortadas debido a las inundaciones pero que esperan que esta tarde o mañana a lo sumo esté restituido el tráfico y todo vuelva a la normalidad. También he hablado con Fifi y con Alicia, ambas están bien —me sigue contando bastante serio y concentrado—. Alicia al final fue también al hostel, no quería que Fifi pasara la noche sola. Siempre puedo contar con ella.

—¿La quieres mucho, verdad? —no puedo evitar la pregunta a pesar de que sé que quizá no debería hacerla. Su respuesta puede no gustarme.

—Sí, es mi mejor amiga. Desde que éramos niños me ha cuidado y protegido de los demás. Siempre ha estado ahí para mí. Cuando las cosas no iban bien en casa era mi ancla. En la medida de lo posible yo intento devolverle su ayuda. —Me mira algo tímido, me gusta mucho esta parte de él.

—¿Por qué necesitabas ayuda? —sigo preguntando aprovechando que está receptivo.

—¿Crees que es sensato que profundicemos a esos niveles? Vamos a tener que estar todo el día juntos, ¿no te gustaría aprovechar el tiempo de otras formas más digamos...divertidas? —Lo ha hecho queriendo, acaba de cortar cualquier acercamiento. Está bien, a este juego también sé jugar yo.

—Creo que no quiero ser una muesca más en tu revólver y puesto que no quieres contestar a mis preguntas mejor nos quedamos callados hasta que podamos salir de este encierro. —Dejo de comer, cruzo los brazos y fijo mi mirada en él.

Permanece un rato en silencio solo mirándome, cada vez con más intensidad, pero no pienso desviar la mirada. Finalmente resopla y asiente con la cabeza.

—Tú ganas. —Se pone de pie con el café entre sus bonitas y grandes manos. Hasta con la ropa tan dispar y ridícula que lleva está guapo. Se acerca al cristal del balcón y observo su perfil a contraluz. Traga un buche de café y yo me quedo embobada mirando como se desplaza su nuez.

—Mis padres murieron cuando yo era pequeño. Nunca me ha gustado el trato con los demás, antes de sus muertes era soportable, después me aislé casi totalmente. En el colegio no sabía como relacionarme. No siempre fui alto. — hace una pausa para mirarme y dedicarme una sonrisa un poco triste, que no puedo evitar devolverle—. Después de lo de mis padres la cosa se agravó. Mis compañeros se metían conmigo, me decían cosas crueles, me robaban el bocadillo o el dinero que tuviera. No fueron buenos tiempos. —Su voz es entrecortada pero recupera la compostura—. Ahora desde la perspectiva del tiempo lo analizo y debería haberles plantado cara, pero ya tenía bastante con entender y adaptarme a mi nueva situación.

Permanezco quieta solo observándolo y disfrutando de este pedacito de intimidad que está compartiendo conmigo. Al rato, no sé si segundos o minutos, no me importa esperar el tiempo que necesite, continúa.

—Un día Alicia vio como se metían conmigo y me arrinconaban, estoy seguro de que incluso me habrían golpeado. Ella se metió en medio impidiendo que me tocaran, se convirtió en mi heroína. Desde ese momento siempre estábamos juntos, a todas horas. Incluso de adultos me salva de lidiar

con los clientes de los apartamentos. —Sonríe de forma cariñosa—. El acoso escolar, por desgracia, es un problema bastante común. Ahora te toca a ti. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

Nos pasamos el resto del día bromeando y contándonos intimidades. No ha vuelto a hacer insinuaciones sexuales ni nada parecido, una pena porque estaría dispuesta a sucumbir a sus encantos. Ha estado cuidándome: la pastilla a su hora, ha hecho la comida, que por cierto nunca pensé que cocinara tan bien. Ha cocinado espaguetis, los ingredientes que no tenía ha ido a buscarlos a su casa aprovechando para cambiarse de ropa. Ha alegado que se sentía ridículo con mi ropa, yo creo que estaba perfecto.

Parece que el aire y el agua no han hecho muchos estragos en el patio, algunas macetas se han caído de los soportes y está la tierra tirada por el suelo, pero dice Carlos que nada insalvable.

Me ha sorprendido encontrarme con esta persona tan encantadora, esperaba que siguiera mostrándose distante y borde, pero ha sido cercano y cariñoso. Es peligroso para mi propio bien. Aún sigo pensando que no va a cambiar por mí. Si es un canalla lo va a seguir siendo y yo no quiero eso en mi vida, además, no sé si por lo que me ha contado y como lo ha hecho no alberga sentimientos hacia Alicia. Debería hablar del tema con ella.

Capítulo 14

CARLOS

Han pasados unos días desde que pasó la tormenta. Al día siguiente por la tarde ya estaban abiertas las carreteras y restituida la función normal de la ciudad. Después de comer recogí el patio que había quedado un poco revuelto por el fuerte aire. Helena quería ayudarme, pero ya tenía bastante con su resfriado, mejor que se quedara en casa calentita y que se recuperara para el lunes. Fui a verla en un par de ocasiones mientras recogía. Una de las veces estaba profundamente dormida en el sofá, tuve un extraño sentimiento protector.

También me sirvió para alejarme de ella, las cosas se estaban poniendo un poco tiernas y eso sí que no me lo puedo permitir. Hubo momentos en los que creí que no iba a aguantar el impulso de besarla o de decirle alguna lindeza. Me sorprendió comprobar que es sencillo hablar con ella. Es una persona empática que sabe escuchar. No censuró nada de lo que le conté. Me sentí bien hablándole de mí, solo me mostré un poco esquivo cuando me preguntó por mis relaciones, ella captó la indirecta y no volvió a sacar el tema. ¡Chica lista!

Esa misma noche, todos dormimos en nuestros apartamentos. Por supuesto fui acosado a preguntas por mi madre. Aproveché para cenar con ella y contarle todo lo sucedido. No hizo ninguna alusión a mi relación con Helena, creo que trama algo. Me lo confirmó la llamada que Alicia me hizo más tarde, su interrogatorio giró en el mismo sentido. Cuando se ponen suaves las temo.

Mi relación con Helena ha dado un giro total. Por las mañanas coincidimos en el balcón con el café. Ya no nos chinchamos, hablamos plácidamente sobre todo y nada. Tiene un sentido del humor que me gusta y mis silencios no parecen incomodarla. Cuando sale arreglada para ir a

trabajar me meto con ella o valoro el modelito de turno, ella posa para mí y yo me la como con los ojos. Algunos días hemos ido juntos a casa de mi madre a tomar café. Me estoy involucrando demasiado pero no puedo evitarlo. Me gustaría hacer bien las cosas con ella, temo cagarla. Esto de las relaciones no es lo mío y no ha surgido la oportunidad de un acercamiento más carnal, tampoco quiero lanzarme y que ella me rechace, ¿quizá para ella solo sea un amigo?

Otro problemilla que tengo que resolver es el de Cuatro B, ha vuelto de su viaje familiar, y me ha estado haciendo insinuaciones. Por ahora la he esquivado como he podido pero tarde o temprano tendré que coger el toro por los cuernos antes de que la cosa se complique más. Con Tres A ya tuve la charlita, lo ha entendido muy bien, me ha agradecido la experiencia que le he proporcionado, va a intentar que su matrimonio funcione. No sé yo si será capaz. Me alegra que al menos se lo plantee.

Hablando de problemas, por ahí se acerca Cuatro B dispuesta a seducirme con todas sus armas. Lleva puesto un traje negro entallado con un escote de infarto, está un poco fuera de lugar debido al frío que hace aunque hay que reconocer que la mujer está muy buena.

—Carlos, me gustaría que miraras la persiana del dormitorio, hace un ruidito que me preocupa —me dice en voz baja y seductora a la vez que se acerca a mí y coloca una mano estratégicamente sobre mi pecho.

—Ahora mismo estoy ocupado. —Mentira. No quiero problemas—. Quizá pueda acercarme un poco más tarde. —Mi mirada baja a su escote.

Ella hace un puchero y se pega aún más, se pone de puntillas porque aunque lleva unos zapatos de tacón generosos le falta una buena cuarta para llegar a mi altura. Se apoya en mi hombro para estabilizarse y continúa con su asalto.

—Me parece que te interesaría pasarte *ahora* por mi casa —vuelve a

susurrarme mientras atrapa mi oreja con sus dientes.

No va a cejar en su empeño. Pensaba que nuestra relación estaba clara y que no me iba a presionar, ella no lo tiene tan claro o confía demasiado en sus posibilidades. *Mea culpa*.

—Cariño, por los viejos tiempos —alega sonriendo.

—Está bien. —No puedo evitar devolverle la sonrisa aunque recapacito y le replico en tono serio—. Zanjemos este tema. —La agarro por la cintura para alejarla de mi oreja, ella malinterpreta mi gesto y aprovecha para plantarme un beso en los labios. Sorprendido la dejo hacer aunque no participo activamente. El tiempo que hemos disfrutado bien vale una pequeña despedida.

Deslizo mi brazo por su cintura y en un movimiento habilidoso la desplazo haciéndola girar para dirigirla hacia su casa. Al entrar se ha abalanzado sobre mí, la he separado como he podido. Me ha mirado desconcertada y ha vuelto a la carga. La segunda vez lo ha entendido.

—¿Es por la tía esa, no? —me espeta con desprecio. Me han entrado ganas de echarla de los apartamentos por imbécil y superficial. He torcido el gesto y ella ha reulado—. Quiero decir, por la vecina nueva.

—Sabías que esto era algo ocasional, lo hablamos cuando comenzamos. Los dos nos satisfacíamos y punto. No es por Helena ni por nadie en concreto. Los motivos no te incumben, y no vuelvas a insultarla, demuestras tener muy poca clase —susurro pegado a su oreja con mi tono más amenazador.

Ahora se me ha puesto a llorar pegada a mi pecho.

—Venga, no te pongas así. Puedo darte el contacto de algún amigo que estará más que contento de poder satisfacerte. —Ahí ha sido cuando me ha cruzado la cara y se ha puesto histérica. No creo que haya dicho nada del otro mundo.

Se ha mostrado totalmente irracional. He intentado por todos los medios

dialogar con ella, pero no me escucha y después de una buena media hora intentándolo de todas las maneras posibles y viendo que era una pérdida de tiempo, me he dado la vuelta y me he marchado. Se ha quedado hecha polvo. No me esperaba esta reacción. Puedo parecer insensible pero nada más lejos de la realidad, me ha afectado, pero la lastima no debe ser un elemento de coacción.

Salgo de casa de Cuatro A intentando analizar lo que ha pasado y mi cara de espanto ha debido ser histórica. En la puerta de casa de mi madre está ella, abrazando a Helena. Por un momento me entra el pánico y pienso que ha pasado algo. Acto seguido por la mirada que me ha echado Fifi sé que lo que sucede es por mi culpa. Intento acercarme a ellas pero mi madre la acoge bajo su ala y la mete en su casa. ¡Joder!

No intento entrar. No me dejarán ni pasar. Resignado me voy a casa y vuelvo a los viejos hábitos, me abro una cerveza y me paso el resto de la tarde intentando escuchar algún ruido en casa de Helena. Finalmente, aburrido, me voy a la cama. Mañana será otro día y espero que me concedan el beneficio de la duda.

Capítulo 15

HELENA

Todo iba bien, sentía que habíamos conectado.

Estaba fregando los cacharros de la cocina cuando he visto como Claudia, que es una mujer preciosa y con un cuerpo de infarto, se acercaba a Carlos. No podía escuchar la conversación, pero cada vez se ha pegado más a él. Incluso, ¡le ha dado un beso! Él no se lo ha impedido, ambos han sonreído y muy acaramelados han entrado en casa de Claudia. ¡No me lo puedo creer!

¡Venga Helena!, no es nada tuyo, sabes que tiene sus historias y que es solo sexo. ¿Pensabas que tú ibas a ser diferente? ¿Qué tenéis vosotros? Dos conversaciones relativamente profundas, una noche en la misma cama sin nada de sexo y tres frases cómplices. ¡Vamos!, eso no constituye una relación. Te lo dejó clarito el día de la tormenta: no mantiene relaciones serias. Te has hecho ilusiones cuando sabías de antemano que era un callejón sin salida.

Esta es la gota que colma el vaso, llevo unos días de mierda en el trabajo, mi jefe no para de hacerme acercamientos. Ayer me invitó otra vez a comer, decliné su petición como pude, pero sé que tarde o temprano tendré que ceder. Se escuda en que es por motivos laborales, pero me está mosqueando. Tiene las manos muy largas y aunque solo son pequeños roces y gestos, no me está gustando su actitud. Su secretaria sigue mirándome con recelo, no sé qué le he hecho, con ella sí que debería irme a tomar un café. Hasta el trabajo que siempre me ha apasionado se me está haciendo cuesta arriba con la tontería de mi jefe. Tampoco tengo claro que pueda hacer algo contra él o que mis acciones no tengan consecuencias. Siento que me encuentro sin salidas.

Lo cierto es que todos estos días lo único que me había motivado para seguir hacia adelante había sido la pequeña burbuja que habíamos creado Carlos y yo, pero como nada puede salir bien se ha pinchado devolviéndome a

la realidad más cruda.

Muy enfadada y a punto de las lágrimas, cojo la chaqueta para ir a dar un paseo.

—Helena, —me llama Fifi— ven aquí niña, tomate un café conmigo.

Declino su invitación moviendo la cabeza, no me salen las palabras y mis ojos se llenan definitivamente de lágrimas.

—¡Vamos! Un café calentito y una buena compañía lo arreglan todo. —
Extiende sus brazos para darme un abrazo y yo lo necesito tanto que la aprieto fuerte.

Escucho una puerta abrirse, sé que es él pero no quiero mirar. Fifi me arrastra hacia su casa y me reconforta hasta que recupero la compostura.

—Gracias Fifi. Necesitaba tanto un abrazo...—le digo llena de sentimiento.

—No te preocupes chiquilla, yo también he tenido mal de amores. —La miro sorprendida, ella me sonríe y añade—. Quiero mucho a mi hijo pero a veces es un estúpido.

No puedo evitar reírme. Verla tan seria renegando de su hijo me anima. Quizá tenga una aliada en ella.

Nos tomamos un café y más relajada le cuento como ha ido mi relación con Carlos. Ella me anima a que persista, que no lo deje por imposible que sabe que Carlos es un buen chico que toma malas decisiones. Desearía creer en sus palabras pero no estoy tan convencida de que Carlos y yo tengamos los mismos intereses. Aun así, no puedo permitirme mantener una relación con él de la que quizá no pueda recuperarme. Creo que me estoy enamorando.

Es tarde cuando llego a casa, tengo los ojos hinchados y me duele la cabeza. Me preparo una infusión y me voy a la cama a intentar dormir.

No he dormido demasiado, así que me levanto más temprano que de costumbre. Cambio las rutinas, hoy no me apetece verlo ni hacer nuestro ritual.

He estado dándole muchas vueltas y realmente no tengo ningún derecho a ponerme posesiva con él, somos amigos y así deberíamos seguir. No nos debemos nada y ambos estamos solteros, así que puede hacer lo que quiera, solo necesito unos días para asimilarlo.

Mi plan ha funcionado porque no nos hemos cruzado. Quizá sea él el que no quiera verme a mí. Su amiguita ha vuelto y ya está servido, para que conformarse conmigo teniendo un pedazo de mujer que se lo da todo. No seas mala, quedamos en que solo erais amigos y tú estás más buena, que no se te olvide. Para no olvidarlo me he plantado uno de mis mejores y más arrebatadores modelitos. Me queda bastante bien, marca todas mis curvas y deja ver lo justo. He tenido que maquillarme bastante porque tenía muchas ojeras pero el resultado no está nada mal.

Mi jefe también piensa que hoy estoy especialmente atractiva, no ha parado de mirarme y tocarme en todo el día, incluso ha venido un par de veces a mi despacho para mandarme trabajitos. No para de delegar en mí trabajos muy secundarios, que para nada tienen que ver con mi cualificación.

Son casi las seis, la hora de salir y no tengo muchas ganas de volver a casa, sé lo que me espera. Me apetece ver a Carlos pero también me da miedo. Justo llaman a la puerta.

—Helena, disculpa. —Mi jefe entra sin que le dé permiso. Es un mal educado—. Me he tomado la libertad de reservar una mesa para dos en un restaurante bastante bueno. —Me mira analizando mi respuesta corporal—. He pensado que hoy era un buen día para enseñarte la ciudad.

Intento poner cara de póker, no tengo ningunas ganas de ir a cenar con él y que confunda aún más nuestra relación.

—Creo que esto no es muy adecuado Santiago —le digo de forma conciliadora.

—Será una comida formal. No pienses que es otra cosa porque

realmente somos dos compañeros de trabajo que salen a cenar. —Su tono es meloso y no me gusta.

Analizo mis opciones: por un lado irme a casa y seguir dándole vueltas a la cabeza, con la posibilidad de encontrarme con Carlos, o cenar algo rico con una conversación interesante e intentar olvidarme durante unas horas de todo.

—Está bien, pero pagamos a medias.

—Para nada, el caballero invita siempre a la bella dama. — Claudico y le sonrío aunque no me hace ninguna gracia.

Me pongo de pie, me ayuda a colocarme el abrigo y me dirige hacia los ascensores con su mano puesta un poco más abajo de la cintura. Su secretaria me echa una mirada asesina. ¿Estará enamorada de él? Nota mental para intentar hablar con ella mañana.

La comida está exquisita, la compañía es en exceso empalagosa. No puedo evitar compararlo con Carlos: tan guapo, tan intenso, tan callado...tan mujeriego. Vuelvo al presente. Santiago no ha parado de hablar de sí mismo desde que nos hemos sentado. Que lleve toda la noche mirando mis pechos en vez de mis ojos me ha permitido observar todo el restaurante sin parecer descortés.

Durante toda la cena ha insistido en rellenarme la copa, menos mal que yo no estoy por la labor. Terminamos los postres y le sugiero que es hora de volver a casa, es tarde; se ofrece a llevarme y después de una pequeña discusión no me queda más que permitirselo.

Durante el trayecto se le han escapado un par de miradas a mis piernas, espero que no quiera tener un «final feliz» porque se va a llevar un chasco.

Me bajo del coche dispuesta a ser educada, agradecida e irme corriendo a casa, pero él se baja también y me abre la puerta, coge mi mano para ayudarme a salir y me acompaña hasta la cancela.

—Ha sido una noche magnífica —me dice con la voz ligeramente ronca y mirando de nuevo mis pechos—¿Me invitas a una copa y así la volvemos apoteósica?

No sé dónde meterme, si la situación no fuera tan embarazosa y él no fuera mi jefe soltaría una carcajada. Me contengo como puedo.

—Creo que sí, ha sido una bonita noche, pero no deberíamos ir más allá. No dejas de ser mi jefe —le apunto seria.

—No seas boba Helena, esto pasa todos los días, ¿cómo crees que asciende la gente? —me replica tan fresco. Su tono es algo más brusco.

Se aproxima a mí para intentar besarme, le pongo una mano en el pecho y presiono levemente para evitarlo. Se enciende una luz. Es de la casa de Carlos. ¡Salvada por la campana!

—Buenas noches, parejita. Perdón si os interrumpo pero tengo una conversación pendiente con Helena —grita Carlos como si tal cosa.

No quiero hablar con él pero es mejor que la situación que se estaba produciendo con mi jefe.

Capítulo 16

CARLOS

Esto es lo último, los faros de un coche iluminan mi ventana y a hurtadillas echo un vistazo. No puedo creer lo que ven mis ojos. Helena que está para comérsela con ese vestido aparece acompañada por un Richard Gere de pacotilla. Mi indignación es máxima. Al poco salen del coche y él la guía hasta la cancela. Sus manos están más bajas de lo que deberían ¡y no le dice nada!

Intento ponerme unos zapatos, pero se queda en intento, estoy tan nervioso que no atino. Sin poder evitarlo miro de nuevo por la ventana, quizá el tipo se haya ido y no tenga que montar una escenita. Obviamente no voy a dejar que otro se la lleve a la cama. Mi gozo en un pozo. ¡La va a besar! Mi instinto y mis celos pueden más que mi cordura y les grito por la ventana para interrumpirlos. Lo cierto es que no sé ni que he dicho pero ellos se han separado y sus caras son un poema.

—Es mi vecino Carlos. —Se disculpa con su acompañante—. Debería ir a hablar con él. Ha sido un placer, muchas gracias por la cena. Mañana nos vemos. —Todo esto se lo dice ya atravesando la cancela.

El tipo se queda con cara de pasmarote me echa una mirada llena de ira, que me paso por..., mira a Helena y solo es capaz de realizar un asentimiento de cabeza. Aprovechando la oportunidad salgo a interceptarla.

Justo cuando abro la puerta de mi casa me la encuentro esperándome en una postura amenazadora. Me mira de arriba abajo. Estoy en pantalón de pijama, sin camiseta y sin zapatos. Hace un frío que pela, pero me pueden los nervios y tengo hasta calor.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —Cruza los brazos cerrándose aún más.

—Creía que te estaba molestando. Se notaba que no te apetecía estar con él —replico poniendo mi mejor cara de niño bueno, igual se lo cree.

—Que sea la última vez que te metes en mi vida. Te recuerdo que no hace mucho tú estabas «viviendo la tuya», —hace comillas con los dedos— y yo no me metí.

—Vale, vale, está bien —reculo.

Mi objetivo está cumplido, les he cortado el momento, encima estamos hablando y sobre todo aún no me ha cruzado la cara.

— ¿Entras y hablamos un momento? —pregunto suplicante.

Extiendo mi mano para rozarle el brazo, un vano intento de acercarme a ella. Está tiritando y no quiero que nuestra conversación la escuchen todos los vecinos y menos mi madre.

Sus ojos están tristes, niega con la cabeza, la agacha y se va a su apartamento con paso decidido aunque un poco abatida.

¡Mierda! Me va a costar trabajo recuperar su confianza y conseguir que me escuche. Pero estoy convencido de que lo conseguiré.

Resignado y sin ganas de hacer nada considero la posibilidad de hablar con mi madre. Se pondrá de mi parte, ¿no? Soy su hijo.

Al día siguiente, después de otra noche de mierda parecida a todas las anteriores, tengo que coger fuerzas para levantarme de la cama.

La conversación de ayer con mi madre fue mejor de lo que esperaba. Escuchó todo lo que tenía que decirle aunque me dijo que no se iba a meter en medio porque al final ella saldría perdiendo. Nos quiere a los dos y deberíamos solucionarlo como adultos sin involucrar a terceros. Es raro que ella no quiera participar en algo como esto. Respeto su decisión. Obviamente no le dije que creo que Helena me gusta para algo más que un polvo, si lo supiera estaría llamando a un cura para casarnos.

He vuelto a las viejas costumbres de provocar encuentros casuales con

Helena, si una vez funcionó por qué no otra. Cada vez que mira hacia un lado allí estoy yo, pienso seguir siendo un pesado hasta que escuche mi versión.

La única modificación de mis planes es la fiestecita de los apartamentos. Mi madre me tiene loco con la organización. Es el fin de semana que viene y aún queda mucho por hacer. Para colmo, Alicia ha venido a echar una mano, entre una y otra me tienen todo el santo día cumpliendo sus órdenes: «Ponme esto allí...ahora me lo pones allí...luego lo cambias...no, así no me gusta... me falta no sé qué... ¿Vas a la tienda a ver si tienen algo que combine con esto?» ¿Qué combine?

No tengo muchas ganas de fiesta y menos cuando mi relación con Helena no mejora nada. Ya ni siquiera me mira, actúa como si no estuviera y no lo entiendo. Se supone que nosotros no tenemos nada, solo éramos amigos. Aunque me hubiera liado con mi vecina no tiene derecho a inmiscuirse en mi vida. Mi cabeza sigue llena de reflexiones absurdas pocas soluciones y ningún avance.

Finalmente llega el jueves y como casi siempre que se organiza algo con demasiadas mujeres dirigiendo recibo órdenes y contraordenes. Se me han hinchado las narices y las he reunido, entiéndase, mi madre, Alicia y Helena, y estamos intentando llegar a entendimientos básicos. A mi madre le he asignado el cargo de capataz, le viene bien porque es una mandona. Alicia hace las veces de diseñadora, no tiene ni idea pero al menos acompaña y le pone interés. Helena y yo vamos colocando y moviendo las cosas según las otras dos petardas nos van indicando.

He aprovechado cada movimiento para rozarla. Cada oportunidad para hablarle. Me he mostrado dialogante, considerado y todo lo sumiso que puedo llegar a ser, incluso con Alicia. Parece que surte algo de efecto, la he pillado arrojándome miradas furtivas. Ha sonreído con alguna de mis estupideces. Eso ha hecho que me crezca y cada vez diga más. Para relajar un poco más el

ambiente he sacado botellines de cerveza y entre guirnalda de luces y farolillos nos hemos bebido un par cada uno. Lo que parecía una tortura se está convirtiendo en una tarde de risas.

Mi madre se ha venido arriba y está preparándonos la cena. Hemos terminado todos en la salita comiendo y continuando con las cervezas. Cuando hemos terminado de cenar Helena se ha disculpado porque debe irse, mañana tiene que levantarse temprano.

—Te acompaño —le digo suplicándole con la mirada. No dice nada, así que la sigo a una pequeña distancia.

Caminamos en silencio hasta su casa. Ella abre su puerta y los dos intentamos hablar a la vez. Nos reímos rompiendo así la tensión.

—Por favor, tú primero —le pido con un gesto de la mano.

—Solo quería disculparme por mi comportamiento de estos días, creo que no he actuado bien del todo. —Está avergonzada y me mira tímidamente.

—Lo único que me hubiera gustado es que confiaras en mí. —No puedo evitar sonar algo duro. Ella agacha la cabeza aún más avergonzada—. No seas tonta, ya está todo olvidado, ¿amigos? —pregunto abriendo los brazos y ofreciéndole un abrazo.

Ella sonrío un poco nerviosa. Imita mi gesto y se deja arropar por mis brazos. Que peso me acabo de quitar de encima, ¡al fin! Su cuerpo encaja perfectamente con el mío, apoya su cabeza en mi pecho y la siento suspirar. Nuestros corazones acompañan el ritmo. El calor y el olor de Helena me invaden completamente y siento que es mía. Me sorprende por la posesividad y la propia intensidad de la conexión. Jamás he tenido esto con nadie.

Capítulo 17

HELENA

Estoy en la oficina, tenía intención de trabajar. Como todos los viernes, al salir más temprano esto es un caos, pero estoy soñando con lo que ocurrió ayer. La tarde terminó siendo más entretenida de lo que había esperado. Creía que iba a ser muy incómodo estar con Carlos, pero él lo hizo muy fácil, estuvo atento y gracioso. No conocía ese sentido del humor, normalmente parece estar enfadado o pensativo y fue un descubrimiento refrescante saber que a veces se comporta como una persona y deja de controlarlo todo.

Creo que esa faceta de Carlos que me mostró ayer es más él, empiezo a comprenderlo. Cuando se siente a gusto y con personas de su confianza, se relaja y se deja fluir; cuando está delante de desconocidos se cierra en banda y se pone la coraza. Me alegra que me considere alguien digno de ver su verdadero yo.

Con lo que sueño —más bien me quita el sueño— es con lo que ocurrió al despedirnos: su abrazo. Su olor y su calor. La sensación de estar arropada y sentirme protegida. Es tan grande que me abarcó por completo con sus fuertes brazos. Me hizo sentir a gusto y en casa entre ellos. Se comportó como un auténtico caballero solo me dio un tierno beso en la cabeza y se despidió de manera formal. ¿Me habrá dado un beso en la cabeza porque solo quiere que seamos amigos? Ya tengo otra cosa por la que devanarme los sesos.

Después de un rato analizándolo todo se me ilumina la bombilla en mi cerebro y empieza a forjarse una idea que aunque descabellada es la única solución viable. Necesito la inestimable ayuda de Alicia, marco su número de teléfono y al tercer tono...

—Alicia, ¿te vienes a comer y luego nos vamos de tiendas? —No contesta—. Yo invito —le aclaro.

—Ese plan no me lo perdería por nada del mundo —replica risueña—, además creo que tenemos muchas cosas de las que hablar —continúa picarona.

—Igual si —le confirmo sin desvelar nada más—. Nos vemos donde siempre.

Imagino la cara que ha debido quedársele al no desmentir nada, peor va a ser la que va a poner cuando le cuente mi pequeño plan.

No pasan ni cinco segundos desde que le he colgado a Alicia cuando suena el teléfono de mi despacho, es la secretaria de Santiago, parece ser que él quiere verme. Desde nuestra cena no hemos vuelto a vernos. Él tenía que salir de viaje al día siguiente y ha debido volver esta mañana.

Sin demorarlo más voy a su despacho. Como casi siempre su secretaria me echa una mirada asesina, yo sonrío amigablemente pero ella gira la cabeza con desdén. ¡Qué le pasará a esta chica conmigo!

Llamo a la puerta y paso, como él hace en mi despacho, sé que su jerarquía es mayor pero por una vez. Como casi siempre que estoy con él me analiza de arriba abajo y me desnuda con la mirada. Tengo la tentación de cubrirme.

—Buenos días Santiago, ¿todo bien por tu viaje? —pregunto educada, de manera casual, como si no hubiera pasado nada.

—Ha sido un viaje tranquilo, nada memorable. Además estaba deseando volver para verte. —Me echa una mirada cómplice a la que no respondo, no muevo ni un musculo—. Creo que tenemos algo pendiente tú y yo. —Se pone de pie, rodea el escritorio y camina hacia mí.

—Que yo recuerde no tenemos ningún trabajo pendiente —recalco la palabra trabajo para que recupere la cordura y recapacite sobre nuestra relación que es y debe seguir siendo solo laboral.

—Gatita, —ronronea— sabes muy bien de lo que hablo, el lunes debería haber terminado de otra manera. —Me agarra de la cintura y me mira con

intensidad.

¡Buaaaahh! Me separo no sin cierta dificultad, intentando que no vea mi cara de asco. Él pone mala cara pero vuelve a aproximarse.

—Santiago creo que te estás confundiendo. Lo del lunes fue una cena entre compañeros, tú mismo lo dijiste. —Intento que entre en razón—. Nuestra relación debe ser solo profesional, como hasta ahora.

—La que se está confundiendo aquí eres tú. ¿Por qué crees que te ofrecieron este puesto? ¿Piensas que es por tu extenso currículum y por tu vasta experiencia? —Me mira con desdén—. No bonita, te lo dieron porque a mí me salió de las narices —me grita muy cerca de la cara mostrando su rabia. Me siento amedrentada pero no me achanto.

—No te pongas así, hasta ahora me parece que no lo he hecho tan mal —contesto a la desesperada alargando los brazos para ganar algo de espacio.

—Por eso te vas a librar, si no estarías en la puta calle a la de ¡ya! —sigue gritándome y arrojándome pequeños escupitajos a la cara como un perro rabioso—. Helena, que no se te olvide quien manda aquí —continúa ahora con un tono totalmente calmado. Se da la vuelta y se sienta en su escritorio como si no hubiera pasado nada. Me quedo ahí de pie anonadada esperando.

—¿Qué haces ahí? ¡Aparta tu puta cara de mi vista!

Con la poca dignidad que me ha dejado salgo del despacho hecha un completo lio. Su secretaria me mira esta vez con un total desprecio. Vuelvo a mi despacho, me dejo caer en la silla derrotada y en estado de shock.

No sé cuánto tiempo estoy quieta sin moverme ni un poquito. Suena mi móvil, salgo de mi burbuja y veo que es Alicia. ¿Ya es la hora de comer? Descuelgo, me excuso y me pongo en marcha.

Decido olvidarme totalmente de esto, al menos hasta el lunes, tengo que relativizar un poco. Puede que me lo haya tomado por la tremenda, no todo el mundo lleva bien las negativas. Santiago sigue siendo un profesional y no

utilizaría a la empresa para sus conquistas. Ya lo analizaré con detenimiento más tarde. Reseteo dispuesta a pasar una buena tarde con Alicia y a contarle todos los pormenores de mi idea.

Durante la comida le he contado todo lo que ha sucedido entre Carlos y yo: los tiras y afloja, las sensaciones, las pequeñas disputas, las miradas... Ella solo escucha, sin intervenir. Termino toda mi disertación detallándole mi plan maestro. Suelta una tremenda carcajada y me asegura que lo voy a dejar con la boca abierta.

—Pensaba que aún tenía alguna posibilidad contigo, pero si eres hetero con nadie mejor que con él —me comenta sonriendo y esperando mi reacción. Mi cara de asombro la hace soltar otra carcajada— ¿No me digas que no lo intuías?

—Para nada, pensaba que estabas enamorada de Carlos —le contesto sonriendo.

Cuando ya se ha carcajeado de mi afirmación todo lo que ha podido y más, me cuenta que tenía clara su sexualidad desde hacía mucho tiempo y que Carlos siempre ha sido su amigo, su mejor amigo, nunca ha estado ni ha querido estar con un hombre. Carlos la ayuda a veces a quitarse a los pesados de encima. Me ha parecido un gesto muy tierno. Termina confesando que lo quiere con locura y que haría casi cualquier cosa por él, menos, tener relaciones sexuales.

Tras sincerarnos nos hemos ido de compras y ha sido bastante liberador. No me gustan las compras especialmente pero Alicia es sumamente divertida, creo que se ha enamorado y coqueteado con todas las dependientas, la adoro. Finalmente hemos encontrado dos vestidos. El de Alicia es azul eléctrico liso, bastante corto y con un escote muy generoso. Lo va a complementar con una torera del mismo tono con un brocado negro. Está impresionante, pero bueno, a ella todo le sienta bien. Yo he optado por un traje retro con vuelo en la falda

de color champán y estampado de flores negras en el talle.

Ambas tenemos zapatos con los que combinarlos así que damos por terminadas nuestras compras y nos vamos a cenar por ahí, quizá terminemos de copas, ¡la noche es joven! Alicia me convence para que me quede a dormir en su casa. La peluquería a la que vamos mañana está cerca de su casa y ha llamado a una amiga maquilladora para que luego nos de unos toquecitos.

Entre copa y copa llamamos por teléfono a Fifi para ponerla al día y preguntarle si necesita ayuda mañana: no necesita ayuda, todo está listo y el catering vendrá sobre las ocho, de los demás detalles se encargará Carlos. Le proponemos que se venga con nosotras a la sesión de belleza de mañana y acepta encantada. Así que mañana día de relax y arreglos varios del trío calavera.

Capítulo 18

CARLOS

Estoy nervioso, Helena y yo hicimos las paces pero no sé cómo se va a comportar en la fiesta, unido a que estaré rodeado de todas mis ex amantes.

Mi madre me ha dicho que ayer se quedó a dormir en casa de Alicia y que hoy tenían día de chicas. A saber lo que hacen estas tres por ahí solas, miedo me dan.

Fifi antes de irse me ha encargado algunos detalles de última hora que me han mantenido entretenido. He puesto un par de carpas, aunque no parece que vaya a llover aún hace frío y estaremos más resguardados. A Alicia se le ocurrió poner unos bidones con madera para hacer unas estufas caseras y lo cierto es que generarán un ambiente bastante agradable y cálido.

Hace un rato vino el catering y están montando las mesas de los canapés y las bebidas. Es la hora de arreglarse. Las chicas aún no han dado señales de vida, llegarán tarde para hacer una entrada dramática. Antes muertas que sencillas.

Esta mañana elegí la ropa que me iba a poner, es un día importante y hay que ser cuidadoso. Como imagino que las chicas irán muy arregladas me voy a poner el traje de chaqueta gris oscuro con una camisa cruda –al menos eso ponía en la etiqueta– para mí es casi blanca. Dejaré un par de botones sin abrochar y por supuesto sin corbata, estamos en familia, ¿no?

Me ducho, aprovecho para usar el agua caliente de catarsis y que me relaje. Me seco el pelo y lo domo un poco con fijador para que quede más presentable. Me afeito con esmero y cuidado de no hacerme cortes, un poco de bálsamo para oler muy bien, desodorante, ¡cómo no! y me visto con parsimonia.

Hemos citado a todos a las nueve, así que aún me queda más de media

hora. Mi madre me acaba de mandar un mensaje diciéndome que ya está en casa. Parece que Alicia y Helena están juntas terminando de arreglarse. Comienzo a ponerme nervioso. Por una parte quiero que comience la fiesta para ver a viejos amigos con los que hace mucho que no coincido, pero por otra, me da miedo que Helena vuelva a las andadas y tenga una actitud fría conmigo. Suena el timbre y voy a abrir la puerta abrochándome el cinturón.

—¡Buenas noches, campeón! —me saluda José con un fuerte abrazo y las típicas palmaditas masculinas en la espalda.

Hace por lo menos tres meses que no nos vemos. José es como el hijo prodigo. Vive en el apartamento Dos B. Está ocupado con sus estudios, para pagárselos trabaja para una cadena de clubs nocturnos como relaciones públicas o lo que vaya surgiendo.

Mi madre y yo lo hemos considerado siempre como uno más de la familia y él nos siente de igual forma. Por desgracia, con su familia de sangre las cosas no funcionan todo lo bien que deberían, pero él ha sabido adaptarse y reinventarse. Es una persona genial, nunca vi a un amigo tan fiel y tan entregado. Siempre ha estado para mí y me consta que para todos los que lo necesitamos. Nunca lo he visto salirse del tiesto, es ejemplar en muchos aspectos, aunque se empeña en extender falsos rumores sobre sus relaciones. El último que escuché es que se había follado a todas las tías guapas y con dinero de la ciudad donde reside ahora. Sé de primera mano que eso es imposible pero como dice José: «Es lo que tienen los rumores, unas veces perjudican, otras benefician y en mi caso alimentan la leyenda y me proporciona más trabajo». Él sabrá sus motivaciones.

—¡Eh tío! ¿Tengo que hacer una fiesta para que vengas a verme y saber de ti? —le respondo sonriendo de oreja a oreja, él corresponde mi sonrisa. Sé que también desea volver a casa y estar estable. Todo llegará.

—No me eches cosas en caras que parecemos un matrimonio. Estoy

aquí, así que dame mimitos —refuerza su frase con unos pucheros—. Mejor aún, invítame a una cerveza, ¿los figurines como tú no tienen de eso en la nevera?

Caminamos hacia la cocina, cojo un par de cervezas y le pregunto como le va en su trabajo con tanto viaje y tanta tía buena. Me cuenta que está muy aburrido de esa vida que quiere estabilizarse, terminar la carrera y buscar trabajo de lo suyo. Que se gana mucha pasta pero eso de la noche no es bueno para los cuerpos. Siempre me hace reír, con él, olvido todos mis problemas. Parece un cara dura pero nada más lejos de la realidad.

Le cuento por encima como he estado estos meses. Me pregunta por mis relaciones y le dejo caer que he terminado con mi vida de picaflor y que ahora estoy interesado en una sola mujer. Me ha lanzado una mirada intensa y comprensiva pero lejos de lo que esperaba no ha hecho ningún comentario jocosos o ha aprovechado para darme caña. Sorprendente.

Miro el reloj y es casi la hora. Lo dejo en el salón un momento y termino de arreglarme. Me lavo los dientes, chaqueta, colonia, último vistazo y listo para la gran noche.

Cuando salimos fuera, el patio parece otro: está todo iluminado, hay una música relajante de fondo y grupos de personas dispersas con copas en las manos. Al final José me ha distraído, debería haber estado ayudando a mi madre a recibir a los amigos.

Saludo a un par de amigos de mi madre de sus inicios y a algunos antiguos inquilinos. No había reparado en que voy a tener a más ex de las que pensaba. Paso de grupo en grupo hablando de temas superficiales. Localizo a mi madre, tiene a Vodka en los brazos, le ha puesto una pajarita y él está en su papel con la cabeza alzada y mirando a todos los invitados como si fuera un lord inglés.

Está preciosa, siempre tiene ese toque de glamour, pero hoy está

radiante, y encima rodeada de personas que la aprecian y la quieren, parece desprender un brillo especial. Le doy un beso en la mejilla y le hago saber que está espectacular, ella se ríe coqueta y se agarra a mi brazo para seguir saltando de grupo en grupo. Vodka no se digna mirarme, para qué, soy un plebeyo.

No veo a Helena por ningún lado, espero que no se haya arrepentido y a última hora decida no presentarse. Alicia está con la inquilina del Cuatro B, que suerte voy a tener. Mi madre aprieta mi brazo y me obliga a caminar hacia ellas. Espero que no me monte una escenita delante de toda la gente y menos de mi madre y Alicia.

Cuatro B se comporta y mantiene una fría distancia, se limita a asentir y a sonreír educadamente. Se lo agradezco con la mirada, hace una leve inclinación con la cabeza y creo que al menos con ella está todo correcto.

Mi madre se diluye entre la multitud y Alicia se engancha a mi brazo. Caminamos entre los invitados. A José hace un rato que le he perdido la pista. Me vuelvo para buscarlo y lo diviso hablando con... ¿Helena? ¡Madre mía! Ella es muy hermosa pero está que corta la respiración. El vestido acentúa maravillosamente sus curvas y me hacen babear. Se ha hecho un recogido años veinte que le dan un toque muy sensual. La miro de arriba abajo analizándola y automáticamente la deseo y mi *amiguito* también. Alicia suelta mi brazo y me agarra de la cintura sacándome de mi ensimismamiento.

—Veo a Helena muy bien acompañada, desde luego José no pierde el tiempo —comenta—, siempre ha tenido buen gusto para las mujeres, ¿no crees?

Percibo bien la escena y efectivamente, Helena está sonriéndole mucho, incluso se tocan cuando hablan. ¡Si se acaban de conocer! Emito un gruñido involuntario y camino hacia ellos dejando atrás a Alicia a la que me ha parecido verla sonreír.

—Buenas noches, Helena. —Interrumpo la conversación. Me acerco a ella, la agarro por la cintura y le doy un beso en la mejilla, cerca de la comisura. Casi la beso en los labios, esos labios tan llenos y tan rojos...no sé ni como me he contenido—. Estás muy guapa. —Eso es todo lo que mi pobre neurona es capaz de generar y mi boca de articular.

—Chaval que corra el aire —interviene José riéndose—. La dama estaba hablando conmigo. Espera tu turno —dice en tono jocosos. Le echo una mirada asesina a la que responde elevando una ceja.

No puedo creer que José esté ligando con Helena, es algo imposible, su mente obsesiva solo tiene espacio para una persona y no está en esta fiesta. Solo usa sus artes de seducción para su fachada y para conseguir algo. No quiero seguir analizando esto, estoy tan cabreado que no puedo ni pensar.

Vuelvo la cara hacia Helena esperando que sea ella la que decida si me quedo o me voy, pero no dice nada, y encima está sonriendo a José con cara de boba. Sin decir nada más me doy media vuelta y me voy a ver si me emborracho.

Capítulo 19

HELENA

Mi plan está saliendo según lo previsto. Me ha encantado la cara de Carlos cuando me ha visto tan arreglada. Creo que le he gustado, no le salían ni las palabras. Espero que sea suficiente para que no se establezca en la zona amigos y se plantee tener algo más conmigo.

La oportunidad la pintan calva. Justo salía del apartamento con Alicia cuando nos hemos encontrado con José, mi supuesto vecino del Dos B, al que nunca he visto. Es un chico algo más joven que yo, casi de la misma altura que Carlos, de espaldas anchas –tiene pinta de machacarse en el gimnasio–. El pelo es castaño claro con algunas betas más claras, lo lleva bastante corto por los laterales y largo en el centro, peinado a un lado y atrás, un corte hípster. Tiene una espesa, larga y arreglada barba que le da un aspecto bastante imponente, como si hubiera salido de una postal o de algún antiguo libro escoces. Sus facciones son un poco aniñadas y muy armónicas: ojos de mirada dulce con ese color verde imposible, nariz proporcionada y cara recta. Podría ser modelo si se lo propusiera. Para rematar todo el look, lleva un traje de chaqueta completo, con su chalequillo y su corbata. Si no estuviera tan atrapada por Carlos sería un digno candidato.

Alicia me lo ha presentado y se ha marchado. El rato que llevamos hablando me ha parecido muy amable y bastante desinhibido. Incluso me ha echado la caña varias veces, pero no me siento incomoda, lo hace tan bien y con tanta gracia que me alaga y me entran ganas de aceptar.

Me pongo un poco nerviosa cuando por el rabillo del ojo siento la presencia de Carlos. José que es más listo de lo que yo creo, me observa. Se ha dado cuenta de la situación así que se acerca a mí y me susurra al oído que le siga la corriente. Yo no puedo ni pensar, de pronto me he puesto muy

nerviosa y lo dejo hacer.

Carlos se acerca. Ellos parecen mantener una conversación y yo aunque parezco atenta no tengo ni idea de lo que están hablando, mis oídos no han dejado de zumbar y para distraerme aún más Carlos está impresionante con esa ropa informal ¡y huele tan bien!

—Ya puedes respirar —me dice José burlándose de mí.

—Gracias, creo que sin tu ayuda habría caído desmayada al suelo —sonrió tímidamente.

—Así que por eso estaba mi colega tan arreglado. —Se lleva una mano a la barba y se la atusa, como si estuviera pensando intensamente—. Por lo que veo a ti también te hace gracia.

—¿Tan evidente es? —Suelta una carcajada.

—Cariño, mi amigo acaba de sentirse rechazado y debe estar emborrachándose. Tú has pasado de estar tan pálida como la porcelana a roja como un tomate. Deberías quedarte un poco más conmigo, sonreír, hacer como que te diviertes y luego ir a buscarlo antes de que esté tan borracho que no sea capaz de tenerse en pie. —Me sonrío con mirada picara.

Creo que me he puesto aún más roja y él sigue carcajeándose. Tiene que ser un verdadero terror con las mujeres. Parece que aprecia a Carlos y creo que tiene más experiencia que yo en esto de las conquistas así que decido seguir su consejo.

Pasa un camarero cojo una copa de champán y me la bebo completa. José me sonrío y me advierte que si me emborracho la que no va a aguantar en pie voy a ser yo. Hemos seguido hablando un rato más sobre nuestros trabajos y nuestras vidas. Él es relaciones públicas aunque está deseando terminar su carrera, no tener que pagar las altas tasas y dejar la noche para llevar una vida más tranquila.

Le he preguntado si tiene a alguien especial en su vida y tras un ligero

coqueteo proponiéndome ser esa persona, se ha sincerado y me ha confesado que sí que hubo alguien especial. Una relación tormentosa que nunca debió ser y que nunca será. Por un instante, me ha parecido ver mucha pena en su mirada, quizá lo haya imaginado porque al segundo siguiente solo veía picardía. Si no intuyo mal este hombre sabe elevar bien sus muros.

Cambiamos de tema a uno más relajado y menos invasivo y sin poder evitarlo busco a Carlos con la mirada.

—Preciosa, ve con él. Ya ha pasado tiempo suficiente. —Me sonrío de forma cariñosa y le devuelvo la sonrisa a modo de disculpa—. No te preocupes, el amor manda —dice con guasa—, pero Helena...no le hagas daño, nunca lo he visto tan vulnerable. —Me da un beso en el dorso de la mano como un caballero y me desea suerte.

—Gracias José, espero que termines pronto tus estudios y te instales en el apartamento de al lado. Me caes genial. —Me acerco y le planto dos besos. Él sigue sonriéndome con mirada pilla.

—Sé que te tengo en el bote. —Ambos nos reímos.

Camino buscando a Carlos y saludando a las demás personas reunidas. Me he comido un par de canapés por el camino y están deliciosos. Alicia y Fifi me han interceptado y hemos mantenido una breve conversación, ambas están achispadas.

Por fin lo veo a lo lejos, está de espaldas hablando con una camarera muy guapa. Se encuentran en la esquina más alejada de la fiesta. Me entran las dudas y los celos, pero los desecho rápidamente, camino con paso aún más decidido sin permitirme pensar.

Mis tacones resuenan en el suelo, la camarera me mira y él se gira para ver qué la distrae. Me hace un escaneo empezando por mis piernas, parándose en mis pechos y continuando hasta mis ojos de los que ya no se separa. Su mirada es de deseo. Me hace sentir poderosa.

—¿Podemos hablar? —pregunto mirando su bonita boca y demorándome más de la cuenta en ella. Instintivamente recorro mis labios con la punta de la lengua.

Le hace un gesto a la camarera para que se vaya sin apartar la mirada de mí. Trago un poco de saliva para serenarme y me dispongo a tomar el toro por los cuernos.

—Sé que no es el sitio adecuado para mantener esta conversación, quizá tampoco sea el día, pero creo que va siendo hora de que aclaremos algunos puntos importantes. —Tomo aire antes de continuar. Él no ha movido ni un musculo, mantiene una postura relajada con las manos en los bolsillos—. Somos dos adultos sin compromiso. —Carlos eleva una ceja. Le hago un gesto con la mano para que no diga nada, Si no suelto el discurso todo seguido no tendré el valor suficiente—. Me gustaría hacerte una proposición: —mis manos tiemblan y las recojo en la espalda para que no lo note— dado que yo tengo unas necesidades...tú tienes otras...ambos las tenemos...y estoy convencida de que entre nosotros hay una cierta atracción. He pensado...que podríamos llegar a alguna clase de acuerdo, como el que tienes con las demás inquilinas. ¿Estarías dispuesto a mantener relaciones esporádicas conmigo?

Capítulo 20

CARLOS

Estoy un poco achispado y cabreado. Helena ha pasado de mí en beneficio de José y encima no puedo estar enfadado porque él es un tío genial y ella también. Dejando los celos a parte y siendo realista, si lo elige a él saldrá ganando. José también me ha parecido interesado en ella cosa que me sorprende pero que me alegra. Él necesita una mujer con carácter, buena como Helena, y guapa, encantadora, con un culo de infarto y unas tetas justas para mis manos, me reprendo y me exijo parar. Ella se ha quedado con él no contigo, ¡capullo!

Estoy compadeciéndome de mí mismo cuando una camarera me ofrece otra copa, no debería beber más, pero qué más da, tengo la cama cerca. La camarera me da coba. Me apetece una mierda hablar con ella pero *mi* Helena está ocupada. La chica no para de hablar y yo asiento como un autómatas sin enterarme de nada mientras mi cabeza sigue lamentándose. El alcohol está haciendo su cometido y una especie de neblina distrae mi mente.

Algo a mis espaldas llama la atención de mi compañera y busco la fuente, ahí está el objeto de mi deseo. Aguanto mis nervios como puedo metiendo mis manos en los bolsillos.

Helena ha llegado y me ha soltado el discurso más surrealista que he oído nunca. Todo el alcohol de mi organismo se ha evaporado. ¿De verdad me está preguntando si quiero follar con ella? Es cándida hasta para proponerlo. Se ha quedado ahí muy quieta mirándome con esos preciosos ojos de gata; está despertando mi instinto protector, quiero abrazarla y acurrucarla. ¡Joder!, espero de verdad que estos deseos sean fruto del alcohol y no de que me esté volviendo un ñoño, perdón, un tipo considerado, sensible y empático.

—¿No dices nada? —Sus ojos empiezan a ponerse vidriosos.

¡Estúpido haz algo! Doy un paso hacia ella. Agarro una de sus manos, la acaricio y la acuno entre las mías. Elevo la mirada posándola en sus ojos. Abrumado por su aroma, le replico.

—Ten por seguro Helena, que no eres como las otras mujeres. —Pego más mi cuerpo al suyo, intimidándola—. Tendremos sexo, del bueno. Follaremos mucho es una promesa. —La miro con mayor intensidad, oscilando entre sus labios y sus ojos, reforzando lo que he dicho con palabras.

La veo sonreír complacida por mis palabras.

—Pero no me gusta la desconfianza y necesito aclararte algo porque odio los malos entendidos. No deseo que los haya entre nosotros. Ni ahora ni en el futuro. —Ella niega con su cabeza, como instándome a no continuar—. El día que me viste con la vecina del Cuatro B, fijate lo que me interesan que ni siquiera se los nombres, y no se debe a una falta de respeto...

—No hace falta que continúes, no necesito ninguna explicación. —Corta mi discurso.

—Pero yo necesito dártela. Aquel día no hice nada. Ella estaba dispuesta a seducirme, pero por aquel entonces yo ya tenía claro que solo había una mujer en la que estaba interesado. Me molestó que no intentaras preguntarme o al menos que me concedieras el beneficio de la duda. —Ella baja la mirada, le levanto el rostro con un leve toque en su mentón y continúa buscando sus ojos—. Pero eso ya es agua pasada. —hago una pausa, y dejo que el silencio se instale entre nosotros.

La tensión sexual es patente, cada vez más.

—Helena, no quiero un polvo esporádico e irme. —Ella abre los ojos como platos. Le aprieto la mano.

—Podemos seguir siendo amigos —susurra, malinterpretándome completamente.

—No me he explicado. No quiero solo un polvo, quiero una relación. —

le confío anhelante.

Sonríe levemente al principio y mostrando los dientes después con la sonrisa más bonita y radiante que he visto nunca.

—Solo tengo una condición, —dice resuelta recuperando toda la confianza— y es que, me gustaría que lo mantuviéramos en secreto, al menos hasta que nos conozcamos mejor. No me gustaría que tu familia me odiara si todo sale mal o que nos sintiéramos presionados a seguir si no nos apetece. ¿Te parece bien?

—Lo que tú quieras me parecerá bien —replico con la voz profunda y llena de deseo, el mismo que veo reflejado en sus ojos.

La empujo sutilmente hacía atrás para ocultarnos de las miradas indiscretas. Estoy deseando sentir sus labios. Ella no protesta, se deja guiar mansamente.

Antes de poder cumplirlo escuchamos unos pasos.

—Os estaba buscando, ¿Qué hacéis aquí tan escondiditos? —pregunta mi madre. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—No me sentía bien y Carlos ha tenido la amabilidad de acompañarme a que me diera un poco el aire —dice rápidamente Helena.

—¿Estás mejor ya cariño? La verdad es que se te ve mala cara. —Coge el brazo de Helena, la aparta de mí y se la lleva de nuevo a la fiesta. Helena me mira entre divertida y suplicante.

Yo no puedo más que mirar como se llevan al objeto de mi deseo y esperar a que termine la puta fiesta.

El resto de la noche es una verdadera tortura. Alicia y José han estado acompañándome continuamente. Mi madre se ha adueñado, literalmente, de Helena y la va paseando de grupito en grupito, dándole a probar todo tipo de canapés y no dejando que beba nada de alcohol. Estoy doblemente celoso.

Cada vez que tengo la oportunidad me arrimo a ella: le rozo alguna parte

de su cuerpo sutilmente, le susurro promesas al oído o simplemente me coloco cerca para que sienta mi calor. Las miradas son intensas y han adquirido un tono de picardía, si sigo deseándola así creo que entraré en combustión espontánea. Para colmo mi *amiguito* ha decidido levantar la bandera y tengo una erección completa desde que me ha hecho la proposición. Ya apuntaba maneras cuando la vi con el vestido, incluso barajé la posibilidad de arrancárselo y aún la contemplo, no prometo que salga vivo.

Ella no se queda atrás. Me busca con la mirada continuamente. No para de sacar su sonrosada lengua que recorre sus bonitos labios con lascivia, incluso ha emitido algún que otro gemido que me ha vuelto loco.

Para colmo de males no quiero beber más alcohol, necesito estar completamente lucido para ella pero los nervios y la anticipación me están matando y este juegucito que nos traemos me está excitando de más.

Ya son las doce de la noche y aún hay gente por aquí. José está intentando convencer a unos cuantos para irse de copas a uno de los garitos de los que antes era relaciones públicas. Espero que Helena no acepte, yo tengo claro que no tengo ni paciencia ni ánimo para irme de copas.

Mi madre se ha excusado hace unos minutos y se ha marchado a dormir: «nos deja a la juventud ha dicho», más quisiéramos muchos tener la vitalidad que tiene ella.

Finalmente José ha convencido a un grupo muy variopinto para irse de marcha, por supuesto Alicia entre ellos. Helena ha hecho una digna retirada alegando que lleva un día muy intenso organizando toda la fiesta, tendrá cara, me ha quitado la excusa.

Yo me he llevado a José y a Alicia a un lado y les he dicho la verdad: que espero poder tener algún acercamiento con Helena, que estamos algo enfadados y quiero limar asperezas... Vale, bien, no es toda la verdad pero no puedo contarles lo que me gustaría. Hemos acordado ser discretos y cumpliré

mi parte. Para una vez que me planteo mantener una relación y no puedo decirlo, lo mío es una cruz.

Cuando todos se han marchado, Helena y yo nos vamos a nuestros respectivos apartamentos. Pero la noche aún no ha terminado.

Capítulo 21

CARLOS

¡Joder!, ¿cómo pueden los jóvenes hacer *balconing*? Iba yo muy emocionado a invadir la casa de Helena por el balcón, pero he tenido que desistir. Una de las perneras del pantalón se me ha enganchado en la balaustrada y por poco me despeño. Ahora voy a volver a la carga, pero con ropa deportiva. Un balcón no va a poder conmigo, mi motivación está al máximo. Helena bien lo vale.

Con mayor libertad de movimientos salto la balaustrada de mi balcón, primer escollo resuelto; me palmeo la espalda simbólicamente por mi proeza. Noto un poco de frío porque voy ligerito de ropa: pantalón de chándal y camiseta de manga corta, el calor va por dentro. Con una amplia zancada alcanzo con el pie el balcón de Helena. Solo tengo que atreverme a soltar la mano de mi balaustrada y agarrarme rápidamente a la de ella. ¡Vamos yo puedo! Uno, dos, ¡listo!

Tengo claro que a mi casa vuelvo por la puerta. Helena entenderá que vale más mi vida que los rumores. Termino de pasar por encima de la balaustrada y caigo en la cuenta de que el cierre del balcón debe estar cerrado. No tengo ni mi móvil ni el número de ella. Mi plan hace aguas, pero soy un hombre con una misión.

Golpeo el cristal varias veces dispuesto incluso a romperlo si fuera necesario, todo sea por la misión. Una sorprendida y medio desnuda Helena me mira desde dentro ojiplática. Cuando salgo del impacto visual que supone verla solo cubierta con una pequeña toalla, le hago señales con las manos y gestos con la cara. Ella se ha quedado patidifusa al verme allí. Me sonríe y niega con la cabeza, no quiere abrirme. Se lo haré pagar.

Finalmente abre el cierre juguetona y riéndose. Mis ganas y yo ya no

podemos más y antes de que diga nada agarro su rostro con mis manos devorando su boca. Le doy un beso atropellado, más desesperado que habilidoso. Cierro con fuerza mis ojos dejando que toda mi frustración pasada, mis ganas presentes y mi deseo futuro se revelen claros. Poco a poco aminoro mi asalto permitiéndonos respirar. Solo ahora, ella hunde sus manos en mi pelo y toma las riendas del beso. Juega con mi lengua, recorre con ternura mis labios. La dejo hacer. Me da un leve mordisco en el labio inferior y lo succiona. Mi paciencia ha llegado a su límite. Gimo fuerte y claro advirtiéndole que el juego se ha terminado.

Agarro su nuca para tener mayor acceso a su boca y envuelvo su cintura posesivamente, abarcándola por entero y apretando su cuerpo contra el mío. Ella solícita sigue todas mis demandas. Comenzamos un juego de voluntades, movimientos de cabezas, jadeos y ganas, muchas ganas.

Helena totalmente entregada y más confiada hace que sus manos vaguen por mi cuerpo, presionando mi trasero tímidamente primero y con más vehemencia después acrecentando la fricción de mí desesperado miembro con su centro. Eleva mi camiseta y recorre con sus suaves manos mis costados y mi espalda. Presiono aún más mi cuerpo contra el suyo con desesperación. Quiero que note lo que provoca en mi *amiguito*.

No soy consciente de como hemos llegado a su habitación, solo sé que no puedo apartarme de ella. Helena se vuelve más exigente forcejeando para quitarme la camiseta. A regañadientes me separo de su boca y de su piel, para sacármela. Antes de que pueda volver a pegarme a ella recorre los músculos de mi torso con la punta de sus dedos dibujándolos y jugando con mis pezones. Echo la cabeza hacia atrás sintiendo e intentando controlarme.

Yo también quiero ver su cuerpo y con premura desato el enganche de su toalla y dejo que caiga al suelo. Aprecio sus pechos llenos, sus pezones grandes y rosados, tan excitados... Tiene una cintura pequeña y unas piernas

bien torneadas que estoy deseando que me rodeen. Voy a comenzar a hiperventilar.

La giro. Me separo un poco de su cuerpo y me deleito con mi obsesión, su magnífico culo, ese que tanto me ha quitado el sueño. No puedo evitar gemir de nuevo. Alargo una mano para hacerle una suave caricia. Mi erección ya es de locura.

Casi como un autómata bajo mis pantalones, me toco la polla y la pego a su trasero acomodándola entre sus nalgas. La rodeo fuerte con uno de mis brazos arrimándola aún más a mi cuerpo. Amaso su pecho con la otra haciéndola estremecer. Con total pasión mordisqueo su cuello y ella arquea su cuerpo hacia atrás permitiéndome que lo recorra por completo. Eleva sus brazos hacia mi cabeza mesándome los cabellos y restregando su culo contra mi miembro con total desinhibición.

—Helena, no sabes la de veces que he deseado tenerte así —le confieso entrecortadamente.

—Espero que no te quedes solo en esto, grandullón —replica coqueta y con la voz enronquecida.

—Claro que no, mi mente es tremendamente creativa cuando tiene una buena motivación.

Sin dejar que replique fuerzo un poco más su cuello hasta que accedo a su boca: la muerdo y la asalto con mi lengua. El vaivén de nuestras caderas es un baile matador que nos está cociendo a fuego lento. La dirijo hacia delante con una cierta brusquedad y cae sobre el colchón. La insto a que se suba a la cama y se ponga a cuatro patas con las piernas ligeramente abiertas. Las perspectivas que tengo no las cambiaría por nada del mundo. Lo de probarla va a tener que esperar, no tengo ni paciencia ni ganas para detenerme ahora. Estoy tan ansioso que no lo disfrutaría.

Paso mi mano por su bonito coño, la restriego por todo él, de delante

hacia atrás empapándome de sus jugos. Helena gime y se retuerce buscando más contacto. Mis grandes manos la abarcan por completo. Me demoro bordeando su clítoris haciendo que ella se incline hacia delante ofreciéndome aún más su precioso trasero. Me pone a mil. Para contentarla y sorprenderla meto un dedo en su mojado orificio. Meto otro dedo más y los arqueo para que encuentren ese punto tan interesante y tan placentero. Sus jadeos son aún más erráticos. Cierro los ojos intentando contener mi excitación: sus sonidos, su olor y su tacto harán que me corra encima.

Hago una última pasada por todo su coño, desde su clítoris hacia su ano, demorándome más en él, bordeándolo y valorando sus reacciones. Ella se deja hacer y yo espero poder retomar ese juego en otro momento.

Sin cambiarla de postura me coloco encima cubriéndola con mi cuerpo. Dejo que mi pene vuelva a acomodarse entre sus glúteos y gracias a sus jugos se desliza por su perineo hasta acomodarse amablemente entre sus labios. La fricción de mi miembro sobre todo su sexo nos entrecorta la respiración y suspiramos al unísono.

Helena comienza a lloriquear y se revuelve. Me suplica que se la meta. Estoy bastante a gusto en esta postura, aunque definitivamente estaría mejor si su calor me rodeara.

Levanto mi pelvis volviendo a deslizar mi duro miembro por todo su sexo y la ayudo a girarse. Ella me tiende un condón que yo diligente y hábil me coloco bajo su atenta mirada apreciativa. ¡Joder! Hasta ponerse un condón resulta erótico con ella.

Intenta incorporarse un poco para besarme y aprovecho para jugar y se lo niego. Terminamos sonriendo a pesar de las ganas que nos tenemos. Dejo de reírme totalmente cuando noto su pequeña mano agarrándome el miembro y dirigiéndolo hacia su lubricada entrada. Sus acciones son órdenes para mí.

Nos miramos intensamente y sin esperar más comienzo a meterle mi

polla. Su estrechez me presiona magníficamente, esto es el paraíso. Tengo que apretar la mandíbula para no dejarme ir y follarla como un salvaje.

Me rodea con sus piernas dejándolas apoyadas en mi culo, presionándome. Se la meto entera. Helena eleva sus caderas y aprieta sus músculos internos. Medio enloquecido entro y salgo de su cuerpo volviéndome un animal. Tiro de sus piernas y las coloco sobre mis hombros mejorando el ángulo de entrada. Me pongo en cuclillas haciéndole embestidas poco profundas. Tengo un bonito acceso a su clítoris y lo estimo hábilmente. La visión de sus tetas botando, su rostro enrojecido y su pelo alborotado terminan conmigo.

Noto que ella está tan al borde como yo. Le pido que se corra y ella lo acata como una orden dejándose ir sin apartar sus ojos de los míos. Embisto un par de veces más y me vacío totalmente con un orgasmo épico. Nuestras respiraciones están muy agitadas; nuestros cuerpos lasos y saciados. Con bastante esfuerzo y sin ningunas ganas salgo de su interior, me quito el condón y dándole un beso rápido me dirijo al baño.

Cuando regreso Helena está estirada en la cama: perfecta, complacida y mirándome con ansia. Me dejo observar y la observo memorizando su cuerpo. Nunca he visto nada tan bonito y tan perfecto. Me tumbo a su lado y le doy pequeños besitos por el rostro y los labios. Ella me sonrío medio ida.

Capítulo 22

HELENA

Lo miro y no me lo puedo creer, es un adonis. Se ha levantado para ir al baño y bajo la neblina postcoital he podido observarlo en toda su plenitud. Sus músculos bien formados, marcados pero sin ser excesivos. La espalda ancha, caderas estrechas, culo prieto y redondito. Las piernas potentes y muy bien definidas y los brazos...sin comentarios. Su pene me parece impresionante ahora en relax no quiero ni imaginarlo en plena acción. La próxima vez espero poder saborearlo. Y sus manos, que decir, son tan grandes que una sola de ellas cubre por entero mi pecho.

El sexo ha sido muy intenso y muy bueno, un poco rudo y exigente pero a la vez cariñoso. Ha buscado su placer cuidando del mío.

—¿Tienes sueño? —me pregunta girándose hacia mí.

—No mucho, lo normal en estos casos —ambos sonreímos. Me quita un mechón de pelo de la cara y aprovecha para bajar su mano y rozarme un pecho.

—Me gusta mucho lo que veo —susurra acariciando mi cuerpo con su mirada sin dejar de hacer círculos con la yema de sus dedos sobre mi piel.

—Y a mí me alegra que te guste. Tú tampoco estás mal —le respondo zalamera.

Él sonríe de medio lado y se acerca peligrosamente a mi pezón, que por supuesto no ha dejado de estar duro. Lo roza despacio y lo contornea, hasta que lo presiona fuerte con sus dedos. Cojo aire sorprendida, él aprovecha para asaltar de nuevo mi boca sin soltar mi pobre pezón. Juguetea mordíendome los labios y dibujando mis labios con su lengua. Con habilidad la atrapo entre mis labios y la succiono como si devorara su miembro.

—¡Chica mala! —exclama sonriente sin soltar mi torturado pezón.

Baja su otra mano hasta mi clítoris, lo presiona y dibuja círculos sobre él. Noto como se va construyendo un nuevo orgasmo. Estoy casi a punto de correrme y él lo sabe. Suelta mi pezón de pronto aproximando su boca a la mía bebiéndose mi nuevo orgasmo. Ha sido rápido e intenso.

Su sonrisa se ensancha más, sabe lo bueno que es en la cama, y me parece el hombre más sexy del mundo.

Se levanta sin problemas con su desnudez, no puedo dejar de admirar su culo. Me deja tumbada recuperándome de mi segundo orgasmo y sale de la habitación. Al momento vuelve con una botella de agua y dos vasos. Me incorporo y bebo con él.

—¿Puedo quedarme a dormir? —me pregunta algo tímido—. Nunca he dormido con nadie, quizá no pueda...

—Claro que puedes quedarte, es más, me gustaría que lo hicieras. —Lo refuerzo arrimándome más a él. Me sonrío otra vez nervioso sin saber cómo comportarse. ¡Es tan tierno!.

Le quito el vaso y la botella, los deajo en la mesilla y me tumbo, esperando que él haga lo mismo. Carlos me tapa con el edredón y se acomoda a mi lado. Lo insto a que se gire y lo abrazo desde atrás rodeando con mi brazo su cintura.

—¿No se supone que esta postura es al revés? —me dice bromeando.

—¿Estás a gusto así?

—Sí.

—Pues entonces esta postura es perfecta. —Beso su espalda y voy haciendo pequeños dibujo sobre su piel.

Está muy calentito resulta muy agradable sentirlo. Aún no se ha dormido, aunque no se ha movido ni un poquito. Hace un rato rodeó mi mano con la suya y parece estar tranquilo.

Me parece que ha amanecido, entorno los ojos apreciando como la luz se

filtra por la ventana. Tengo calor. Recuerdo de pronto que Carlos ha dormido conmigo. He descansado tan profundamente que no me he enterado de nada. No sé si él continúa conmigo o finalmente se ha marchado. Abro más los ojos y lo veo relajado a mi lado observándome. ¿Por qué está tan guapo a estas horas de la mañana?

Uno de mis pechos se asoma insolente por encima del edredón y él, como un niño travieso, lo mira con deseo. Le sonrío. Hago el intento de taparlo pero me lo impide con un gesto de la cabeza.

—Buenos días, bella durmiente —me saluda dándome un pequeño beso en los labios.

—Buenos días ser de otro mundo que está radiante a estas horas de la mañana. —Suelta una carcajada— ¿Has dormido bien?

—Pues se va a sorprender la señorita. He dormido toda la noche seguida. Me he despertado apenas unos minutos antes que tú. Una pena porque mi idea era pasar toda la noche follándote. —No puedo evitar ruborizarme.

Siento una mano reptando por debajo del edredón hasta que encuentra la piel de mis muslos. Continúa su camino hasta llegar a mi centro y lo explora con maestría.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunta como si tal cosa, como si su mano no estuviera enredando por ahí abajo.

—No tengo grandes planes —respondo entrecortadamente e intentando tomar todo el aire que puedo—. Pensaba ayudarte a recoger los restos de la fiesta. —Asiente con un gesto como si estuviera atento a lo que le estoy contando. Suspiro porque el muy canalla acaba de meterme un dedo—. Y luego, si tuviera tiempo quedarme en el sofá leyendo... —Madre mía, que habilidoso es, tiene dos de sus largos dedos dentro de mí y con el pulgar estimula mi clítoris— o salir a pasear por la playa. —Sigo intentando recuperar la respiración.

—Creo que tus no tan grandes planes podrían convertirse en grandes si los pasas conmigo —me suelta arrogante—. Lo de ayudarme a recoger me ha parecido un bonito gesto digno de una recompensa. —Ahora soy yo la que solo asiente, no sé ni lo que me está diciendo.

Se gira sacando sus dedos de mi interior y protesto. Me regala una carcajada. Me deleito observando como todos sus músculos dorsales se marcan al estirarse para sacar un condón de la mesilla. Me relamo. Se pone el condón con habilidad como la otra vez, eso me recuerda su vasta experiencia. ¡No vayas por ahí!. Se acerca a mí, se posiciona encima y me besa despacio, muy despacio, casi con reverencia.

Agarra su pene lo coloca en mi abertura. Muy despacio lo introduce haciéndome sentir cada centímetro de su invasión, disfrutando por completo de ella y deseando que no sea tan delicado. Cuando está completamente dentro gira mi cuerpo colocándome a mí encima. No esperaba este movimiento. Me recompongo rápido y muevo mis caderas buscando el mejor ángulo.

Carlos observa mis movimientos agarrándome las caderas para ayudarme con el ritmo. Me masturbo a la vez proporcionándole una imagen aún más erótica. Se incorpora sobre los codos y mete uno de mis pezones en su boca, lo lame y lo mordisquea. Nuestros movimientos son acompasados y cada vez más rápidos, creo que me voy a correr en breve, mis sentidos están sobrecargados. Carlos, como siempre, lo intuye y eleva las caderas embistiéndome desde abajo, dos envites más y me corro sin remedio presionando mis músculos sobre su falo haciendo que él se corra conmigo. Su aliento caliente sobre mi pecho hace que se me erice la piel y sienta una réplica de mi orgasmo.

Me tumbo sobre su pecho sintiéndolo aún en mi interior e intentando recuperar el resuello. Su corazón va tan alocado como el mío. Posa una mano sobre mi cabeza acariciándome el caballo en un gesto cariñoso. ¿Me cansaré

alguna vez de esto?

Tras un rato de laxitud me pregunta si puede ducharse, bromeo con él sobre ducharnos juntos pero esquivo con maestría mis intentos de sacarle otro polvo y se va corriendo al baño.

Me quedo pensando el porqué de su negativa. Concluyo que Carlos sabe que es jodidamente bueno en la cama pero no sabe afrontar o actuar dentro de una relación. Teme que lo nuestro se limite solo a sexo. Debería hacerle saber que lo de follar como conejos y disfrutar muchísimo de ello no es lo único que me atrae de él y por supuesto, tampoco es solo su físico. Debo darle tiempo y demostrárselo día a día.

Me viene a la mente mi tonta clausula sobre no contarle nuestra relación a nadie, siento la necesidad de hablar con una amiga sobre este hombre, pero no puedo hacerlo sin romperla.

Sale del baño un poco serio pero como siempre guapísimo. Se viste con la ropa que tenía anoche. Me da un beso tranquilo, con sentimiento y se va a hacer el desayuno. No procrastino más me levanto y voy también a la ducha. Una sonrisa inunda mi cara, ¿puede ser que mi nueva vida me depara tantas cosas buenas?

Capítulo 23

CARLOS

Pasar la noche con ella ha sido mejor de lo que pensaba, me costó trabajo dormirme pero tenerla cerca me relajó y al final terminé sucumbiendo. Despertar con ella ha sido lo mejor.

El sexo ha sido increíble, echo de menos que ella participe algo más, pero quizá sea mi culpa por querer llevar siempre la voz cantante. Hemos estado recogiendo los restos de la fiesta de ayer, mi madre ha aparecido un par de veces: una para traernos un café y otra para controlarnos.

No sé dónde están José y Alicia, para la fiesta son los primeros, pero hoy se quitan de en medio, posiblemente tengan una resaca importante. Luego los llamaré para saber cómo les fue.

Ha sido divertido trabajar con Helena, no ha parado hasta que lo ha tenido todo recogido y casi sin darme concesiones para hacerla reír. Tiene que ser una trabajadora implacable. Eso me recuerda que mañana es lunes y nos veremos solo por la tarde. Quizá debería ir a comer con ella, ¿eso sería agobiarla?

Mi madre nos ha invitado a comer y no hemos podido negarnos aunque nos hubiera encantado estar los dos solos. Me es casi imposible mantener las manos lejos de ella. No besarla o tenerla cerca me molesta. Ella ha querido que no lo hagamos público, espero que eso cambie pronto.

He notado que mi madre nos mira con cierta ternura, incluso a veces cuando piensa que no la veo tiene una sonrisa boba, como si supiera perfectamente lo que pasa entre nosotros. Pienso que es bastante evidente porque hemos pasado de tratarnos como el perro y el gato a ser correctos e incluso demasiado complacientes.

Por la tarde y como no quiero que toda nuestra relación y nuestros

momentos juntos se destinen al sexo le propongo que vayamos a dar una vuelta por la playa. Ella me ha puesto cara de decepción, como si verdaderamente esperara una tarde de domingo desenfrenada.

Caminamos en silencio: a estas horas, en estas fechas y con este tiempo no hay nadie en la playa. Silencio solo interrumpido por los comentarios hacia Vodka que está saltando como un loco en busca de objetos que olisquear por la playa. Es bonito mirar el horizonte y solo ver mar, cielo y arena. Resulta un poco intimidante. Dirijo miradas furtivas a Helena, está guapísima con el pelo suelto y revuelto a causa del aire. Mira pensativa el horizonte, es como si se hubiera instalado entre nosotros la melancolía.

—¿Tienes frío? —digo para romper el hielo.

—No, hace una tarde bastante agradable. Un bonito día para pasear. —Me mira tímidamente y sonrío mientras vuelve a lanzarle el palo a Vodka.

—¿Qué pasa, Helena, te ha molestado algo? —le pregunto frenando el paso abruptamente.

—Claro que no, ¿por qué debería pasar algo?

—No lo sé, estás seria, apenas me hablas...—argumento mirándola con intensidad.

—Para nada Carlos, solo imaginaba una tarde de domingo diferente, pero esto también es muy agradable. —Agacha la mirada y continúa caminando.

Me quedo rezagado observándola. Quiere sexo, pues tendrá sexo.

La reto con la mirada, agarro su mano y la llevo cerca de la orilla. Ella me mira sorprendida pero no se queja. Le quito la camiseta y le bajo los pantalones.

—¿Qué haces Carlos? ¡Para! —me insta empujándome levemente.

—No, Helena. No voy a parar. —Me quito la camiseta y el pantalón con los calzoncillos, todo junto, dejándolos tirados por la arena.

Estoy totalmente desnudo. Ella sigue con las bragas y el sujetador, le

pondré remedio pronto. Está preciosa. Agacho mi cabeza desplazo el sujetador hacia abajo y le chupo un pezón. Suspira y mesa mis cabellos dirigiendo mi boca hacia donde la necesita.

Medio ciego de deseo tiro de sus bragas y se las rompo, emite un grito pero no se aparta. Envalentonado hago lo mismo con el sujetador quedándose totalmente desnuda. Deslizo mi mano hacia su sexo comprobando que está empapado. La cojo en brazos mostrándole con brusquedad que lo que viene ahora no va a ser suave. Eleva sus piernas hasta rodear mi cintura y la penetro casi sin miramientos.

La siento por completo rodeando mi pene. Jadeamos y embisto un par de veces manteniendo el equilibrio como puedo. Camino hasta el agua y nos introducimos hasta la cintura. Está bastante fría y ambos suspiramos por la sorpresa. Nos reímos como críos. Le devoro la boca y le aprieto el culo penetrándola más profundamente, que no se le olvide lo que estamos haciendo. Esto va a ser bastante rápido.

Sigo empujando un par de veces más. Ella inclina su cuerpo hacia atrás y se queda flotando sobre el agua. Agarro sus caderas manteniendo el ritmo de mis acometidas. La visión es espectacular: sus pechos perfectos, su clítoris hinchado y mi polla entrando y saliendo de su cuerpo. Separo una de mis manos de su cintura y la sitúo entre nosotros dándole placer. Jadea. Embisto. Suspira. Embisto. Me exprime. Me dejo ir. Estallamos.

Salgo con reticencia de su calor y la ayudo a incorporarse. Sin mediar palabra me giro y me dirijo a la orilla. Veo a Vodka ladrando como un loco llamándonos. Estaba tan cabreado que ni me acordaba del perro.

Me sacudo un poco el agua. Me visto. Helena hace lo mismo, pero me mira un poco molesta.

—Creo que deberíamos ir a casa a secarnos —digo parco.

—Sí, estoy de acuerdo —murmura—. ¿Qué te pasa Carlos? ¿A qué viene

ese cambio de actitud? Que conste que no me quejo este polvo ha sido increíble.

Dudo sobre si debería decirle algo, quizá sean paranoias mías. Ella pone su mano sobre mi pecho, se pega a mí abrazándome y me mira a los ojos. Teniéndola tan cerca me es imposible pensar con coherencia. Me besa despacio en los labios, rozándolos.

—Sabes que puedes confiar en mí —susurra sobre mis labios.

Correspondo su abrazo. Si quiero que esto funcione debo abrirme a ella.

—¿Vamos a casa nos damos una ducha y hablamos con un café caliente?

—Trato hecho grandullón. —Me sonrío con una alegría que llega a sus ojos. Beso la punta de su nariz y caminamos hacia casa cogidos de la mano.

Cuando nos aproximamos a los apartamentos nos separamos y entramos como si no hubiera nada entre nosotros. ¡Mierda de condición! Helena lleva a Vodka a casa de mi madre. Aprovecho para poner la cafetera. Al momento llaman a la puerta y veo que ella viene con una pequeña bolsa de aseo y lo que parecen un par de prendas de ropa. Muy discreta no es, pero bueno, a mí me da igual que lo sepan todos, de hecho me gustaría que supieran que este pedazo de mujer está conmigo.

Entra sonriéndome y alabándome por el buen olor del café. Sin más se va hasta mi baño. No creo que le haya enseñado mi casa pero ella parece estar muy segura del camino. Cabeceo y la sigo como un corderito.

Entra en el baño, se desviste, acciona la palanca del agua y cuando está a su gusto se mete dentro. Yo hago lo mismo. La beso con cariño, nada de pasión por ahora. Coge el jabón me gira y siento las palmas de sus manos sobre mi cuerpo, es sumamente relajante. Apoyo mis brazos sobre los azulejos sosteniendo todo mi cuerpo y dejo que el agua y las manos de Helena expulsen mis demonios. Ella va depositando pequeños besitos por diferentes zonas de mi cuerpo reforzando así el ambiente creado.

Me gira y hace lo propio por delante. Observo su cara de concentración, como su lengua sale para humedecer sus labios y como se lo muerde cuando llega a zonas comprometidas. Es una tortura pero no quiero que pare, no quiero estropearlo. Ella sigue explorando a conciencia y yo no limito nada, soy enteramente suyo. Igual que quiero que ella sea mía por entero.

Se demora más de la cuenta en mí torturado miembro, igual que lo hizo antes en mi culo y mi ano. Me estimula y respondo con una gran erección. Siento que ella duda sobre si continuar estimulándome. No quiero que esto sea la constante de nuestra relación. Quiero sexo, pero también este erotismo y cariño. Esta sensación es más fuerte que un orgasmo y nunca antes la había sentido.

Con delicadeza aparto sus manos de mi miembro y la beso dándole todo mi ser. Me meto debajo del chorro de agua para aclararme y cambiamos de posición. Ahora me toca a mí reverenciar su cuerpo, y lo hago, ¡bueno si lo hago! No hay hueco que no recorra y sitio que no aprecie y me encante de ella.

Capítulo 24

HELENA

Salimos de la ducha un poco amodorrados. Ha sido algo muy intenso, verdaderamente intenso. Mientras yo me seco el pelo Carlos va a terminar los cafés. Me miro en el espejo y analizo un poco la situación. Definitivamente mi reflexión de esta mañana es correcta. Tiene miedo de que solo tengamos sexo. No puedo creer que un tío con un fondo tan bueno como el suyo esté interesado en mí, yo soy la que debería tener miedo.

Siempre he ligado con tipos guapos, no voy a negar que tengo mis encantos y mi público, pero lo de Carlos es ya otro nivel. Es cariñoso, atento, está buenísimo y me folla como nunca otro me ha follado: es amable y generoso en la cama. No quiero pensar mucho en la cantidad de ex que debe tener para contar con tanta experiencia. He tenido amantes suficientes, algunos, bastante buenos, para saber que Carlos está en el top uno con diferencia. Tengo clara una cosa: si Carlos me ha elegido para tener una relación seria es porque hay algo en mí que le atrae. Con esta reflexión alejo todos mis miedos.

Salgo del baño recogíendome el pelo en una coleta. Cuando llego al salón Carlos me da un pequeño beso en los labios y desliza una mano por mi cadera antes de que nos acomodemos en el sofá. Es tan intenso en todo.

Al principio ambos removemos nuestros cafés sopesando nuestras palabras, sin atrevernos a decir nada.

—Siento lo de la playa —rompe el silencio avergonzado—. A veces no sé cómo debo comportarme. —Agacha la cabeza. Está guapísimo con ese principio de barba, el pelo aún mojado y ese olor a gel que lo inunda todo. Siento necesidad de tocarlo.

—Debería ser yo la que se disculpara. —Dejo una mano apoyada en su antebrazo—. Follas de muerte y hacerlo contigo es una adicción y casi una

necesidad. —Él se ríe pagado de sí mismo, le doy un pequeño golpe en el hombro y sonreímos cómplices.

—No me mal intérpretes. —Corta mi argumentación—. Quiero follarte a todas horas, de hecho estoy obsesionado con estar dentro de tu cuerpo y darte placer de todas las formas que conozco o sea capaz de inventar. Pero mi experiencia dentro de una relación es bastante limitada, por no decir nula. Me parece que debería ser algo más que unos cuantos polvos. —Se pone nervioso. Al momento recobra la compostura y continua—. No quiero ser para ti lo que he sido para otras.

—Las relaciones se construyen paso a paso, llevamos juntos un día, es lógico que al principio queramos estar lo más pegados posibles. Nos estamos conociendo a todos los niveles. Si te sirve de algo, mis relaciones siempre se han basado en sentimientos o afinidad. No va a cambiar contigo. Nunca serás solo sexo para mí.

—Para mí tampoco. —Se acerca abrazándome y besándome con ternura.

Yo deslizo la palma de mi mano por su espalda consolándolo.

—Carlos, vamos a ir paso a paso, ¿te parece? No te precipites.

—De acuerdo —se separa de mi abrazo y me mira pícaramente—. Eso quiere decir que aclarado esto...¿podemos volver a la cama a follar como locos?

Ambos nos reímos y Carlos empieza a hacerme cosquillas. Pasamos el resto de la tarde relajados en el sofá, hablando de todo un poco y acercándonos más. Me estoy dando cuenta de que tenemos muchas cosas en común sobre todo en la forma de ver la vida, los valores y las expectativas. Creo que me estoy enamorando perdidamente de este maravilloso hombre.

Hemos cenado tranquilos en su casa pero a dormir a la mía, así mañana me será más fácil arreglarme para ir a trabajar. Lo de dormir en casas separadas no ha sido una opción. Creo que estamos corriendo demasiado pero a veces la

vida hay que tomarla como viene y aprovechar las cosas buenas aunque te parezca increíble que estén sucediendo.

Caímos rendidos temprano, normal, si no hemos parado. El muy canalla me ha despertado de madrugada con una bendita erección. Hicimos el amor de forma pausada y lánguida. Posteriormente, ambos caímos en un sueño profundo y reparador.

Ya ha sonado el despertador. Estoy totalmente eufórica. Despertarme al lado de Carlos es una sensación muy gratificante. Me siento satisfecha en muchos niveles, podría incluso acostumbrarme a esto. Una ducha rápida y arreglarme para ir al trabajo. Cuando ya estoy lista le doy un beso a Carlos de despedida. Él lo ha intensificado, incluso me ha tumbado en la cama rogándome que me quedara. Ha sido tentador pero finalmente he conseguido salir de sus garras y su embrujo. Resignada voy camino del trabajo.

Capítulo 25

HELENA

Llego con muy buen humor a trabajar. Carlos ha conseguido que incluso un lunes me parezca maravilloso. He comprado un café por el camino y me dispongo a tomármelo tranquila en mi despacho cuando suena el teléfono. Es la secretaria de Santiago, ¿no puede llamarme él directamente? Necesita que le acerque uno de los dossier con los que estoy trabajando.

Recojo todo el ánimo que puedo reunir y voy a verlo. Las cosas no terminaron muy bien el viernes y espero que todo se quede en un mal entendido. Su secretaria me mira con aires de suficiencia y una sonrisa que no me gusta nada. ¡Esta tía está loca!

Llamo antes de entrar por si está susceptible. Santiago está de pie mirando por la gran cristalera. No puedo evitar hacer una comparación entre él y mi hombre, vaya sí que estoy posesiva. Obviamente gana Carlos por goleada, y más con la actuación de mi jefe del otro día. Este fin de semana he estado tan ocupada que no he querido ni podido darle vueltas a la situación, tampoco estoy dispuesta a que me amargue la vida.

—Helena, quería hablar de lo que pasó el viernes. —Se gira y su figura queda recortada por la luz que entra por la ventana.

Permanezco a la espera sin decir nada, solo lo observo con una postura de lo más natural.

—Me dejé llevar por la situación, estaba un poco enfadado porque pensaba que entre nosotros había surgido algo y además estaba teniendo un mal día — se disculpa de forma vaga. No es ni mucho menos una disculpa en regla pero me va a valer. Mientras no se repita.

—Gracias. Supuse que era una respuesta fruto del estrés. No le des más vueltas.

—Nuestra relación laboral no puede verse afectada por un mal entendido.
—Se sienta en su silla, yo sigo de pie—. Me gustaría invitarte a comer a medio día. No admito un no por respuesta.

—Santiago...—intento continuar con mi excusa.

—No, Helena, te he dicho que no admito un no. Paso a recogerte a las dos.
—Me sonrío y se pone a trastear con el dossier que he dejado en su mesa.

Me voy sin decir nada más. Sigo pensando que es una equivocación.

El resto de la mañana pasa sin pena ni gloria. Me acuerdo un montón de Carlos y desearía tener su número de teléfono para escribirle.

Dan las dos y Santiago asoma la cabeza por mi puerta, sin ninguna excusa para no ir recojo mis cosas y lo sigo en silencio.

La comida transcurre tranquila. Se muestra educado y considerado. Toda la conversación gira en torno a temas seguros y laborales, se agradece. Incluso hemos bromeado un par de veces. Al final no va a ser un mal tipo y todo era fruto de mi paranoia.

Encaro la tarde más contenta y con la perspectiva de que ya mismo me iré a casa a disfrutar de Carlos. Pero se me está haciendo eterna. Solo me llegan trabajos de segunda, volvemos a las andadas. Ni un mínimo de aprovechamiento de mi potencial. A las seis vuelve a aparecer la cabeza de Santiago por la puerta. Se ofrece a llevarme a casa. Declino amablemente su proposición, me pone mala cara pero lo acepta.

El metro parece retrasarse más que nunca, pero al fin llega. Tres cuartos de hora después estoy andando hacia los apartamentos. Veo la figura de Carlos esperándome apoyado en una farola, a pocos metros de la cancela de los apartamentos. Me come con la mirada. Sé que él también me ha echado de menos. Se adelanta para salir a mi encuentro, me coge por la cintura apretándome contra él y me besa. Le devuelvo el abrazo y el beso con la misma intensidad.

—Me alegro de verte preciosa. ¿Qué tal ha ido el día? —me pregunta alegre.

—Muy aburrido sin ti. Echándote mucho de menos. ¿Y el tuyo?

—Más de lo mismo. Deseando volver a verte y perderme en ti. —Me besa de nuevo pero ahora con más anhelo.

Me derrito por sus palabras y vamos caminando cogidos de las manos hasta la puerta de su casa. No he intentado retirarle la mano al entrar, lo necesito tanto. Nos metemos dentro y disfrutamos de nuestro tiempo juntos. Hoy no he pasado por casa de Fifi pero creo que ella sabrá perdonarme.

El resto de la semana se me pasa volando, en el trabajo los días son un calco unos de otros. En casa mi relación con Carlos sigue creciendo y mis sentimientos también, reconozco que se lo está currando y me cuida muchísimo. No le puedo poner ninguna pega en ningún sentido.

Carlos me anima. Se ha convertido en el motor de mí día a día. Es un excelente cocinero y me deleita con unas cenas estupendas. Casi me he mudado a su casa que es algo más grande que la mía, era casi una decisión lógica. Me ha instado a ir trayéndome cosas porque no era plan de estar todo el tiempo dando paseos de un lado a otro, que los vecinos podrían cuchichear. Es un cara dura. Ha conseguido que me mude a vivir con él sin pedírmelo. No me molesta, dormir con él es fabuloso. Todas las noches me sorprende con algún juego nuevo y yo me dejo seducir por su pericia y su saber hacer.

He ido a casa de Fifi un par de días, ella me ha echado de menos, yo también, pero me es imposible no tener ganas de Carlos después de todo el día sin verlo. Pienso que eso de no contárselo a los amigos es una tontería, creo que pronto lo haremos público. De una forma o de otra se enterarán.

Respecto al trabajo se está convirtiendo en una verdadera tortura. Santiago está todo el día encima de mí pidiéndome cosas absurdas como estudios de trabajos ya realizados o que le saque fotocopias. Todos los días quiere comer

conmigo y yo no estoy dispuesta. Le lanzo múltiples excusas. También insiste en llevarme a casa y yo vuelvo a excusarme como puedo. Como no me lleva a mí se lleva a su secretaria, así que imagino que por ahí debe venir toda la animadversión de la chica.

Alicia ha formado parte de muchas de esas excusas. Realmente solo he ido un día a comer con ella. Es una instigadora, me ha acribillado a preguntas sobre la fiesta y si pasó algo interesante. No he querido contar nada para no poner en evidencia a Carlos, a fin de cuentas él es su amigo y no le ha contado nada porque yo se lo pedí.

Hoy es viernes y mi jefe me ha sorprendido regalándome un ramo de flores. Las he aceptado por cortesía después de intentar devolvérselas un montón de veces. Le he explicado que no es ético y ni correcto, le ha dado igual. Luego un poco más tarde me ha llamado a su despacho, bueno, él no, su secretaria como siempre. Hemos estado trabajando en algo jugoso. Por fin me deja ayudarlo con algo interesante. Todo el tiempo ha estado bromeando conmigo. Algunos comentarios son machistas o sexuales. Me repito que es un profesional, quizá solo intente rebajar la tensión y no conozca otra manera, aunque sé que realmente no tiene excusa.

Estoy incomoda con este tipo de conversaciones, me hacen sentir como un objeto. Mi cara y mis gestos lo dejan claro pero él no ha retrocedido ni un poquito.

El colmo ha sido cuando sin querer, dudo que fuera sin querer, me ha tirado un vaso de agua encima de la blusa. Se ha excusado un millón de veces y se ha puesto a desabrocharme los botones alegando que no podía quedarme empapada. Lo he apartado sin mucho tacto y me he ido al baño a ver si puedo secarla con el secamanos. Al final me he puesto la chaqueta sin blusa, creo que se ha salido con la suya porque ahora puede apreciar mejor mi canalillo.

Cuando he vuelto me ha devorado con los ojos. Ha aprovechado todas las

oportunidades en la que he estado sentada para ponerse de pie y mirar por encima de mi hombro.

Estoy muy agobiada con la situación, no quiero contárselo a Carlos porque se lo tomará a mal y soy una mujer independiente capaz de lidiar sus propias batallas. El lunes hablaré con recursos humanos y les contaré el caso. Con ese pensamiento en la cabeza me relajó un poco y vuelvo a casa a disfrutar de un merecido fin de semana con Carlos.

Capítulo 26

FIFI

Esta juventud se cree que los mayores no nos damos cuenta de nada, cuando son ellos los que aún no tienen ni idea de la vida.

En mis tiempos una tenía que estar ocultándose para hacer ciertas cosas, eso o eras una buscona. Actualmente y gracias al trabajo de muchas mujeres, y algunos hombres, hemos conseguido que al menos la mujer tenga una cierta libertad. Queda aún mucho por andar pero estamos caminando.

Mi hijo se cree que porque salte por los balcones y salga de casa de puntillas me chupo el dedo. Su relación con Helena estaba bastante clara incluso antes de que ellos se dieran cuenta. Me alegra que darles un pequeño empujoncito haya ayudado.

He temido por mi plan pero por fin la cosa marcha, incluso se atreven a darse besitos furtivos en la puerta de los apartamentos. Por suerte una es avispada y está atenta a todo, siempre lo digo, es mejor mirar por la ventana que una telenovela.

Lo que no se es porque esa tontería de no querer contárnoslo, lo que yo diga, esta juventud no aprovecha las libertades que tiene.

Estoy más tranquila viendo a mi pequeño enderezado. Esta vida que llevaba no era buena para él, es una persona que tiene mucho que aportar y estaba desaprovechando su potencial con tanta pelandusca.

Helena me parece un partido maravilloso para él. Es tranquila, adorable y sabe lo que quiere. Cuando yo falte será una buena compañera que hará que no se meta en más líos ayudándolo a gestionar los apartamentos. Eso me recuerda que hoy tengo una cita importante en la ciudad. Alicia se ha ofrecido a acompañarme, otra que deberíamos meter en vereda. Ella es más complicada aún, las causas perdidas le pueden y todos se aprovechan de su buena

voluntad.

La fiesta del otro día fue un éxito, volví a ver a muchas de las personas que han representado momentos importantes en mi vida y sobre todo a mí José. Estoy deseando tenerlo revoloteando por mi casa con su cara dura y su buen humor, por él no temo mucho, tarde o temprano elegiré la opción correcta.

Tengo que organizar más fiestas de este tipo hay que darle marcha al cuerpo, que buenas juergas no montábamos cuando era joven, no esas fiestas de borrachera y drogas que hacen ahora.

Alicia llama a la puerta, recojo mi abrigo y llevo a Vodka con Helena. Es mi agente infiltrado, le he encargado que espíe a los tortolitos. Espero que cuando vuelva tenga noticias jugosas, eso sí, que se ahorre los detalles morbosos que una no está para que le pongan los dientes largos.

Capítulo 27

CARLOS

Menos mal que ya es fin de semana. Estoy tumbado en el sofá de Helena, ella ha vuelto hace un rato de trabajar. Me alegra que los viernes salga antes, así podemos disfrutar de más tiempo juntos. Deseo que llegue el verano, con esos días más largos y luminosos, para poder disfrutar de las vistas de Helena con poca ropa y de más baños como los del otro día. Mi mente evoca lo sucedido en la playa y caigo en que fue una imprudencia por mi parte que nos metiéramos en el agua con el frío que hacía, pero ella me incitó. No puedo evitar sonreír ante el recuerdo.

Hay una cuestión que debería tratar. No usamos preservativo. Sé que estoy limpio pero no sé si ella toma anticonceptivos. Hemos sido unos inconscientes y es un tema que hay que hablar a la mayor brevedad.

Mis pensamientos se interrumpen al verla. Lleva un chándal de estar por casa y un moño desestructurado, vamos a llamarlo así, será posible que cada vez que la veo esté como esté me empalmo. Me dedica una preciosa sonrisa, se sienta a mi lado y como si fuera una escena cotidiana nos ponemos a comer hablando de todo un poco.

Normalmente en nuestras conversaciones ella no hace muchas alusiones a su trabajo, me cuenta anécdotas tontas y vagas, creo que le preocupa algo pero no quiero presionarla. Es de esas personas que no saben esquivar los temas, se pone un poco nerviosa y juguetea con los dedos cuando no quiere contestar. Confío en que me lo cuente en breve.

Por mi parte no sé bien como comportarme. He pasado de estar normalmente solo haciendo mis cosas a estar continuamente con ella. No me quejo, es una sensación nueva y no me siento agobiado ni mucho menos pero no puedo evitar pensar que ella si pueda necesitar tiempo para sus cosas. Esto

de las relaciones es bastante complicado. Lllaman a la puerta.

—Es tu madre, le prometí hacerme cargo de Vodka mientras ella está fuera.
—Se levanta y va hacia la puerta.

Yo me tumbo en el sofá parapetado por el respaldo. Helena está hablando con mi madre, no presto atención a la conversación. Aparece Vodka y empieza a ladrarme y tirarme de la pernera del pantalón. Será jodío el perro. ¡Calla chucho!

Se escuchan unas risas y la puerta cerrarse.

—¿Qué haces escondido? —me mira sorprendida y con los ojos como platos.

—Que va, estaba buscando una zapatilla. —No se lo ha tragado, su mirada es de: «Cuéntame otro rollo». Ladea la cabeza levemente dejándolo pasar.

Terminamos de comer, recojo la mesa y la cocina. Quién me ha visto y quién me ve, no es que no haga este tipo de cosas en mi casa, que las hago, pero no con tanta premura. Me estoy volviendo un hombre responsable y de provecho.

Me tumbo en el sofá y Helena se recuesta sobre mí apoyando su cabeza en mi pecho. Permanecemos un rato callados y relajados. No quiero romper el clímax pero es el momento de una de las conversaciones.

—Helena, el otro día en la playa no usamos condón —le digo como si tal cosa acariciándole el pelo.

—¿Tú estás limpio? —gira la cabeza y me mira a los ojos.

—Siempre he usado preservativo menos esta vez y me hago revisiones continuamente.

—Pues yo tomo la píldora y hacía bastante que no me acostaba con nadie, así que si te preocupa tener Carlitos por el mundo va a ser que no —replica risueña.

—Me alegra que aún, —hago hincapié en el aún y Helena se incorpora un

poco para mirarme mejor— no haya Carlitos por el mundo, aunque espero tenerlos en un futuro. Prefiero pequeñas Helenas morenas y preciosas como su madre. —Sonrío de medio lado para parecer seguro, pero trago saliva con dificultad, esto ha sido toda una declaración de intenciones.

—Coincido en eso de que es pronto para niños, pero...podemos ir ensayando.

Repta un poco por mi pecho hasta que nuestras bocas están a escasos centímetros. Atrapa mi labio inferior con sus dientes, lo muerde levemente y tira de él.

—O quizá podríamos no tentar a la suerte y abstenernos hasta que estemos seguros de que queremos tenerlos —dice juguetona.

—No preciosa. Esto no admite ninguna negociación, hay que practicar para el futuro. —La giro y me pongo encima de ella— ¿Crees que mi *amigo* puede esperar? —presiono mi ingle contra su centro y ella emite un suspiro apreciativo.

—Para nada, hay que ponerle remedio ya.

Hicimos el amor como siempre con mucha pasión. El sexo entre nosotros es siempre explosivo.

Más tarde, mi madre ha debido venir a recoger a Vodka. Yo estaba en mi casa cogiendo algo de ropa y cuando he vuelto el maldito chucho no estaba ya. Menos mal, siento que nos observa.

Después de unas semanas de desenfreno seguimos teniendo un sexo magnifico y nos buscamos todo el rato. Ya empiezo a estar harto de ocultarlo y aprovechando una de las neblinas postcoitales le he pedido a Helena una cita en condiciones.

Nunca he tenido una y me hace ilusión vivir experiencias nuevas con ella. Se ha puesto muy contenta y ha accedido. Incluso sus ojos tenían un cierto brillo. Quiero provechar la cita para pedirle que formalicemos nuestra

relación. Creo que ha pasado tiempo suficiente como para demostrar que existe un futuro entre nosotros. Ha llegado la hora de comunicárselo a nuestras familias. Cada vez nos resulta más complicado ocultarnos.

Nos hemos dado un baño relajante. Es increíble la conexión que tenemos. Nunca he estado tanto tiempo con una mujer sin hablar ni follar.

He reservado en un restaurante un poco más pijo de lo que me gustaría. Soy más de sitios familiares y comida casera, pero estoy convencido de que será un lugar elegante y formal para lo que pretendo.

Estoy nervioso. Iba a ponerme un traje de chaqueta pero lo he descartado en favor de unos pantalones vaqueros negros, una camiseta blanca y una chupa de cuero también negra. Tengo pinta de macarra pero me da igual, me veo guapo.

Hemos quedado en la cancela de fuera, otra vez con la manía de que no nos vean juntos. Camina hacia mí y está impresionante. Me entran ganas de arrastrarla a casa como un troglodita y reclamarla de todas las formas posibles.

—¡Vaya! No sabía que las faldas pudieran pegarse tanto a las curvas. —
Emito un silbido.

—Que zalamero eres. Tú también estas muy guapo. —Me recorre con la mirada de forma apreciativa y me besa.

Helena va caminando delante y disfruto de el pedazo de culo que tiene y lo bien que le sienta la falda. Se ha convertido en mi nueva prenda fetiche.

En poco más de un cuarto de hora estamos aparcados cerca del restaurante. La ayudo a bajar e inevitablemente miro su escote.

—Caballero, la comida antes de los postres —me sonrío picara.

Le devuelvo la sonrisa y sacudo la cabeza para quitarme este embobamiento.

La comida está riquísima, un poco escasa pero rica. Es divertido y

excitante estar públicamente con ella. Estamos en los postres y llevamos toda la cena tonteando. Me está poniendo a mil con las relaciones culinarias y sexuales que está estableciendo. Mi sangre se empeña en concentrarse en mi entrepierna dejando poco riego a mi cerebro. Pretendía hablar sobre temas serios pero como siga así mi capacidad de razonar se va a ver mermada definitivamente. En un momento de cordura, me obligo a no observar, como llevo observando de manera hipnótica todo el rato, como Helena relame la cucharilla de postres con su apetecible lengua.

—Me parece que deberíamos hablar de nuestra relación. —Me pongo serio y la miro a los ojos intentando romper todo el erotismo.

—¿Qué le pasa a nuestra relación? —salta un poco a la defensiva.

—Pues que nunca he tenido una y me gustaría que fuera completa y libre. No quiero estar escondiéndome. No pudiendo agarrarte o besarte cuando me apetezca. —Ya lo he dicho.

Se queda callada sin decir nada, suelta la cucharilla en el plato con parsimonia y me mira. Me temo lo peor.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Qué está bien? —repito como un tonto.

—Que quiero tener una relación contigo. —Voy a hablar y me hace un gesto para que no continúe—. Pero se acabaron otras mujeres.

—Por supuesto que no habrá otras mujeres. Hace tiempo que no las hay. Te pido lo mismo.

Se queda pensativa y yo me acojono.

—No quiero estar con nadie más —contesta al fin. Aunque lo hace un poco incomoda. Hace un gesto para pedir la cuenta al camarero y ni corta ni perezosa la paga. ¡Me encanta!

Le agarro la mano, quizá se sienta insegura por mi pasado.

—Helena, sé que es pronto. Llevamos poco tiempo juntos pero sé que esto

va a salir bien. Tiene que salir bien. No logro poner nombre a lo que experimento por ti, nunca he tenido necesidad, ni me he permitido sentir algo más que un leve cariño. Te pido que tengas paciencia si no reacciono como debería. A veces soy un bruto y en el sexo ya ni te cuento pero... — Acacho la cabeza, esto de hablar de mi no es lo mío.

De pronto ella se pone de pie sin decir nada, no me deja terminar la frase. La imito. Me mira a los ojos con deseo y sale por la puerta del restaurante. Atraído por una fuerza magnética la sigo.

Está al lado del coche, lo abro, nos subimos y arranco poniéndolo en marcha y dirigiéndonos a casa lo más rápido que puedo. No hay palabras solo miradas. Ha ido subiendo su falda, poquito a poquito, mostrándome unas bonitas medias con ligero. Se ha desabrochado los primeros botones de la blusa y aprecio sus generosas tetas. Solo puedo tragar saliva e impedir que mi inquieto fallo le haga un agujero a mis pantalones. Por suerte el camino está tranquilo, no hay nada de tráfico. He estado tentado de parar el coche en varias ocasiones y tomarla allí mismo. No sé ni como he logrado contenerme.

Entramos en mi casa. Enciende la calefacción y la pone al máximo. La observo sin reaccionar. Se quita la chaqueta, se desabrocha los botones de la blusa que aún quedaban abotonados y con bastante gracia y sensualidad la desliza por sus hombros hasta arrojarla al suelo. De la misma forma contoneando las caderas se desprende de la falda. Se queda únicamente con un conjunto de lencería color cereza, que por cierto le queda de muerte, las medias con liga y los tacones.

Yo estoy cardíaco y quiero tocarla, pero deseo aún más saber que se propone. Mi erección aprieta mis pantalones y sutilmente intento enderezarla. Mira mi gesto y se chupa los labios.

—Disfruta cariño que con tu confesión de hoy te lo has ganado.

Me quita la chaqueta y la camisa, sigo sin hacer otra cosa que no sea

mirarla embobado e intentar rozar alguna porción de su piel. Me baja los pantalones y los calzoncillos. Me deja completamente desnudo a su merced. Acerca una silla y me sienta en ella. Mi erección la apunta insolente y yo deseo con todas mis fuerzas que me la chupe.

Parece que ella está en mi cerebro. Se pone de rodillas, agarra mi pene y lo recorre por entero de forma apreciativa con sus pequeñas y suaves manos. Yo no puedo dejar de mirarla: su mano sobre mi miembro, su boca, su cara de deseo, como sobresalen sus pechos por el sujetador... Saca su sonrosada lengua sin dejar de mirarme y recorre mi longitud de una sola pasada. Jadeo fuerte agarrándome con todas mis fuerzas al asiento de la silla. Repite la acción un par de veces relamiéndose entre vez y vez.

Abre su sensual boca y se la mete entera dentro. El calor y la suavidad me dejan extasiado. Soy totalmente suyo. Es una sensación indescriptible. Ella chupa, succiona, juguetea con su lengua sobre la punta e incluso raspa con sus dientes. Creo que es imposible ponerse más duro. Como siga así me voy a correr en breve.

No puedo evitar agarrar sus pechos y sacarlos de su prisión, jugueteo con sus pezones mientras ella sigue torturándome con su deliciosa boca. Sin quitarle el sujetador intento acercar sus preciosas tetas a mi dureza, ella capta mis deseos y mete mi miembro entre ellas. La visión de mi polla entre sus tetas es tremenda, su fricción, su calor. No puedo seguir mirando. Cierro los ojos y hago verdaderos esfuerzos para no correrme. Se separa de mi pobre polla dejándome cabreado y desesperado. Se quita el sujetador y las bragas. Dándome un leve respiro para que me calme, pero es una ficción.

Se da la vuelta y sin pensárselo se empala contra mí. Gruño por el esfuerzo y la sensación. Quiere matarme de gusto. Ver su espalda y sentir la magnífica piel de su culo rebotar contra mis piernas a la vez que me folla es brutal. Estimulo su clítoris con una de mis manos y con la otra le agarro una teta

amasándola con fuerza. Cualquier resto de cordura ha desaparecido. Levanto mis caderas a la vez que ella baja contra mí y mantenemos un ritmo devastador que no tardará en arrasarnos. Jadea tan extasiada como yo. Se echa hacia atrás se apoya en mi pecho y al poco grita mi nombre. Sentir su clímax hace que me deje ir disfrutando de uno de los orgasmos más intensos de mi vida.

—Te quiero —le susurro entrecortadamente recobrando un poco el resuello.

—Yo también Carlos —confiesa al fin. La abrazo fuerte contra mí.

Nos quedamos inmóviles un rato más mientras acompasamos nuestras respiraciones.

Capítulo 28

HELENA

Después de una noche movidita y de duras negociaciones llegamos al acuerdo de hacerlo público. Todos se han puesto muy contentos y nos han reñido por no contarlo antes. Fifi ha dejado claro que obviamente ella ya estaba al tanto de todo. No somos nada disimulados.

Desde el día de la cena, después de todas las confesiones y los hechos que la acompañaron estoy viviendo definitivamente en casa de Carlos. Me llevo todo el tiempo libre que tengo con él. Es realmente fantástico, muy tierno, educado, agradable, con una conversación amplia y variada; por supuesto está buenísimo, por no decir que sabe lo que hace y lo que hacer con una mujer. Incluso los silencios los siento especiales con él.

Fifi está fantaseando con planes de boda, pero por ahí no paso, por lo menos no aún. Llevamos dos meses de relación, es pronto. Lo cierto es que no hemos discutido ni una sola vez. Cada día estoy más convencida de que estamos hechos el uno para el otro. No lo descarto porque amo a Carlos con toda mi alma pero aún no estoy preparada para dar el salto. El matrimonio son cosas mayores.

En el trabajo, Santiago sigue acosándome. Al final no he hablado con recursos humanos y me estoy arrepintiendo. Unos días su acoso es más fuerte que otro, pero lo voy llevando como puedo dándole largas. No quiero que mi vida aquí se vea afectada por esta tontería. He dejado de ponerme escotes para ir a trabajar y casi siempre voy en pantalones. Carlos me ha preguntado en más de una ocasión el porqué de mi cambio, solo he podido decirle que estoy más cómoda así. Él no ha insistido.

Me siento mal por no contárselo. Debería hacerlo y que él me aconsejara pero temo su reacción o como en otros casos, que él pueda pensar que yo lo he

incitado de alguna manera. Nuestra relación es aún tan frágil y tan nueva.

Hoy me he pedido el día para poder pasarlo con Carlos, pero resulta que el abogado de la familia ha citado a los socios de *Apartamentos Fifi*, es decir: Fifi, Carlos y Alicia. Hay que hacer una serie de gestiones importantes que no pueden aplazar. Carlos quería que fuera con ellos pero he pensado que podía dedicarme el día y disfrutar de la calma y el relax de no tener a nadie por aquí. Me propusieron que los acompañara a comer, pero también lo decliné. Aprovecharé para hacer unas compras.

Hace un rato me ha llamado Alicia para intentar convencerme de que los acompañe. La reunión va para largo y Carlos la ha presionado para convencerme, es un caso, obviamente no lo ha conseguido.

Mi móvil comienza a sonar de nuevo. Protesto porque no consigo tener paz. Es Santiago, que querrá ahora. Contesto malhumorada. Él comienza a hablar sin devolverme el saludo.

—Necesito que te pases por el tinte que recojas dos de mis trajes y me los traigas al despacho. Me es imposible pasarme a mí. Además te toca trabajar, tenemos una reunión con una empresa internacional bastante importante y quiero que además de tomar notas haya un toque femenino que distraiga los intereses —me espeta sin dejarme replicar.

No salgo de mi asombro. ¿En serio me necesita para eso?

—Es mi día libre, que vaya tu secretaría —contesto airada.

—Vas a ser una buena chica, ¿verdad?, venga, Helena, es solo un favorcito que te pide tu jefe favorito —me dice con voz socarrona—. Te necesito a ti. — Me ha sonado algo extraña esa frase pero viniendo de Santiago casi nada me sorprende—. ¡Ah! Para la reunión suéltate el pelo y desabróchate un par de botones, nos serás más útil —cuelga sin más dejándome con la palabra en la boca.

No me puedo creer que esto me esté pasando a mí. Sopeso los pros y los

contras y finalmente me pongo en marcha. A toda pastilla me ducho, me arreglo el pelo y lo recojo hábilmente. Elijo la ropa. Algo con escote y una falda. Será posible que esté haciendo lo que él quiere. Me recrimino por ceder pero cuales serían las consecuencias si decidiera no hacerlo.

Cojo un taxi, que pienso cargar a su cuenta y voy a la tintorería. Me siento algo extraña ejerciendo de recadera de mi jefe. En el taxi de camino a la oficina titubeo sobre desabrocharme los dos primeros botones y dejar ver mi generoso canalillo. Menos mal que me he puesto un sujetador de los que realzan el pecho, ¡Pero como puedo estar pensando eso! Que difícil se me está haciendo esto. La otra alternativa es decirle que no y arriesgarme a perder su favor y tener líos con la empresa.

Termino soltándome el pelo, dejo que caiga en cascada sobre mis hombros y me desabrocho dos botones de la blusa. El taxista mira por el retrovisor con aire apreciativo, le devuelvo la mirada disgustada y con cara de mala hostia. Él parece cortarse un poco.

Salgo del taxi un poco abochornada y poco convencida. Cuando llego a mi planta mi jefe me recorre con la mirada de arriba abajo parándose excesivamente en mi escote. ¡Qué vergüenza! Se acerca y me besa en la mejilla cerca de la comisura. Sonrío un poco cortada. Coloca su mano en mi cintura cerca de mi culo y me dirige hacia la sala de juntas.

En la sala un grupo de hombres ocupan todas las sillas menos la que está en la cabecera que imagino que será para mi jefe.

—Helena, deberías sentarte a mi lado e ir tomando notas sobre lo que se diga. Estaría bien que mostraras algo de esos maravillosos pechos que tienes y amenizaras un poco la velada de los caballeros —me susurra con tono ligeramente ronco. Escucho risillas en los demás hombres. Han debido enterarse de todo. Me sonrojo. Cuando se aparta de mí su mirada sigue fija en mis pechos.

Titubeo e intento darme la vuelta para huir de allí. No entiendo que está pasando. No creo que mi trabajo sea ser un pedazo de carne o señuelo de distracción. Él nota mi malestar y me agarra del brazo apretando con mucha fuerza.

—No creo que para tu carrera profesional sea beneficioso que te largues ahora. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Te recompensaré o te castigaré, tú eliges —vuelve a susurrar en mi oreja rozándola con su lengua.

Me quedo inerte y casi sin pensar me dejo caer en el sitio que me indica. Todos los hombres del despacho me observan con deseo, como si fuera un animalillo a devorar. Me siento lo más derecha que puedo arrojando toda mi melena sobre mi cara para ocultarla. No sé si está blanca o roja.

La reunión se me hace eterna. Las pocas veces que he levantado los ojos he visto como observaban mis pechos. He imaginado a cada uno de esos asquerosos hombres como si fueran bestias en celo incapaces de controlar sus instintos. Me siento fatal, no estoy preparada para esto, de verdad que no, no creo que sea ni justo ni equitativo. ¿Estará mi jefe dándome una lección para bajarme los humos? ¿Será su forma de enseñarme algo sobre gestión? Estoy cuestionándomelo todo ahora mismo, pero no pienso dejarlo así. Cuando esta pantomima termine hablaré con él. No quiero ponerlo en evidencia en este momento, perdería la empresa. Pensándolo mejor debería hacerlo por contratar capullos.

Termina la reunión. Varios de los «señores» se acercan a mí intentando entablar conversación. Les replico con monosílabos. Me siento tan humillada que todos mis estudios y mi carácter parecen haberse ido por el retrete. Algunos me entregan sus tarjetas con invitaciones insinuantes a sus hoteles. Estoy a punto de vomitar. Salgo de la sala atropelladamente, me meto en los aseos y vomito. Me recompongo como puedo, mojo mi nuca y mis muñecas, me enjuago la boca y respiro hondo. Estoy temblando, no quiero volver a salir

ahí fuera.

Se abre la puerta y aparece mi jefe que me recorre de arriba abajo con la mirada medio ida.

Se acerca a mí, se posiciona a mi espalda y pega su cuerpo al mío mirando mis tetas y subiendo a mis ojos a través del espejo.

—Helena, Helena, te has portado muy bien en la reunión. —Presiona aún más sus caderas contra mi culo. Apoya las manos en el lavabo y me arrincona contra él—. Me gustas mucho preciosa. Tú y yo nos vamos a llevar muy bien. —Intento replicarle pero él me chista y yo anonadada no reacciono.

Siento su erección contra mi trasero. Estoy en *shock*, mis extremidades no reaccionan. Sigue restregándose obscenamente contra mí. Mete una de sus manos por mi blusa y aferra uno de mis pechos apretándolo con fuerza. Con la otra mano levanta mi falda y me toca íntimamente. A mi mente solo acude la cara de decepción de Carlos. Me siento mancillada y que le estoy fallando. Mi cerebro no piensa bien. ¿Por qué me pasa esto? ¿Debí cortarlo antes?

—Estás mojada para mí. Así me gusta zorra.

Observo la escena a través del espejo, como si le estuviera ocurriendo a otra persona. Los botones de la blusa abiertos, uno de mis pechos fuera y sus manos apretándolos con saña. La falda levantada hasta la cintura. Siento uno de sus dedos jugando con mi clítoris intentado abrirse paso a través de mis bragas y su erección pujando en mi culo. Forcejeo, intentando quitármelo de encima.

—Me encanta que seas una buena zorrita. Te frota porque te gusta. En el fondo sois todas iguales, aunque os hagáis las estrechas. —Continúa con sus juegos haciéndome daño. Me quedarán marcas a todos los niveles—. ¡Oh sí!, así preciosa. Todas tus señales estaban claras. Solo era cuestión de tiempo.

Suelta mi pecho y mi coño presionando mi espalda hacia abajo hasta que mi cara queda en el hueco del lavabo. Separa su pelvis de mi culo y se

desabrocha el cinturón y los pantalones. Baja mis bragas y mete un dedo dentro de mí. Me retuerzo por la brusquedad.

—Pórtate bien o todo por lo que has luchado se desmoronará. ¿Quieres eso? —No digo nada—. Contesta puta, ¿quieres eso?

Un clic se acciona en mi cabeza. Todo mi mundo se ha venido abajo, la ira y la frustración van creciendo. Peleo con más fuerza, casi como una autómeta comienzo a negar con gestos y con palabras. Él incrementa su empuje sobre mí y saca el dedo de mi interior preparándose para lo que intuyo es meterme su sucia polla. Debo reaccionar.

Las lágrimas se deslizan por mi cara arrastrando manchas negras de maquillaje sobre mis pómulos. Entre sollozos grito que no de nuevo, que no quiero eso, que no quiero que me toque. Enfurecida y con la adrenalina bullendo a mil le clavo el tacón con todas mis fuerzas en uno de sus pies. Lo desestabilizo y como puedo me revuelvo dándole un empujón que lo arroja hacia atrás separándolo de mí. Salgo disparada y me resbalo con los azulejos del baño cayéndome al suelo. Me da igual. No siento nada. Me levanto con más fuerzas aún y salgo por la puerta desorientada. Escucho sus insultos y sus gritos. Me da igual. No siento nada. Todo está perdido.

Capítulo 29

CARLOS

Son más de las nueve de la noche, la reunión con el abogado ha sido un infierno. Mi madre y yo volvemos tardísimo a casa y bastante derrotados. He echado mucho de menos a Helena, como siempre. Solo tengo ganas de refugiarme en sus brazos y sentir su calma.

Durante el camino de vuelta apenas he hablado con Fifi. No sé qué decirle para reconfortarla. Ella es consciente de todo desde hace mucho y ha tenido tiempo para asumirlo pero Alicia y yo nos hemos quedado de piedra. Me costará asimilarlo. Me consuela tener la compañía de Helena y saber que ella me ayudará a lidiar con este revés.

La primera parte de la reunión ha sido bastante tediosa. El abogado ha desembuchado un montón de datos sobre las propiedades, el estado de las cuentas y la evolución de los negocios. Me ha sorprendido que a pesar de que los inviernos suelen ser más duros por la menor demanda, parece que todo va sobre ruedas y seguimos siendo solventes. Al principio no sabía para que tanta reunión y tantos datos si con una llamada o con un extracto nos hubiera puesto al día de igual forma.

Luego, mi madre ha querido que nos quedáramos a comer en su restaurante favorito. Es un restaurante pequeño con ambiente hogareño y comida casera. Los dueños son amigos de ella desde hace muchos años. Siempre nos tratan muy bien y nos acogen con mucho cariño. Nos hemos sentado como siempre, en la mesa del rincón, la que más privacidad tiene. El ambiente ha sido distendido y he puesto al día a las dos marujas de cómo va la relación con Helena. Al hablar de ella automáticamente he pensado que tenemos que venir aquí.

Alicia nos ha contado que ha conocido a alguien, que aún no ha salido del

armario, aunque confía en que lo haga pronto. Mi madre se ha mantenido en un discreto segundo plano durante toda la comida, cosa rara en ella.

Sigo sin tener el teléfono de Helena, así que le he rogado a Alicia que me lo pasase de una vez. La he llamado un par de veces pero no he obtenido respuesta. Alicia también lo ha intentado con idéntico resultado.

Cuando ya estábamos con los cafés Fifi ha soltado la bomba. Parece ser que su salud no está bien. En la última revisión su médico de toda la vida le ha dicho que había ciertas anomalías en unas pruebas y que la cosa no pinta bien. Alicia y yo nos hemos puesto a la defensiva, la hemos acosado a preguntas. Le hemos rogado que busque una segunda opinión de otro especialista. Mi madre ha respondido a nuestras preguntas con bastante paciencia y calma. No quiere que nos preocupemos. Ella ya lo ha asumido igual que lo asumiremos nosotros. Lo cierto es que a mí se me ha caído el mundo a los pies. Mi única ancla ha tirado la toalla y yo no sé qué voy a hacer sin ella.

Llegamos a casa, rodeo con mis brazos a mi madre que tiene lágrimas en los ojos e intento reconfortarla con mi abrazo.

—Cariño —me dice separándose de mi abrazo y depositando una de sus manos sobre mi rostro de manera tierna—. Vas a estar bien. Yo tengo asumido mi camino disfrutemos de los momentos que nos quedan juntos.

No me salen las palabras. Beso la palma de su mano, asiento con la cabeza y me giro para irme a mi casa.

Abro con la esperanza de encontrar a Helena y perderme en ella. Espero que su día haya sido mejor.

La llamo. No hay respuesta. La busco por casa y no está. Imagino que estará en la suya. Llamo a su puerta. Nadie me abre. Me preocupo un poco y voy a por el juego de llaves de repuesto que tengo. Abro y todo está oscuro. Reviso las habitaciones y nada. La llamo al móvil intentado localizarla pero ahora el móvil no da señal. Me estoy poniendo nervioso.

No sé bien por qué abro el armario y no hay nada dentro. Enloquecido rebusco por los cajones, nada. Es como si allí no viviera nadie. En la mesa del salón veo un sobre. Niego con la cabeza. ¡No! Esto no puede estar pasando. El sobre tiene mi nombre lo cojo con manos inseguras y me siento en el sofá.

Cuando por fin logro calmarme, me digo que esto tiene que tener una explicación. Quizá alguien de su familia la necesita y ha tenido que irse sin avisar. Engáñate como quieras Carlos.

Abro el sobre y soy incapaz de leer, las palabras se me agolpan. Con rabia limpio mis ojos de las puñeteras lágrimas que están apareciendo:

«Carlos: No me busques. Lo que hemos tenido es lo más bonito que me ha pasado en la vida. Jamás podré olvidarte. Espero ser para ti un bonito recuerdo. Te quiero, Helena»

¿Esto es todo lo que tiene que decirme? Un bonito recuerdo... ¡Los cojones! Enfurecido arrugo el papel y lo lanzo contra la tele. Me levanto como un resorte y pago toda mi rabia y mi frustración contra el mobiliario. Lo destrozo todo. La espuma de los cojines inunda el espacio. Los utensilios de cocina acaban esparcidos por el suelo junto con la vajilla. Noto la cara pegajosa, debo estar sangrando, pero no me importa. Doy vueltas por la casa rompiendo todo lo que cae en mis manos. Todo me da igual ¿De verdad eso es todo lo que he significado para ella? ¿Un bonito recuerdo? ¿En serio? Lo veo todo negro. Arranco la tele del anclaje del mueble con toda mi furia y la arrojo contra la cristalera del balcón, miles de cristales salen despedidos. Me importa una mierda. Vacío de todo me arrodillo sobre los restos de mi ira y lloro como un crío totalmente derrotado.

No sé cuánto tiempo llevo allí en la misma postura: no siento frío, ni dolor, ni pena, nada; ni siquiera escucho a mi madre entrar. Me abraza desde atrás y me ayuda a levantarme del suelo. Como un zombi me dejo guiar por ella. A partir de ahí solo recuerdo pequeños flash, escasos momentos de cordura.

Luces de colores, oscuridad. Sonido estridente, oscuridad. Murmullos a mí alrededor, oscuridad y más oscuridad. Sin ella todo es oscuridad.

Capítulo 30

FIFI

Mi pobre niño, nunca lo he visto tan destrozado, ni cuando le dijimos que sus padres habían muerto. Todo se le ha juntado el mismo día. No sé bien que ha podido pasarle a Helena para que lo haya dejado, es algo que no entra en mi cabeza. Cuando le comuniqué lo de mi enfermedad lo hice pensando que iba a refugiarse en ella y que lo ayudaría a sobrellevarlo.

Al fin había conseguido que sentara la cabeza asumiera sus sentimientos, los gestionara y dejara la vida que estaba llevando y resulta que me equivoco de medio a medio.

Como he podido estar tan ciega. El abandono de Helena también ha sido un palo para mí. Confié en poder pasar tiempo con ella e incluso si las cosas seguían como hasta ahora organizar una fiesta de compromiso o una boda si ellos accedían a hacerla antes de que todo terminara para mí.

Mi enfermedad es incurable y avanza rápido. No tengo miedo, estoy contenta con mi vida y he tenido muchos meses para hacerme a la idea de que voy a morir. Esta enfermedad se ha convertido en una compañera de viaje, pero Carlos...no sé qué será de él.

Cuando anoche lo encontré de rodillas con toda la habitación destrozada y cubierto de sangre me asusté muchísimo. Estaba en estado catatónico. Sin pensármelo dos veces llamé a una ambulancia, vinieron muy rápido. Estaba al borde de la hipotermia. No sé cuánto tiempo llevaba allí quieto. Le limpiaron las heridas de los cristales. Por suerte todas eran bastante superficiales salvo una que tiene en el pómulo, en esa tuvieron que darle puntos. No creo que él sea consciente de lo que pasó. Le pusieron un sedante y aún sigue durmiendo en mi cama. Pobre pequeño mío, que malas cartas le repartieron.

He llamado a Alicia y le he contado lo poco que sé o que supongo, porque

Carlos anoche no me contó nada y no voy a preguntarle para que lo reviva de nuevo. Alicia ha llamado a Helena sin descanso desde que se lo dije pero no ha habido suerte. El lunes se pasará por su trabajo a ver si por casualidad la encuentra allí o saben algo, quizá su dirección.

Me acerco a la habitación y me siento en la cama a su lado.

—Mama, ¿por qué me ha dejado? —me pregunta apenas en un susurro. Acercó mi mano a su rostro y lo acaricio. Ha estado llorando. Pobre niño.

—No siempre salen las cosas bien cariño —le digo maternalmente—. A veces las personas hacen cosas que no quieren pero que deben hacer.

Él no dice nada más, se queda muy quieto y yo le doy un beso en la mejilla apoyándolo.

—¿Hay algo malo en mí? —me pregunta ahora serio.

—Sabes que no, todo lo que hay en ti es maravilloso. No debes culparte. Lloro lo que debas y luego recompongo. —le respondo consolándolo.

—No quiero perderlos a los dos. —Se abraza a mi regazo y llora de nuevo. No puedo más que acariciarle la cabeza y esperar que pase su duelo.

Ya ha pasado más de una semana. Mi hijo deambula como un autómatas por los apartamentos casi sin reparar en nada. Hace su trabajo con desgana, cosas que antes lo motivaban ahora ni siquiera parpadea con ellas. Alicia está intentado que comparta su dolor para que pueda superarlo, pero él se ha cerrado en banda y no nos deja acercarnos.

Conmigo se comporta como siempre, cariñoso y amable, pero no se le puede sacar el tema de Helena, automáticamente se da la vuelta y te deja con la palabra en la boca.

Alicia ha ido a la oficina de Helena para ver si conseguía localizarla o al menos que alguien arrojase algo de luz sobre lo ocurrido. Parece ser que están como nosotros, nadie sabe que ha pasado. Solo ha podido averiguar que estuvo trabajando el sábado. Nadie más la ha visto desde entonces. En

recursos humanos no tienen ninguna notificación de baja ni nada por el estilo. Ha intentado conseguir información sobre la casa de sus padres o algún otro dato de contacto pero no se lo han facilitado por no sé qué de la protección de datos. En mis tiempos no había tantas normas y la gente era más feliz.

Yo sigo empeorando por días y estos disgustos no me están sentando nada bien. Ver a mi pobre niño tan afectado no me deja descansar. Por lo menos tengo casi la certeza de que mi hijo si sabe jugar bien sus cartas y con mi pequeña ayuda podrá volver a ser feliz. Quizá yo no esté para verlo.

Llevo unos días pensando en Helena y necesito confiar en ella. No puedo imaginar que ha podido provocar su huida pero sé que no le habrá sido resultado fácil. He ideado un plan de los míos para darles un empujoncito. Deseo que Carlos sea capaz de dejar a un lado su tozudez.

Capítulo 31

CARLOS

Todos los días son iguales, creo que me mantengo en pie por mi madre, por no dejarla sola. Me gustaría estar mejor por ella pero me está costando. Sabía yo que la morena me traería problemas. Al final esto de enamorarse es una mierda, pero lo que más me jode es la incertidumbre. ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué se ha ido sin darme una explicación?

Por el día entre las cosas que hay que hacer en los apartamentos, los inquilinos y mi madre lo sobrellevo. Lo peor es cuando entro en casa. Desde que me volví loco y destrocé el apartamento no he parado de beber una cerveza detrás de otra.

Mi madre ha mandado a la artillería. Ayer fue Alicia con su sicología barata intentado convencerme de que la vida hay que vivirla que hay más peces en el mar. También me ha dado la tabarra con que hay hábitos en los que no debo incidir, que lo que necesito es otra tía que me quite las penas, bla, bla, bla. Ya he tenido la oportunidad con Cuatro B, que se ha enterado de lo de Helena, quien no después del espectáculo tan lamentable que di, y ha venido a ver si me pillaba en un renuncio. Se ha ofrecido a hacerme olvidar todas mis penas. Ha sido bastante insistente y persuasiva, pero no quiero que se enganche como la otra vez. Si decidiera follar con alguien, cosa que no quiero, mejor con una desconocida.

Mi madre ha intentado sacarme el tema de Helena varias veces pero no estoy preparado para hablar con nadie. No creo que lo esté nunca. Veo como mi madre se va apagando por momentos y me inquieta no poder estar bien. Pero me es imposible hacer que mi cerebro deje de darle vueltas, que asuma la perdida y que haga las cosas normales que hacía antes de que ella llegara.

Me miro en el espejo y tengo mala cara, despeinado y sin afeitado. No me

miro al espejo desde el incidente. No me apetece verme el careto. Tengo unas ojeras enormes. Algunas noches enlazo una pesadilla tras otras, otras, insomnio mirando el techo y dándole vueltas a lo mismo. He debido perder algunos kilos. La única comida que hago en condiciones y dudo que la cantidad sea la correcta, es a medio día con mi madre, el resto del tiempo es solo alcohol; eso impide que tenga hambre.

Llaman al timbre, cero ganas de recibir visitas. Abro la puerta de mala gana.

—Que pasa capullo. Me han dicho que te han plantado —dice José a modo de saludo apartándome de la puerta y pasando por toda la cara—. No me extraña que te dejara, tienes muy mal aspecto y encima hueles fatal —continúa apartando con asco unas cuantas latas de cerveza que están esparcidas por el sofá.

—Gilipollas, entras en mi casa, me insultas y me metes el dedito en la llaga. Lárgate de aquí a la de ¡YA! —le grito enfadadísimo y asqueado porque lleva razón.

—¡Eh!, no seas beligerante, he venido a rescatar los despojos que ha dejado esa pedazo de mujer e intentar recomponerlos para volver a hacer de ti un hombre de provecho —me dice serio como si eso que está diciendo fuera verdad.

Lo miro con la boca abiertas y anonadado. Sabía que era un cínico pero esto ya es pasarse. Creo que así no me va a animar.

—Venga, date una ducha, afeitáte y ponte tus mejores galas que te vienes conmigo a dar un paseo. —Se pone de pie y se encamina hacia la puerta de salida—. Voy a ver a tu madre y le voy a decir que te vienes conmigo. Se pondrá muy contenta y eso le sentará bien. Si cuando vuelva no estás listo...— abre la puerta y continua— tendré que decirle que su tonto del bote hijo está tan hecho mierda que se queda en casa regodeándose en su patetismo. —Da un

paso fuera de la casa. Se vuelve—. Los dos sabemos que ella se disgustará muchísimo y no queremos eso, ¿verdad?

Sale del todo y cierra la puerta. Acaba de chantajearme de la forma más vil posible.

Casi resignado, pienso que salir un rato me vendrá bien. Me emborracharé con algo que no sea cerveza, igual hasta consigo dormir y todo. Me meto en la ducha y dejo que el agua corra por mi piel. Recuerdo las duchas y los baños que Helena y yo compartíamos y mis manos van a mi polla. Empiezo a masturbarme. Asqueado me detengo a duras penas, abro el agua fría y termino mi ducha esperando que se me pase el calentón. Realmente soy tan patético como acaba de decir José.

Me miro al espejo, creo que no me voy a afeitar, no tengo ni ánimos ni fuerzas. Me pongo lo primero que pillo. Seguro que José me lleva a alguno de los clubs de los que es relaciones públicas, así que no me van a poner pegas para pasar.

Cuando vuelve José yo estoy tirado en el sofá con una cerveza en la mano. Me mira con cara de pocos amigos y negando con la cabeza. No aprueba mi indumentaria, que le jodan. No dice nada pero se encamina hacia la puerta y lo sigo.

Me ha traído a la discoteca más pija de toda la zona. Como vaticiné, ninguna pega para entrar. José me ha dejado en la barra y se ha ido a hacer no sé qué ni con quien. No importa, teniendo bebida, que haga lo que quiera, así me ahorro tener que hablar. Ya llevo dos güisquis solos en media hora. El tipo de la barra me mira raro. José le ha dicho que me sirva lo que le pida, sin pagar obvio, y creo que está convencido de que me lo voy a beber todo esta noche. Lleva razón.

Hay una chica rubia, que está bastante buena bailando a unos metros de mí. Lleva un vestido negro muy entallado con unos tacones imposibles. Está

vestida para que se fijan en ella, lo cierto es que le sienta muy bien. Mi mente automáticamente piensa que le sentaría mejor a Helena. Me vuelvo y le pido al camarero otra copa. Casi no ha terminado de llenar el vaso cuando me lo bebo de un tirón y se lo acerco para que la rellene. Empiezo a notar los efectos del aturdimiento y la desinhibición. Estoy cerca de no sentir tanto dolor.

Sigo observando la sala y mis ojos automáticamente vuelen a la rubia. Se contonea insinuante moviendo su culo. La miro apreciativamente pero no me conmueve. Mi polla no salta de alegría al verla. Aparece José que me dice que tiene que irse a otro local, que ha surgido un problema. Me insta a que apure mi copa para irnos. Miro a la rubia y me sonrío. Me tomo la copa con José pero le digo que me quedo aquí, que estoy a gusto y que volveré a casa en un taxi. No está muy convencido pero finalmente asiente y se va. Pobre José, le pone ganas pero no estoy para nada. Ya lo recompensaré cuando me sienta mejor.

De pronto me noto bastante borracho. Tanto que la rubia vuelve a sonreírme y me dedica un contoneo sensual de caderas y yo camino despacio hacia ella. Por supuesto después de haber rellenado mi vaso de nuevo. Me acerco, me mira tímida, la giro y pego mis caderas a su culo. Nos movemos balanceándonos al ritmo de la música lentamente. Cierro los ojos e imagino otro cuerpo, otro olor, otra persona. Me dejo llevar por la calma que siento. Sigo moviendo mis caderas, ella me sigue el ritmo presionando su trasero contra mí. Yo sigo en mi mundo particular pensando que a la que me arrimo es a Helena. Mi compañera siente mi deseo y suspira apreciativa.

Ella se gira. No quiero abrir los ojos y que se rompa la magia. Siento su aliento sobre mis labios. No es su olor, No es su tacto, pero deseo tanto que sea ella. La desconocida me besa y yo respondo con toda mi furia y todas mis ganas contenidas. Mi lengua explora su boca con avidez: la lamo, la muerdo, bajo a su cuello y sigo enloquecido, dejando todas mis frustraciones sobre esta

desconocida.

—Tranquilo fiero que no hay prisa —me dice riéndose.

Abro los ojos, la miro y la veo: no es Helena. Me sube la bilis por la garganta y sin casi darme tiempo salgo disparado hacia la calle. Allí vomito todo lo que no he comido. Vomito mi miedo, mi pena, mi rabia y mis ganas. Me quedo vacío de todo lo que tengo y lo que tuve con ella. Llora de nuevo totalmente frustrado por esta mierda de vida. Me llevo el puño a la boca y lo muerdo con todas mis fuerzas para no gritar.

De nuevo no sé cuánto tiempo estoy allí tirado en medio de la calle con mis vómitos y toda mi ira. Cuando me calmo tomo una determinación: esto no puede continuar así. Intento convencerme de que ella no vale tanto como para llegar a este estado. No te mientas sí que lo vale. Lo que realmente me mata es la incertidumbre. El pensar que ha podido pasarle algo, que tiene miedo de decírmelo y por tanto le falta confianza. De cualquier manera esto es un punto y final a mi duelo, un punto de inflexión. Cuando se me pase la resaca debo empezar a asumir su pérdida.

Cavilando un plan de actuación o intentándolo al menos, por la cantidad de alcohol que llevo encima, decido volverme a casa caminando. Posiblemente tarde dos horas pero tengo mucho en lo que pensar.

Capítulo 32

CARLOS

Ya han pasado tres meses, el tiempo se mueve muy despacio. Un mes sin ella me supuso toda una vida. Tres meses una eternidad pero aquí sigo vivo y sobrio, colear coleo poco o nada. No he vuelto a beber desde la gran borrachera y tampoco a follar después de Helena.

Llegué a casa cuando amanecía, me acosté tal y como iba. Me levanté la tarde del día siguiente, estuve veinticuatro horas durmiendo. Lo mejor de dormir tanto es que me levanté sin resaca y con muchísima hambre. Fifi tuvo que usar su llave para entrar porque ni siquiera el timbre conseguía despertarme. José y ella se asustaron un poco. Le conté mi peripecia a José, que me insultó y todo por no haberme tirado a la rubia. Me dijo que sabía quién era, por si necesitaba su teléfono en el futuro. Me parece que en mi futuro inmediato no caben las mujeres, al menos por ahora. Mi mano debe valer si hay necesidad.

El deporte se ha convertido en mi nuevo leitmotiv. Me levanto y me voy a la playa a correr, nado un rato. Llego a casa, ducha y a hacer mi trabajo, gastar bromas a mi madre y disfrutar de su compañía. Me quedo a comer con ella devorando todo lo que me pone en el plato; después una pequeña siesta o simplemente hablar con Fifi durante un rato. Ya por la tarde me voy a rematar las faenas que haya dejado por hacer. Si no hay ninguna me vuelvo a la playa a correr de nuevo, más natación y algunos otros ejercicios. Las cenas suelo prepararlas yo y las llevo a casa de mi madre. Por la noche caigo rendido y consigo dormir.

Mi cuerpo ha notado los cambios de hábitos. Me siento más sano. Mis hábitos alimenticios han mejorado considerablemente. Todos los días como con mi madre y ella necesita alimentos sanos, así que me aprovecho un poco

de la situación. El deporte está haciendo que mis músculos se definan más. Empieza a hacer mejor tiempo y mi piel está adquiriendo ese bonito color tostado de todos los veranos. Los primeros días después de Helena me dejé barba, lo cierto es que no me cuidaba nada, pero definitivamente me pica y me molesta. He vuelto a afeitarme regularmente.

Estoy recuperando viejos hábitos que había perdido como sentarme en el sofá con mi madre los fines de semana con un buen café y un buen libro. Lo cierto es que todo mi tiempo libre lo estamos pasando juntos. Hemos hablado mucho sobre mi futuro y como afrontar su pérdida. Sé que ella está tranquila y eso me reconforta. Su serenidad y su entereza a veces me abruman.

No ha vuelto a sacar el tema de Helena porque sigo sin querer hablar de ella y tampoco ha arrojado a Alicia y a José contra mí, menos mal. A Alicia la veo frecuentemente, estoy asumiendo poco a poco las labores que mi madre hace, ella me está enseñando para poder realizarlas cuando no esté. A José le he pedido que haga el favor de irse a tomar viento fresco y que no vuelva hasta que se me olvide la borrachera. Él sabe que bromeo y que agradezco sus intentos.

Respecto a los apartamentos hemos alquilado el Dos A –la ex casa de Helena– y el Cuatro A. Por fin no tenemos ninguno libre. El Dos A tras mis destrozos necesitó unos arreglos considerables pero me valió como catarsis. Me di cuenta de lo estúpido que fui. A saber qué está haciendo ella por ahí, igual se ha ido con otro. Solo de pensarlo me duele.

Los nuevos inquilinos son gente pacífica, en el Dos A, hay una familia joven con un bebe que hace las delicias de mi madre. Se han integrado muy bien. Él cuida de su bebé mientras su mujer trabaja como médica en el hospital, son buenas personas. En el apartamento Cuatro A se ha instalado un señor de mediana edad que siempre va trajeado y con muy buena planta, le hace ojitos a Cuatro B. Creo que están liados o lo estarán, mi madre secunda

mi opinión. Estaría bien que al menos alguien encontrara la felicidad.

Sigo pensando en ella, cada día, cada hora, cada minuto y cada segundo de mi tiempo. Casi todo lo que hago lo hago pensando en ella, en que desearía que estuviera a mi lado. Me inundan los recuerdos de las cosas que vivimos y de las que pudieron ser. A veces incluso la busco o le hablo como si continuara conmigo. No creo poder asumir nunca que no la volveré a ver. Pensé en buscarla para echarle en cara lo mal que había hecho las cosas, incluso fui al centro y paseé por su edificio pero no me atreví a entrar por si me la encontraba. Si la viera o peor, si la viera con otro no sé cómo reaccionaría. Durante este tiempo me he llegado a plantear que quizá estuviera con su jefe, ese que la acompañó un día a casa. La incertidumbre vuelve a ser mi gran dolor.

Mi madre, la pobre, está aguantando como puede. Estos meses han sido por un lado una alegría pero por otros una tortura. Siento que quiere marcharse, que está cansada de batallar y no se deja ir porque no quiere abandonarme. Yo intento animarla y demostrarle que estoy bien, que aunque esté roto y dude que pueda volver a ser feliz, llevo mis días con una cierta alegría y espero en algún momento poder hablar de Helena sin sentir dolor.

Un día de estos nos dejará, cada vez está más cerca, pero estamos preparados.

Capítulo 33

HELENA

Cuatro meses, dos semanas y tres días sin ver a Carlos. Cuatro meses, dos semanas y tres días lamentándome por todas mis malas elecciones. Cuatro meses, dos semanas y tres días queriéndome morir de pena. Cuatro meses, dos semanas y tres días luchando por no volver con él, y aquí estoy, en el coche, esperándolo. Estoy tan nerviosa por verlo, por ver su reacción, por tocarlo... por recuperarlo.

Por una parte quiero verlo, ver como está si está feliz si me ha echado de menos. Me gustaría volver a sentir su tacto, su franqueza y su seguridad. Por otra parte no quiero ver dolor en sus ojos, ¡lo he hecho todo tan mal!

Cuando todo ocurrió salí corriendo y desesperada del cuarto de baño, huyendo de Santiago. Mi mente no reaccionaba, solo quería escapar de todo y hacer como si nunca hubiera pasado. Al salir me choqué con Eva, la secretaria de Santiago, al principio reaccionó mal pero cuando vio mi estado me agarró por el brazo y me sacó del edificio. No recuerdo mucho de esos momentos, el cerebro es sabio y cuando quiere se vuelve selectivo.

Me cedió su abrigo y solo me preguntó si necesitaba ir al hospital y a la policía, negué histérica, ella asintió y sin hablar nada más me llevó a su casa. Me preparó un baño calentito y una tila. Pude desconectar el tiempo que estuve en el agua, pero cuando salí todo lo que había vivido se me vino de nuevo encima. Llorando le rogué que me ayudara a escapar, que no quería estar allí. Me calmó como pudo y me hizo recuperar un poco la cordura.

—¿Dónde quieres que vayamos Helena? —me preguntó amable sin soltarme la mano.

—Eh.. No lo sé, no quiero quedarme aquí, no puedo —le dije entre lágrimas.

—Te voy a contar mi plan, a ver qué te parece. —Me tendió un pañuelo para que me limpiara la cara y prosiguió—. Tú y yo nos vamos a ir de vacaciones. Mis padres tienen una casa en la sierra, es tranquila y está aislada. Nos iremos allí y luego pensaremos que hacer.

Totalmente desorientada asentí. Rogué a Eva que me llevara a los apartamentos a recoger todas mis cosas. Creo que deseaba que Carlos estuviera allí para que me abrazara y me reconfortara. Necesitaba que me quitara la absurda idea de la cabeza de huir. Cuando llegamos él no estaba y Fifi tampoco.

Lo recogimos todo, las pertenencias de mi casa y las de casa de Carlos. Me demoré un poco en dejarle una escueta nota. En ese momento era incapaz de poner en el papel todo lo que sentía, para ser sincera casi no lo recuerdo, solo quería dejar constancia de mi paso. Sabía que lo estaba traicionando pero me sentía como una muñeca rota y estúpida. Cuando tuve la oportunidad no confié lo suficiente en él y en nuestra relación. Podríamos haber evitado esto, o quizá debía pasar así, pero al menos me habría apoyado en él.

En esos momentos sentía que debía recomponerme y volver a sentirme limpia antes de poder explicarle a Carlos lo que había sucedido.

Hoy, ahora, soy consciente de que yo no era la culpable, no hice nada para que Santiago se comportara así. En aquel momento pensé que todo había sucedido porque no supe pararlo a tiempo.

La cabaña donde nos refugiamos era pequeña pero muy bien equipada. Un gran salón con una chimenea y lo mejor, a través de todas las ventanas se percibían unos paisajes increíbles, me encantaba mirarlos, me ayudaba a evadirme.

Al principio Eva y yo no hablábamos casi nada. Ella respetaba mi espacio y yo no tenía ánimos para entablar conversación. Si había algo que me intrigaba: ¿por qué me estaba ayudando?

Los primeros días fueron un infierno. Siempre atontada en una especie de duermevelas, dándole vueltas a la cabeza sin cesar, analizando los momentos anteriores y los hechos en concreto. Sufriendo por Carlos y por lo sucia que me sentía. Por las noches, llegaba el insomnio y las pesadillas. Casi dejé de comer. Mi cuerpo se negaba a responderme y mi ánimo cada vez iba a peor. No sé cuánto peso perdí, pero esa mujer que se reflejaba en el espejo no era yo.

Una tarde que estaba nevando, Eva me dijo que las cosas no podían seguir así, que tenía que reaccionar y coger el toro por los cuernos. Creo que fue el día en el que Eva se convirtió en mi hermana.

—¿Por qué me ayudas? —le pregunté a bocajarro y con cierta agresividad. Ella levantó la mirada y una sonrisa apareció en sus labios.

—Estabas tardando en preguntarlo. —Volvió a sonreír pero ahora su mirada era triste—. Yo estuve en tu lugar y nadie me ayudó. —La miré con cara de sorpresa.

—Lo siento —murmuré agarrándole la mano.

—No te preocupes, fue hace mucho tiempo. Aunque aún recuerdo su olor. —Desvió la mirada hacia la ventana como si ya no estuviera en la habitación, como si se hubiera ido muy lejos.

Estuvimos un rato en silencio, supongo que ambas lidiando con nuestros demonios. Yo rompí el momento.

—No sé cómo gestionar esto. Me gustaría sentirme más fuerte y arremeter con todo, contra el mal nacido que me ha hecho esto. No quiero que nadie más pase por sus manos —le dije llena de rabia y sacándola de sus pensamientos.

—Deberías hacerlo. Yo nunca lo hice y me arrepiento. Si quieres, cuando estés más fuerte podemos planteárnoslo.

—¿Me odiabas?

—Pensaba que eras una trepa que habías conseguido el puesto por

acostarse con el jefe. —Agachó la mirada—. Yo solo llevaba unas semanas más que tú en el puesto. —Me miró tímida haciendo un parón en la conversación y continuó titubeante—. Habíamos estado flirteando, pero cuando tú llegaste él se volvió más agresivo y menos atento.

Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas

—Si le dabas una negativa o discutías con él me buscaba para acostarse conmigo. Sabía que no estaba bien porque no era a mí a quien deseaba, pero pensaba que estaba enamorada. Me valían incluso las migajas.

Me aproximé más a ella para ofrecerle mi apoyo. Ella era otra víctima como yo.

—Quería terminar con esa relación tóxica pero él me amenazó con despedirme. Debería haberme ido —dijo con amargura.

—Santiago sabe perfectamente lo que hace y a quien se lo hace. Me parece que no es la primera vez que se comporta así. —Las dos nos quedamos pensativas analizando la conversación.

Desde ese día nuestra relación dio un giro total. Le hablé de Carlos, de la enamorada que estaba y el daño que le había hecho. También le hablé de Fifi a la que había dejado sola, de mi futuro profesional y mis sueños rotos. Ella me infundió ánimos, se atrevió a decirme que podría volver a tenerlo todo aunque antes tenía que recuperarme y ser fuerte. Me fijé ese objetivo para salir del hoyo en el que me encontraba. Debía recuperar mis sueños.

A la mañana siguiente salí de la cama temprano, me asecé, incluso tuve hambre y desayuné. Buscamos una buena terapeuta y un abogado que tratara temas de acoso laboral y poco a poco la luz se fue instalando en mi cerebro.

Mi vida desde nuestra conversación se ha limitado a eso, a seguir adelante, a asumirlo y afrontarlo, a ponerme fuerte y a establecer una estrategia para entablar acciones legales contra Santiago.

El abogado nos dijo que no había forma de acusarlo de nada, que sería mi

palabra contra la suya, eso fue un gran revés pero estaba decidida a ir a por él costase lo que costase. El apoyo de Eva ha sido mi gran motor. En cierta forma ella se está redimiendo a través de mí.

Solo tenía un objetivo: conseguir que Santiago pagara por lo que hizo. Debía hacerlo o siempre sería un obstáculo en mi mente.

Hace un mes el abogado, como última salida, nos instó a acudir a la policía por si ellos nos podían proporcionar una alternativa. Cuál fue nuestra sorpresa cuando nos contaron que lo estaban investigando, pero que hasta ahora nadie había querido emprender acciones y por supuesto, tampoco tenían pruebas.

A la desesperada les propuse un plan temerario. Hacer de señuelo. No estaban muy convencidos, en varias ocasiones intentaron disuadirme, pero yo estaba convencida y necesitaba intentarlo, por mí y por todas las mujeres que podrían sufrir lo mismo. Mi terapeuta me aconsejó que desistiera, que aún era pronto para enfrentarme a él. Desoí sus consejos, me sentía fuerte y creí que sería una buena catarsis. Necesitaba cerrar este capítulo para volver con Carlos, si aún existía esa posibilidad.

Esta mañana ha sido el gran día, estaba muy nerviosa, pero tenía una imagen en la cabeza que me daba fuerzas: Carlos. Quiero recuperarlo y para ello, primero tengo que arreglar esta mierda.

Me preparé a conciencia. Eva me ayudado a elegirlo todo. Decidimos que el pelo estaría mejor suelto ligeramente ondulado. Un maquillaje suave en general solo destacado por unos labios rojos cereza. He tenido que usar ropa de Eva porque la mía me está enorme. Espero recuperar pronto mi figura. Me ha prestado un vestido, de hecho el más sexy que tenía en el armario. Es negro entalladísimo con escote en uve y la espalda al aire. Una gran abertura hasta medio muslo y unos zapatos de tacón rojo cereza, como los labios. Me miré al espejo y aunque volví a echar de menos mis curvas el resultado no estaba nada mal.

Con habilidad la policía me colocó el micrófono. Unas instrucciones básicas y el recordatorio de todas las que ya me habían dado. La palabra clave que debía decir era «cielo». Si la decía alguien vendría a interrumpir lo que fuera que estuviera pasando. Confiaba en esos chicos.

Las manos me temblaban pero no podía sucumbir ahora. Me infundí todo el ánimo que pude, por mí, por Carlos, por Fifi y por todas las mujeres en mi situación. Entré en el edificio y me asaltaron los recuerdos, casi me di la vuelta pero continúe. Apenas fue un paso en falso. Llegue al despacho de Santiago y sin llamar abrí la puerta.

Santiago dejó de mirar la pantalla de su ordenador y me hizo un escaneo en toda regla. Me lamí los labios que sentía totalmente secos y rogué porque esto saliera bien.

—¡Vaya!, pero que tenemos aquí. La hija prodiga ha vuelto —declaró con sarcasmo—. Que bien te veo Helena. Estás muy guapa. —Deslizó su mirada lasciva por mi cuerpo y yo apreté los puños para mantenerme firme—. Te ha sentado bien estar sin trabajar.

No era capaz de articular palabra. Él se levantó de la silla y yo di un paso atrás. Me miró de manera interrogativa.

—¿Te doy miedo pequeña? —preguntó sonriendo de medio lado.

No, no me daba ningún miedo. Me daba pena. Pena por lo mala persona que era, por utilizar a las mujeres, por ver cosas donde no las había. Pena por ser tan estúpido, tan egocéntrico y realmente no me daba ninguna pena que fuera a la cárcel. Envalentonada por la rabia caminé hacia él.

—No me das ningún miedo Santiago. Si me lo dieras no estaría aquí. ¿No crees? —repliqué devolviéndole la mirada.

—Así me gustan las chicas, confiadas. ¿Entonces vienes a que continuemos por donde lo dejamos?

—¿Dónde lo dejamos? —Hice la pregunta que estaba deseando hacer.

Ambicionando que picara el anzuelo.

—Tú y yo en el baño...mi polla contra tu culo y mis manos por todo tu cuerpo. ¿No lo recuerdas zorrита? Yo no he podido olvidarlo, de hecho todas las noches me masturbo recordándolo —puntualizó—. Una pena que mi secretaria también desapareciera. Me hubiera gustado terminar mi juego con ella. ¿Dicen que a falta de pan, buenas son tortas?

Apreté los dientes y contuve la bilis. Intenté serenarme y retomar mi objetivo.

—Claro que lo recuerdo. Recuerdo un intento de violación. Eso es lo que recuerdo.

Su cara mudó por completo. Se acercó a mí, me agarró por el pelo bruscamente tirando de mi cabeza hacia atrás. Dolió pero aguanté.

—No seas estúpida, lo deseabas y lo deseas tanto como yo —siseó cerca de mi boca. No me moví—. Habla idiota, dime cuanto lo deseas. —Me revolví y me separé de su agarre con dificultad alejándome unos pasos.

—Santiago, no te engañes, sabes que no lo deseaba. Ninguna lo deseábamos. Tú nos obligas porque no eres lo suficientemente hombre como para conseguir acostarte con una mujer por tus propios méritos. ¿Un trauma infantil? ¿Un amor no correspondido? ¿Es cuestión de tamaño? —lo presioné.

¡Zas! La bofetada me llegó sin esperarla. Un dolor agudo cruzó mi cara y se extendió por mi pómulo. De la misma fuerza me desestabilicé y caí al suelo.

—Te lo has buscado por hablar de más.

Se fue acercando a mi posición al tiempo que se desabrochaba el cinturón. Se quitó el botón del pantalón, bajó su cremallera y sin más, sacó su polla ya totalmente erecta. El cabrón se excitaba así.

—¿Crees que la tengo pequeña? —Meneaba su polla enseñándomela—. No creerás lo mismo cuando te obligue a tenerla en la boca. Te voy a follar de todas las formas posibles, por todos los orificios de tu cuerpo y cuando acabe

si no me ha gustado como te has portado te follaré laboralmente. Nadie te contratará. Extenderé el rumor de que eres una facilona y tendrás que ejercer otro tipo de trabajos para sobrevivir. —Se aproximó peligrosamente a mí. Masturbándose mientras acercaba su miembro a mi boca—. Cuando vuelvas a mí suplicándome que te busque algún puesto, quizá te conceda el honor de hacerte mi puta personal.

Mi cabeza se cortocircuitó durante un instante. Volví a revivir mi momento en el baño. No. Ya no podía chantajearme. Fui consciente de mi fuerza interior. Santiago ya no tenía ningún poder sobre mí. Me puse a reírme con ganas, a carcajadas.

—Cielo, —grité— cielo. —Seguí riéndome como una loca.

Santiago desconcertado se apartó de mí, observando como me revolcaba por el suelo con un ataque de risa, de la risa pasé al llanto. Cuando entró la policía tenía un ataque de nervios. Tuvieron que ponerme un calmante.

Mi abogado me ha dicho que es suficiente con lo que conseguí, al menos pasará una temporada en la cárcel y duda que vuelva a trabajar en el sector. Le he pedido que hable con recursos humanos y les explique lo sucedido, quizá puedan readmitirme. Aunque hoy no recupere a Carlos estoy dispuesta a seguir intentándolo el resto de mi vida y necesitaré un trabajo.

Cuando terminó lo de Santiago me monté en el coche y vagué sin rumbo intentando despejarme. Acabé en la puerta de los apartamentos. Todo parecía demasiado tranquilo y oscuro. Finalmente vi salir a Claudia que me preguntó si había vuelto para el entierro. El mazazo fue tremendo. Lloré desconsoladamente por no haber estado junto a ella y junto a Carlos, por haberme perdido ese maravilloso tiempo con ella. Tendré que vivir con el peso de no haber disfrutado de Fifi.

Llamé a Eva desconsolada y le conté lo sucedido. Me animó a ir a buscarlo al cementerio. Él debe estar destrozado. Tengo que intentarlo.

Conducí zombi. Aparqué a una distancia prudencial y aquí me encuentro ordenando mis pensamientos.

Salgo de mis recuerdos y veo como empiezan a entrar coches, aparcan y la gente va saliendo saludándose. Lluve a cantaros, una tormenta de verano, de esas que descargan y te dejan ese maravilloso olor a petricor. Aunque todos llevan paraguas reconocería su figura bajo cualquier circunstancia. Lo veo. Me pongo nerviosa, me sudan las palmas de las manos. Lo observo desde aquí con miedo y deseo. Parece que está más delgado pero se le ve tremendamente guapo con el traje de chaqueta, más moreno y las espaldas más anchas. No tengo derecho a desearlo tanto.

Capítulo 34

FIFI

No está tan mal esto de estar muerta, tiene un cierto morbo ir a tu propio entierro. Es como ver una película de la tele. Supongo que tendré que acostumbrarme.

Mi pobre niño lo está llevando con bastante entereza, pensaba que iba a estar peor, pero me ha sorprendido. Ha llorado ya demasiado con lo de Helena. Estoy deseando ver su cara de sorpresa cuando la vea y sobre todo cuando lean el testamento. Hasta después de muerta hay que ayudar a las personas.

Que mona Alicia, ha traído a Vodka a mi entierro. Ella es otra de mis espinitas, tengo que hacer algo para enderezarla porque se me está apartando del buen camino. José también ha venido, se abraza a Carlos fuerte. Lo ayudará a sobrellevarlo todo. ¡Ah mira!, están todos los inquilinos de los apartamentos, y eso que con esta última hornada no he tratado tanto.

Siento la presencia de Helena, está en su coche. Noto sus dudas. Sé que está pensándose si salir o no. Quizá necesita un empujoncito para tenerlo claro. Si a Carlos le insiste un poco lo convencerá, nunca ha dejado de quererla. Ha sido su primer y único amor y ahora que sé por lo que se fue Helena más quiero que se reconcilien. Ambos se merecen ser felicitados aunque hayan tomado decisiones equivocadas.

Me concentro y con los poderes estos de telequinesis o lo que quiera que sea aprieto el claxon, suena un poquito, no demasiado, como cuando lo aprietas con pocas fuerzas. Helena se ha asustado y se ha escondido muerta de vergüenza para que no la vean. Me lo estoy pasando muy bien, quien me lo iba a decir. No sale del coche y lo del pito no funciona así que pruebo ahora a encender la radio, en las películas siempre parece funcionar.

—¿Quién anda ahí? —pregunta al aire. Obviamente nadie responde, eso creo que no podemos hacerlo.

Mira nerviosa hacia los lados y sale del coche precipitadamente. Que delgada está. Pobre chica, lo ha debido pasar fatal. ¡Y pensar que podía haber contado con mi hijo! Ha sido muy tonta por no hacerlo.

Me quedo más tranquila al saber que al menos le he dado un empujoncito para que se decida a hablar con él. Lo que ocurra a partir de ahora ya es asunto suyo.

Capítulo 35

CARLOS

Para ser un día de julio el cielo ha amanecido medio nublado, hace bastante calor y humedad, espero que no llueva. Con parsimonia me preparo un café. Saco el traje del perchero, plancho la camisa azul clara y su corbata. Me tomo el café en la terraza observando el mar y el plomizo día. Un pensamiento martillea en mi cabeza: ¿vendrá Helena?

Estoy bastante sereno, sé que Fifi está en calma y ha sido feliz. A ella no le gustaría que me disgustara o que cogiera un berrinche. Me pidió expresamente que intentara ser feliz y eso es lo que voy a hacer, por ella y por supuesto por mí.

Tengo ganas de que termine todo esto, el ajeteo y las visitas a las que no deseo atender me suponen un esfuerzo considerable. Sé que eran sus amigos, pero uno, ya tiene bastante con sostenerse a sí mismo como para estar pendiente de otros. Les agradezco mucho el apoyo, aunque también se lo agradecería si me hicieran una llamada telefónica.

Helena acude de nuevo a mi mente pero no me conduce a nada positivo así que descarto el pensamiento. Me voy a la ducha demorándome más de lo normal.

Hoy no he ido a correr y estoy un poco más ansioso de la cuenta, debería haber salido para soltar algo de energía y no sentirme tan nervioso.

Me afeito a conciencia, me peino bien y me visto para darle el último adiós a mi madre. Era una mujer peculiar con una vida igual de peculiar y un sentido del amor curioso. A pesar de que algunos de mis traumas han venido por su particular manera de sentir, debo reconocer que no todo el mundo se hace cargo de un niño pequeño que no es fruto de su sangre.

Ella lo hizo como buenamente pudo. No tengo nada que reprocharle, al

contrario, yo debería haberle dado más alegrías y menos disgustos. Creo que estos últimos meses he sabido suplir mis años alejados en la facultad y el carácter hosco y despegado. Definitivamente ha sido feliz, siempre hizo lo que quiso. La única cosa que creo que no ha llevado bien ha sido el tema de Helena y no verme a mí asentado. No la necesito para ser feliz... ¿A quién pretendo engañar?

Ya estoy listo para ir al cementerio. José y Alicia se pasan por casa a recogerme. Alicia lleva a Vodka, le dije que no era lugar para un perro, ella y sus excentricidades, ha insistido en que Fifi hubiera querido que estuviera. No he podido negarme.

José no se ha despegado de mí en ningún momento y sé que está bastante afectado, para él era también como una madre o al menos un ser al que siempre ha respetado y querido. Viniendo de José eso ya es mucho. Me alegra saber que yo también formo parte de su pequeña familia.

Llegamos al cementerio y los coches se agolpan en una larga cola. Fifi estaría contentísima de montar este sarao, sonrío.

Voy saludando a las personas que se acercan, me duele la mandíbula de tanta sonrisa. El estar abriendo y cerrando el paraguas tampoco es demasiado cómodo. No creo que hoy me sienta bien con nada. Por suerte hace bastante claridad como para tener las gafas de sol puestas, sé que es una falta de respeto, pero así no tengo que mirar a la gente a los ojos. La corbata me está molestando bastante, hay muchísima humedad y la camisa se me pega al cuerpo. Deseo que termine todo.

El cura oficia una pequeña ceremonia y Alicia lee unas palabras emocionada. Yo no quiero decir nada, no voy a convertirme ahora en lo que no soy, y ser emotivo no es una de mis cualidades. Mi mirada amparada en las gafas de sol escruta a las personas congregadas. Hago una rápida batida intentando reconocerlos. Por el rabillo del ojo me parece ver la silueta de

Helena. Mi corazón martillea desbocado, pero cuando giro la cabeza no la veo y me recrimino por buscarla aún.

Una vez terminada la ceremonia se hace una larga fila para darnos el pésame. Estoy cansado de tanta tontería, deberían haber disfrutado de ella en vida. Con las manos cansadas de tanto apretón, el calor y la humedad sofocantes, empapado por la lluvia, y con la cara acartonada de tanto saludo, por fin, sonrío a la última persona.

Todos se marchan a sus casas y yo les pido a José y a Alicia que se vayan también. Me apetece ir a casa dando un paseo. No está muy lejos, a una media hora andando. Deshago un poco el nudo de la corbata dejando que quede suelta en mi cuello y me desabrocho los primeros botones de la camisa. Me despido de la tumba de Fifi y con las manos en los bolsillos camino con paso lento perdido en mis pensamientos. Comienza a llover con más fuerza, pero realmente me da igual. No sé dónde quedó el paraguas.

—Carlos —escucho una voz a mi espalda.

Me quedo quieto, todo mi cuerpo se tensa, mis oídos se ponen a zumbiar. Automáticamente pienso que me lo he imaginado y sin girarme continúo andando.

—Carlos, espera, por favor. —Una mano que reconozco se aferra a mi brazo.

Cierro los ojos sintiendo el contacto y deseando que todo fuera más fácil. Me giro y allí está. Está preciosa, aprovecho la intimidad que me proporcionan las gafas para recorrerla a mi antojo. Lleva un vestido negro, entallado con un escote bastante pronunciado, algunos dirían que no es apropiado para un entierro. La observo mejor y veo que le faltan curvas a ese cuerpo, está muchísimo más delgada. Automáticamente aparece mi vena protectora, pero ella no necesita mi protección me lo dejó bien claro.

El pelo lo lleva suelto aunque algo mojado por la lluvia. Mi mirada se

desvía a su boca pintada de color cereza y anhelo besarla. Busco sus ojos esperando ver reflejado mi deseo, pero al igual que yo, tiene puestas las gafas de sol.

Me quedo quieto sin decir nada, no soy yo el que tiene que dar explicaciones. Me quito las gafas esperando que ella me imite y poder ver sus ojos, pero no lo hace.

—Hola Carlos. —Traga saliva y se restriega las manos nerviosa—. Me alegro de verte aunque sea en estas circunstancias. —Sigo sin hablar y ella se pone aún más nerviosa—. Siento mucho lo de Fifi, la quería. —Se le quiebra la voz, quiero reconfortarla—. No sabía nada de su enfermedad...

—Normal, te marchaste —esputo beligerante—. Ella sabía que la querías —rebajo un poco el tono, no quiero herirla.

—Lo siento —susurra agachando la mirada—. Siento todo lo que ha pasado y lo que te he hecho.

—Ya —replico escéptico—. Gracias por venir, a ella le hubiera gustado —contesto sin inflexión y me giro para marcharme.

—¿Podemos tomarnos un café y hablar? —pregunta elevando un poco más la voz.

Paro mis movimientos. Desearía con todas mis fuerzas ser capaz de tomarme ese café con ella, pero me ha hecho tanto daño.

—Es tarde para hablar. —Sigo mi camino.

Escucho sus tacones repiquetear en la acera. Llega a mi lado e intenta acompañarse a mi ritmo. Solo por joderla acelero más el paso y ella persiste.

—Por favor —susurra.

—No, Helena. Es tarde para todo esto. ¿Qué quieres de mí? —le grito indignado.

—Explicarte.

—¿Explicarme que te marchaste? Eso ya lo sé. —Cada vez estoy más

enfadado.

Comienza a llover con más fuerza y las gotas resbalan por su cara lavando el maquillaje. Agacha la cabeza y juguetea con sus manos inquieta y avergonzada. Vuelven a asaltarme las ganas de tocarla. Me pongo rígido conteniéndome.

Con lentitud se quita las gafas de sol, levanta su mirada y me horrorizo de lo que veo. Su ojo izquierdo tiene un moratón y está inflamado.

—¿Quién te ha hecho eso? —espeto lleno de estupefacción.

—Eso forma parte de lo que quiero explicarte. Podemos ir a algún lugar resguardado y hablar tranquilos. —Hace un intento, la voz se le quiebra.

Quiero saber que le ha pasado pero mi mente se monta su película: seguro que ha vuelto porque el tipo por el que me dejó resultó ser un grandísimo cabrón. No eres el segundón de nadie. Volverá a marcharse como se marcha todo el mundo de tu vida.

—Me voy Helena. Me ha gustado verte y espero que todo te vaya muy bien. Sécate bien no vayas a resfriarte —le digo al final con cierta ironía y girándome para seguir mi camino.

Durante el camino de vuelta mi mente es un hervidero, revivo la conversación mil veces con diferentes acciones y contestaciones. Siento una tremenda curiosidad por saber que le ha pasado y porque tiene el ojo morado. Quiero ir a buscarla y decirle que le perdono todo, que hagamos borrón y cuenta nueva. Pero vuelvo a pensar en estos meses en lo que me ha costado recuperarme, en las noches de insomnio, en las horas en blanco, la incertidumbre y sobre todo, el no haber acompañado a Fifi en sus últimos días.

Llego a casa, me pongo ropa deportiva y salgo a correr por la playa a cansarme lo suficiente como para caer rendido y no pensar en nada.

Capítulo 36

HELENA

Esto ha sido un desastre. Me quedo quieta donde él me ha dejado empapándome. Mis lágrimas se mezclan con la lluvia, me abrazo fuerte y me dejo caer de rodillas sollozando. Un dolor enorme se me ha instalado en las entrañas y me está dejando paralizada.

Nunca se ha portado así conmigo, con esa indiferencia y esa ironía. Ni cuando no nos llevábamos bien había sentido ese desprecio. He sentido como dudaba, pero al final no ha sucumbido. El golpe del ojo ha sido mi último argumento para intentar llamar a su curiosidad, pero se ha recompuesto y no ha querido saber nada. Nunca estimé que al irme también lo destrozaba a él. Solo pensé en mi dolor y por lo que yo estaba pasando. Ahora veo que fue una equivocación marcharme. Debería haberlo hecho participe desde el principio, lo habríamos afrontado como una pareja. Al final, la que no sabía de relaciones era yo.

Eva, mi amiga, aparece a mi espalda y me ayuda a incorporarme.

—¿Qué haces ahí tirada? Vas a enfermar. No me cogías el teléfono y pensé que podía haber sucedido algo de esto —argumenta mientras nos dirigimos hacia mi coche.

—Lo he perdido del todo. Me odia —le digo entre sollozos.

—No te odia, seguro que no. Debe estar enfadado y dolido, pero es imposible odiarte Helena —replica con ternura. La miro a los ojos con algo de esperanza—. Deberíamos ir a casa para que te cambies de ropa y te relajes. Hay que serenarse y hacer muchos planes. Si quieres quedarte aquí a vivir tendremos que buscar un nuevo trabajo. ¿Por qué, el plan sigue siendo insistir?

—Sí, al menos necesito que me perdone —replico hipando algo más calmada.

Arranca el coche y nos vamos. Me he dado una ducha calentita, me he cambiado de ropa y estoy sentada en el sofá con una tila cuando mi teléfono comienza a sonar. Es un número desconocido. Mi sorpresa es mayúscula cuando se identifica como el abogado de Fifi. Me comenta que mañana se va a leer el testamento y que ella pidió expresamente que una serie de personas estuvieran presentes, yo entre ellas. Cuelgo totalmente desconcertada y vuelvo a ponerme a llorar. Después de dejarla sola y hacerle daño a su hijo ella quiere que esté en la lectura del testamento.

Eva me mira algo inquieta y le cuento lo ocurrido. Le digo que pienso que es una encerrona de Fifi para que Carlos y yo estemos de nuevo juntos. Eva lleva un rato riéndose, diciéndome que Fifi debía ser genial. Sí que lo era.

Hago algo que debería haber hecho hace mucho tiempo y que me produce casi tanto miedo como enfrentarme con Carlos. Llamo a Alicia y le suplico que acepte tomar un café conmigo. Necesito sincerarme con ella, ahora que al fin puedo hablar del tema. No está superado, ni mucho menos, pero he conseguido cerrar un capítulo.

Alicia me llama de todo por el teléfono, soporto el chaparrón como buenamente puedo. Para rebajar la tensión le adelanto que me pasó una cosa terrible y que no podía compartirla hasta que no fuera capaz de asimilarla. Ella se queda callada y muy seria me cita en media hora en la cafetería a la que solíamos ir.

Eva me infunde ánimos, me dice que con Alicia de mi parte Carlos estará más receptivo, lleva razón, y pensar que antes Eva me caía mal...

El tiempo ha mejorado y ahora luce un espléndido sol aunque hay muchísima humedad. Llego a la cafetería y Alicia aún no ha aparecido. Me pido otra tila, a ver si así puedo controlar mis nervios.

Al poco aparece por la puerta, está muy guapa. Cuando llega la miro con intensidad, ella mira mi ojo herido, se acerca y me abraza fuerte.

—Helena, casi lo matas —me acusa bajito al oído.

Pongo los ojos como platos y la aprieto fuerte también. Deseo que Alicia me ponga al día de todo lo sucedido.

Se sienta, pide un café y me mira a la espera de que empiece a desembuchar, y lo hago. Se lo cuento todo, desde el primer día que entré en la empresa, pasando por mi nueva amiga Eva, hasta la conversación de esta mañana con Carlos.

Ella me mira con cierta tristeza y hace preguntas de vez en cuando a las que contesto sin guardarme nada de nada. Pensaba que no iba a ser capaz de contárselo todo, pero ha ido bien. Tengo claro que si con ella lo he hecho con Carlos también podré y eso me reconforta.

Le pregunto por como le ha ido a ella. Me da algunas pinceladas sobre su vida y me relata lo acontecido con Fifi. Volvemos a llorar cogidas de la mano. Han pasado ya dos horas y seguimos sincerándonos.

Al final termino preguntándole por Carlos. Me cuenta lo que pasó la noche que me marché y todos los días que siguieron. Lloro aún más por el daño que le he hecho, por ese niño roto al que le he causado más dolor que todas las demás personas e imploro para ser capaz de recuperar su confianza y su amor.

Ya más serenas le comento a Alicia que mañana me han citado para la lectura del testamento y ella me cuenta que a ella también, así que mañana tendré una aliada. Volver a enfrentarme sola con Carlos iba a ser muy duro.

Con mejor ánimo y con la esperanza de volver a retomar nuestra amistad nos despedimos con un par de besos y un abrazo muy sentido.

No he pegado ojo en toda la noche. Hoy volveré a verlo y no sé como se lo va a tomar. Posiblemente no le haga gracia verme allí y menos si me he reconciliado con Alicia.

Me levanto temprano, me tomo otra tila, es mi bebida favorita en estos días, me ducho y me maquillo a conciencia intentando tapar el aspecto de mi ojo.

No me importa tenerlo morado, me recuerda que hay una mala persona menos en la calle gracias a mí, pero comprendo que a la gente le pueda molestar y que genere especulaciones. Aprovecho para cubrir mis ojeras.

Hoy hace un día soleado y parece que hará mucho calor. Opto por ponerme un vestido ligero de verano con un bonito estampado floreado. Me siento muy bien, es un poco hippy pero elegante, le añado una rebeca que puedo quitarme si fuera necesario. Me despido de Eva que me desea toda la suerte del mundo y me infunde ánimos, también me pide que la llame cuando termine.

Cojo un taxi y me planto en el abogado. Alicia ya está allí, nos damos dos besos y nos sentamos a esperar a Carlos. Al poco llega y se sorprende al verme. Me recorre de arriba abajo con la mirada.

Vuelve a estar para comérselo. Lleva puestos unos vaqueros desgastados con unas *convers* y una camiseta de mangas cortas blanca, de esas que tienen las mangas de colores, en este caso azules. Vestido de manera informal parece más joven aún. La camiseta hace que se le marque el pecho, que parece más definido y la espalda que ha aumentado considerablemente de tamaño. Sus ojos destacan como dos faros dentro del conjunto tan moreno. Me viene un pensamiento algo inquietante, quizá él ha rehecho su vida y tiene pareja. No lo culparía.

Saluda a Alicia con dos besos y una sonrisa blanca y espectacular, a mí me dedica una inclinación de cabeza sin más. Ellos se ponen a hablar sobre el funeral y sobre gente que no conozco. Me siento excluida. Llega el abogado y ellos lo saludan con un apretón de manos. Alicia, finalmente, me lo presenta y sin demora comienza la reunión.

—Estamos aquí reunidos para dar lectura al testamento de la Señora Josephine. —Nos mira dejando caer sus gafas por su nariz aguileña—. Como creo que todos sabéis era enormemente rica. Su patrimonio fue aumentado a lo largo de los años gracias a las buenas inversiones y a las propiedades

inmobiliarias que poseía. —Abre un sobre y prosigue—. Bien, no a todos os incumbe el inventario de los bienes, así que solo me limitaré a lo que os atañe a los tres y posteriormente si me lo permitís citaré someramente cosas concretas para cada uno. —Deja de hablar a la espera de algún gesto de confirmación y todos asentimos.

Noto que Carlos me mira de soslayo y eso me pone aún más nerviosa.

—Los *Apartamentos Fifi* quedan de la siguiente manera: *«A mi hijo Carlos le doy el control del cincuenta y uno por ciento de la empresa, esperando que siga manteniendo las mismas labores que hasta ahora.*

A mi querida Alicia le dejo el veinticinco por ciento de la empresa, esperando que siga ejerciendo las labores que mantenía conmigo.

Por último a Helena, mi niña perdida, le dejo el veinticuatro por ciento de la empresa y espero que a partir de ahora se encargue de todas las labores que yo desempeñaba». —nos vuelve a mirar por encima de las gafas. —¿Este punto está claro y sin objeciones?

Veo a Carlos cabecear. Murmura algo que no logro entender y finalmente habla.

— ¿Existe la posibilidad de comprar los porcentajes a los demás socios? —pregunta elevando más la voz.

—Por ahora no, al menos deben pasar cinco años para poder vender. Es una clausula inamovible. —No puedo evitar sonreír. Sabía que Fifi me echaría una mano.

—Proseguimos. Señorita Alicia, para usted ha dejado una importante suma de dinero que será transferida al número de cuenta que me proporcione y esta carta que puede leer en privado. —Alicia lo mira y asiente con lágrimas en los ojos—. Puede marcharse si lo desea.

Alicia se pone de pie, le da un apretón de manos. Besa a Carlos en la mejilla y luego me besa a mí susurrándome que luego me llamará. Aprieto su

mano y le sonrío.

—Bien, señorita Helena, a usted le ha dejado una carta —el abogado me la tiende y yo la cojo insegura—. Léala usted con tranquilidad en la intimidad y también hemos terminado.

Me levanto y le tiendo la mano, me la da amablemente. Miro a Carlos y le sonrío nerviosa, él me mira pero no corresponde a mi sonrisa. Se le ve aún más enfadado que antes.

Salgo del edificio contenta por la posibilidad de estar cerca de Carlos y un poco ansiosa por leer las líneas de Fifi. Camino hasta un parque cercano y me siento en un banco. Abro el sobre y lo leo:

«Querida niña: No sé qué ha podido pasarte para que nos abandonaras pero te perdono. Sé que ha debido ser algo fuerte para que te alejaras de nosotros. Llegaste a nuestras vidas en el mejor momento y siempre te estaré agradecida por querer tanto a mi hijo y hacer que confíe en las relaciones. Lucha por él, no dejes de luchar por él, es un cabezota pero te quiere, una madre sabe esas cosas.

Acepta mi pequeño granito de arena y espero de todo corazón que mi hijo sepa reconocer tu valor. Recuerda que siempre estaré contigo.

Te quiero hija mía».

Las lágrimas corren por mis mejillas, releo la carta una y otra vez y un pensamiento cruza mi mente: el día del cementerio y las extrañas cosas que pasaron. Una ráfaga de aire agita mi pelo y sé que es ella acompañándome. Sonrío y el aire se intensifica.

Casi como un resorte me pongo de pie y camino mirando los edificios de alrededor, intentando ubicarme para volver a casa de Eva. Cuando me quiero dar cuenta estoy cerca de mi antiguo trabajo. Es el mismo lugar donde me choqué con aquel desconocido que me tiró el café en mi primer día de trabajo. El principio de todo. Es justo terminar aquí, sonrío con cierta nostalgia.

Capítulo 37

CARLOS

He heredado de Fifi una fortuna enorme que no sabía que tenía y una carta preciosa en la que me deja claro lo mucho que me ha querido y que me quiere. Me ha pedido que la escuche, que escuche a Helena y que abra mi corazón y mi mente, que al menos le dé una última oportunidad. Es el empujón que me faltaba para ir tras ella y al menos concederle el beneficio de la duda. Puedo vivir sin ella, estos meses son la prueba, pero ¿quiero hacerlo?

La miro desde la distancia, es tan bonita. Mis pasos me han guiado casi sin querer al sitio donde la vi por primera vez y sorprendentemente allí está: quieta, preciosa, parece que está recordando igual que yo. Su sonrisa ilumina sus ojos y eso expande mi corazón. La quiero así, feliz y la quiero conmigo. Un viento ligero impulsa mis pasos hacia ella.

—Hola Helena, ¿recordando el día en el que te tiré el café? —le digo intentando sorprenderla, y lo hago. Da un respingo y me mira atónita.

—¿Eras tú? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Sí, fue el día en el que nos conocimos. —Sonrío con tristeza.

Nos quedamos callados, creo que ambos estamos recordando.

—¿Vienes a los apartamentos? —Rompo el silencio y le doy una oportunidad a lo nuestro—. Hay cosas que mi madre hubiera deseado que tuvieras. Además, por el bien del negocio deberíamos llevarnos bien, al menos, estos cinco años hasta que me vendas tu parte.

Me mira y asiente. No me rebate la idea de la venta, tanto es así que decepcionado bajo la cabeza y la guio hasta el coche. No hemos vuelto a dirigirnos la palabra. Me siento inquieto teniendo a Helena tan cerca de nuevo. Me debato entre besarla o echarla de mi vida. Verla de nuevo en mi hogar, en los apartamentos me pone histérico.

Ella deambula por casa de mi madre observando sus cosas. Le he dicho que puede coger lo que quiera. Va mirando y sonriendo apreciativa. Me ha pedido una foto en la que aparecemos mi madre y yo, se nos ve felices, por supuesto he dejado que se la lleve. Ha elegido un par de objetos más, son cosas sin valor material, pero que por lo que sea a ella le recuerdan a mi madre.

—Creo que deberíamos hablar ahora —le digo. Asiente y me sigue.

La casa de mi madre me trae demasiados recuerdos, así que vamos a la mía. Preparo un par de cafés y nos sentamos en la mesa del comedor. En otros tiempos nos hubiéramos sentado en el salón, pienso con nostalgia. Ambos estamos incómodos y no sé bien por dónde empezar ni que decir, mi cerebro y mi corazón mantienen una ardua pugna.

—Antes de que lleguemos a algún acuerdo sobre como será nuestra relación me gustaría contarte lo que pasó. Puede que no cambie nada pero necesito hacerlo. Sé que confiar en mí te va a ser muy difícil y para trabajar, al menos, es necesaria la confianza. Además, mi terapeuta me ha recomendado hacerlo. —Lo ha dicho todo de un tirón. Ahora me sonrío nerviosa—. ¿Me dejas contártelo?

¿Ha dicho terapeuta? Asiento intrigado. Mal tampoco va a hacer. Ya había decidido darle una oportunidad.

Ha comenzado a relatarme toda la historia. Estoy convencido de que no se va a ahorrar ni una coma. Me habla del tipo ese que era su jefe y la relación tan tóxica que estaba creando. Yo me maldigo por no haber ahondado cuando debería haberlo hecho. Por no presionarla para que se abriera a mí. Me va contando como la trataba y la cosificaba. Yo voy bullendo a fuego lento. Tengo los puños debajo de la mesa totalmente apretados, llevo así un rato, me estoy haciendo daño, pero no me importa porque me mantiene centrado.

Ella mira mis ojos arrepentida buscando mi aprobación. Yo solo asiento. Me gustaría saber hasta dónde llega esta mierda. Con lágrimas en los ojos que

se aparta con brusquedad, empieza a relatarme lo que le ocurrió el sábado fatídico.

Su jefe la llamó para trabajar y ahí se desató todo. Me cuenta lo que le hizo en el baño. Lo sucia que se sintió, la incertidumbre de si yo podría comprenderla. Si la apoyaría. El miedo. El asco. Deseo matar a ese cabrón con mis propias manos.

Me pongo de pie sin poder aguantar un minuto más mi rabia. Me acerco a la cristalera intentando serenarme. Ella se queda quieta donde está, sollozando.

—¿Por qué no confiaste en mí? —siseo sin girarme.

—No lo sé, simplemente pensé que no era suficiente para ti, que debía recomponerme antes de estar contigo —me responde titubeando—. Carlos, estaba tan herida que no pensé en que al irme te haría daño a ti. Solo quería escapar de él —responde agachando los hombros—. Ha sido un infierno

—Para mí también. Te das cuenta de que no me dejaste decidir. No contaste conmigo, ni antes, ni después. —le digo apretando la mandíbula.

—Lo siento tanto. Al principio pensaba que no era nada importante, luego me dio miedo estropear lo nuestro y después, solo quería recomponerme para vengarme—. ¿Lo has hecho?

—Sí.

—¿Ha merecido la pena?

—Solo si puedo volver a estar contigo habrá merecido la pena. Pero ojalá ese imbécil no vuelva jamás a hacerle a ninguna otra chica lo que me ha hecho a mí —contesta llena de ira—. Aún tengo pesadillas.

—Helena, siento mucho lo que te ha pasado. Si me lo hubieras contado en el momento ese tipo no hubiera vuelto a tocar a una mujer en su vida. —Me giro para enfrentarla—. Pero no puedes volver y pretender que todo sea como al principio.

—No puedo ni imaginar el calvario por el que habrás pasado. Si pudiera

volver atrás haría las cosas mejor. —Las lágrimas corren desbocadas por sus mejillas.

—Nada volverá a ser lo mismo. —replico bajando el tono y sin mucha convicción. Verla sufrir me está matando.

—Lo sé —replica muy segura. Que fácilmente renuncia a lo nuestro.

Desde que ha empezado a hablar y a contarme todo lo del tipo ese he deseado reconfortarla, cogerla entre mis brazos y besarla con ternura para demostrarle que no todos los hombres somos iguales y que intentaré que conmigo siempre se sienta segura. Con su contestación deja claro que ella ya ha asumido que no volverá a haber un «nosotros».

Me siento en el sofá abatido. Me da tanto miedo que vuelva a desaparecer.

Ella se levanta de la silla y se coloca a mi lado en el sofá. Agarra mi mano y acariciándola busca mis ojos.

—No quiero que sea como antes, Carlos. Quiero que sea mejor. Quiero que confíes en mí, vivir contigo, demostrarte todos los segundos de cada día lo mucho que te quiero y que te necesito. No será lo mismo. Si me perdonas, no puedo prometerte que todos los días vayan a ser buenos y felices, pero si puedo asegurarte que lo intentaré con todas mis fuerzas. No será lo mismo. No puedo conformarme con ser una mera espectadora de tu vida. Quiero estar en ella de forma activa y que tú estés en la mía. Sentirte en todo mi ser y demostrarte que te amo con toda mi alma.

La miro a los ojos, esos bonitos ojos de gata color miel que parecen desesperados y anhelantes. Libero mi mano, acuno su rostro entre ellas y la beso despacio, rozando mis labios con los suyos. Sintiendo la perfección y el calor de sus labios, entregándole mi alma. Ella suspira en mi boca y un escalofrío nos recorre.

—Yo también te amo. Siempre ha sido así, desde que te tiré el café. —confieso pegado a su boca.

Intensificamos el beso, nos tenemos muchas ganas. Han sido unos meses muy duros para ambos. Meses de pérdida y de crecimiento a muchos niveles. Pero al fin estamos en casa. Helena me tiende la mano y me lleva al dormitorio.

Espero poder dudar lo suficiente para satisfacerla.

—¿Estas bien o es pronto para esto? —pregunto deseando que me diga que sí, aunque respetaré cualquier decisión. Me bastaría con abrazarla.

—Calla y sigue Carlos —responde tajante mordéndome el mentón.

No puedo evitar sonreír. La cojo por el talle y la acerco a mi cuerpo. Mi erección presiona y ella suspira. Le quito la ropa sin dejar de mirarla y ella hace lo mismo.

—Creo que ambos necesitamos recuperar nuestros antiguos cuerpos. Me gustaban más tus curvas —digo recorriendo su cadera con las manos y presionando su tersa piel.

—Estoy de acuerdo contigo respecto a mí, aunque debo reconocer que estás mucho más fuerte y eso...no me disgusta —responde dibujando con los dedos mis pectorales y abdominales.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. ¡Basta de palabras! La echo sobre la cama tumbándome sobre ella y volvemos a devorar nuestras bocas sin dejar de tocarnos: reconociéndonos y sintiendo nuestros nuevos cuerpos.

Está muy húmeda ya y la penetro con deseo. Me siento en casa, feliz y pleno. Ella se tensa durante un momento y dejo que se acostumbre a mí. Me exige que me mueva y comienzo a hacerlo despacio sintiendo cada milímetro de piel que tenemos en contacto.

—¡Te quiero! —Lo refuerzo con una estocada que la hace expulsar el aire.

—¡Te quiero! —responde ella presionando sus músculos vaginales y exprimiéndome.

Hicimos el amor despacio con pasión, sin prisas, deleitándonos por

habernos vuelto a encontrar y sitiémonos felices por tener otra oportunidad. Esa noche nos buscamos muchas más veces, como si quisiéramos comprobar que no era un sueño y que efectivamente estábamos juntos y éramos correspondidos.

Epílogo

Han pasado ya casi dos años. Hoy es de nuevo el aniversario de los apartamentos. El año anterior no se hizo ninguna fiesta porque estaba muy cercana mi muerte. La verdad es que me hubiera gustado ver un buen sarao, pero bueno, mi hijo al final va a resultar ser un sentimental.

La vida como ente no está tan mala, puedo observarlos a todos sin que ellos sepan de mi presencia. Helena intuye que estoy por aquí y cuando Alicia trae a Vodka él se acurruca a mis pies, así que supongo que a su manera sí me ven. Eso dentro de este mundo es algo muy bueno, no es fácil vivir/morir viendo pero sin ser visto.

Gracias al cielo o a lo que sea que mueva los hilos de nuestro destino, todo marcha muy bien. Alicia parece que sigue su relación con la muchacha. Llevan tiempo juntas aunque su compañera tiene conflictos con su familia y no termina de salir del armario. Lo importante es que se quieren y el amor todo lo puede. Cuando termine con José les echaré una manilla.

José está tan guapo como siempre, sigue sin pareja conocida. Se comenta por los apartamentos que se le ha visto con varias rubias pero sé que es solo para las fotos. Mi José está aún esperando a su media naranja y no va a conformarse con cualquiera. Es un niño tan sensible que esas frivolidades solo las finge por su trabajo, por dentro tiene unos pilares fuertes y claros.

Los apartamentos funcionan muy muy bien, mi hijo ha hecho algunas mejoras. Han comprado un solar cerca y pronto van a construir otro edificio similar a este. Se dice que una arquitecta de prestigio vendrá a hacer el diseño, igual es un rumor.

Mi hijo no se toma los apartamentos como un negocio en el sentido de ganar dinero, más bien es una labor social, los inquilinos interaccionan y sus vidas se vuelven más plenas y felices, como una gran familia. Mi legado sigue

en marcha.

Finalmente Claudia del Cuatro B se casó con su vecino, están súper acaramelados. Juro que yo no tuve que darles ningún empujoncito. Ellos solos se juntaron. Ya no viven en los apartamentos, se mudaron a una casita en un pueblo de la sierra. La señora Eva Gómez murió al poco de hacerlo yo, se le complicó otra neumonía, siempre andaba arrastrando ese mal. La pobre ha debido pasar a otro plano porque conmigo no está, mira que podríamos haber tenido nuestras charlas.

Los Fernández también abandonaron los apartamentos, finalmente se divorciaron. Ella, creo que se ha establecido en el centro de la ciudad y sigue con su búsqueda sexual. Su marido continúa haciendo sus portes pero sin la desazón de tener que volver con su mujer.

Por suerte los apartamentos vacíos se llenaron muy pronto. Ha habido algunos cambios: Helena y Carlos decidieron unir el Uno B y el Dos A para formar una casa más grande para ellos. Mi casa que era la central se la han dejado a José que es de la familia. Estoy encantada con el cambio, mejor José que un extraño. Los cambios siempre son buenos.

Respecto a la parejita están felices. Helena fue readmitida en su antiguo trabajo pero no ha querido volver. Carlos y ella lo hablaron mucho y no era necesario que trabajara tan lejos y tantas horas, así que se dedica a gestionar e incrementar el enorme patrimonio de su pareja, eso les permite una mejor calidad de vida y verse continuamente.

No he visto una pareja más empalagosa que ellos. A veces tengo que volverme para no verlos hacer cochinas. Mi hijo es un obseso sexual, está todo el día manoseándola y excitándola. No me voy a escandalizar a estas alturas porque yo he tenido lo mío... En realidad aún les queda mucho por experimentar para llegar a adquirir mi vasta experiencia. Pensándolo bien, deberían seguir investigando.

Aún no se han casado pero he oído rumores de boda. Se vaticina algo para el año que viene. La idea de juntar los apartamentos es para tener más espacio, ya que planean aumentar la familia. Carlos era reacio al principio, es un tema que nosotros habíamos tratado y dada su infancia siempre ha tenido algunos prejuicios. Parece que Helena lo ha persuadido correctamente. Estoy deseando ver a mis nietos corretear por aquí, lo llenarán todo de alegría y continuarán con el legado de los apartamentos.

¡Ah!, Helena ha recuperado sus curvas y está preciosa como siempre. Mi hijo está más rellenito, pero sigue haciendo mucho deporte y está bastante fuertecito. Me parece que va a correr para desengancharse un poco de Helena, si no estarían todo el día dándole que te pego.

En resumen: somos felices, ¿no se trata de eso? Aunque estemos muertos.

FIN

Agradecimientos

Me gustaría agradecerle a ti lector el acto de fe que realizas al leerme. Mil gracias por depositar un poquito de confianza en mi humilde persona. Si encima el libro te ha gustado házmelo saber para que sienta que aporto un poquito de felicidad a este mundo tan necesitado.

Gracias a mis padres (Luis y María Lucía), a los que adoro, por cuidar de mis cobayas (Gea y Hécate) y dejarme faltar a momentos familiares para tener el libro a tiempo. Al resto de mi familia política y sanguínea, (Luis, Soledad, Mencía, Malena, Marta, Mercedes, titos, primos...) gracias por estar ahí para mí. A todos ellos, por seguirme en mis locuras y en mis pequeñas excentricidades. Por aguantar esas pequeñas, o grandes, rarezas que una tiene y que nos diferencian de los demás, haciéndonos personas únicas.

A mis amigos (Paloma, Ana, Inma, Claudia...) por valorarme y seguirme allá donde vaya. Me infundís ánimos y buenos momentos. Gracias.

A mis compañeros de trabajo que me soportan muchas horas (no os cito para no dejar a nadie fuera, pero vosotros sabéis quienes sois), os agradezco vuestros ánimos y fuerza.

Por supuesto agradecer al club de lectura “Cuéntame un cuento” la oportunidad de conocer a personas maravillosas que han hecho posible esta aventura. Entre ellas, y sobre todo, a la instigadora de este proyecto y artífice del gusanillo de los congresos: Ariel Romero. También a Susana Pacheco que a pesar de todo lo que ya tiene encima siempre aporta una sonrisa y un comentario positivo.

A todas las personas que me siguen y a las que sigo en las redes sociales porque por poco que sea un poquito es un mucho. Un placer enorme tener ese pedacito de vosotros.

Y por último, aunque no por eso menos importante, a mi AMOR, porque es

el que más me sufre, con el que más peleo y con el que más discuto. Por apoyarme en todo lo que se me ocurre y por no fallarme NUNCA. Si alguien tiene quejas de la campaña publicitaria que hable con él, me desvinculo de cualquier responsabilidad a ese respecto. (¡Pero a que no está tan mal!).

Gracias a todos y si me dejo a alguien lo siento pero es mi primera vez. Para la próxima intentaré hacerlo mejor.

Pasa la página que tienes un regalito:

Apartamentos

Fifi

2

CAUTION

Lux Aeris

